

Enrique Gómez Medina



al
OTRO Lado

Piedras Verdes III

al otro Lado

PIEDRAS VERDES III



Enrique Gómez Medina

© Enrique Gómez Medina, 2016

© Diseño de portada: Miguel Ángel Movilla Lobo, 2016

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[El autor](#)

A los amigos que me seguirían en la batalla.

A los que me siguen en la batalla de cada día.

A los que me dan algo por que luchar.

Prólogo

Guillermo tanteó a ciegas el bulto que había sobre la cama y lo sacudió suavemente.

Nada.

Lo sacudió con más fuerza. El bulto saltó como un resorte, dándole un susto de muerte. Buscó su boca guiándose por el sonido de la respiración agitada y puso un dedo en sus labios. Entonces encendió la linterna bajo su jersey.

Vio el rostro despeinado de Gemma, que guiñaba los ojos molesta hasta que, de un manotazo, le hizo apagar la luz.

–Vístete –dijo Guillermo en un susurro.

–Déjame un poco más... –respondió una voz somnolienta, acompañada del rumor de las sábanas al volver a tumbarse.

–¡Ni hablar! Nos están esperando.

Volvió a sacudir a su hermana por los hombros. Por fin se enderezó.

–No se puede empezar una aventura a estas horas –protestó esta mientras intentaba acertar con el agujero del jersey por la cabeza.

–Si quieres esperamos hasta la hora de la siesta, dormilona.

–Eso. Buena idea.

Mientras terminaba de vestirse, Guillermo sacó las mochilas de debajo de la cama. Las habían revisado la noche anterior, justo antes de acostarse, pero no pudo evitar la inquietud de haberse olvidado de algo. En los Cuatro Reinos no parecía que fuese a haber muchas tiendas.

Las mochilas abultaban mucho. No sabían si allí sería invierno o verano, así que habían tenido que echar ropa de todo tipo.

Abrieron la puerta despacio y salieron al pasillo. El silencio era tal que las ligeras pisadas de las suelas de goma se escuchaban a todo volumen. Dieron unos pasos a la escasa luz de la linterna tapada, abriendo los brazos para evitar el ruidoso roce de sus abrigos.

Guillermo llegó junto a la puerta de salida y empuñó el picaporte. Lo giró muy despacio, cerrando los ojos para concentrar toda la atención en su mano. Giró, giró, giró... ¡CLANC! El chasquido del metal al abrirse resonó en la casa como un martillazo.

Guillermo y Gemma esperaron, encogidos, a escuchar los pasos en pantuflas de su abuela. Encendería la luz y les pillaría allí, vestidos y con las mochilas a la espalda, con la puerta de la calle abierta y un cartel de “culpables” en el rostro. Se imaginaron su cara de extrañeza y su voz preguntándoles, pestañeando, qué narices hacían allí a aquellas horas.

Pero nada de eso ocurrió.

Tras unos segundos que parecieron horas, Gemma hizo un gesto hacia la puerta. Era su oportunidad.

Salieron y cerraron despacio. En los Cuatro Reinos el tiempo parecía detenerse, así que, con un poco de suerte, estarían de vuelta antes de que su abuela despertara.

Continuaron en silencio por las calles empedradas hasta que se encontraron más allá de las últimas casas del pueblo. Junto al camino del Saltogrís les esperaban dos sombras más. Eran Susana y Jorge. Un ligero choque de manos marcó el inicio de la aventura.

Pero esta vez el viaje les llevaría mucho más lejos.

Capítulo 1

–Hemos de llegar a Gamelach antes que ellos –dijo Aëdras. No había fuego que iluminara su rostro, pero el tono grave de su voz dibujó su semblante como si fuera de día–. No tardarán en reagruparse y seguir el río.

–Los prisioneros que hayan tomado les guiarán.

–¡Ningún hombre de Liàm guiará a esas bestias hacia la morada de sus hijos! –repuso Aëdras con fiereza–. Antes bien, les retrasarán en lo que puedan. Esa es la única ventaja que tenemos.

–Esa, y el bosque –intervino Imring.

El atardecer de la batalla había transcurrido en un vagar entre los árboles, reuniendo a los hombres que quedaban en pequeños grupos. Al caer la noche, se habían congregado casi dos centenas de guerreros. La mayoría con heridas, algunas sin remedio. O-Mín iba de uno a otro, tratándoles según su gravedad, y no cesó en toda la noche.

Todavía conservaban en sus retinas la última mirada al campo de batalla, donde miles de cadáveres se amontonaban entre una marea negra que los engullía y los despedazaba. Algunos, ya repuestos del miedo, lloraban la suerte de sus amigos, hermanos o hijos, o imaginando lo que los mûrkaghs estarían haciendo con los pocos supervivientes. Tiäm recordó los rostros de los hombres que le habían seguido al campo de batalla. Muchos de ellos no habían vuelto. Tuvo que obligarse a pensar en que el resto de su compañía había corrido peor suerte, y que muchos de los hombres que permanecían vivos lo hacían gracias a él.

Pero la lucha aún no había terminado.

–Te seguimos –dijo Hêika, dirigiéndose a Aëdras–. Tú conoces estos bosques como nadie. Estás al mando.

–Con la primera luz buscaremos las marcas que señalan los caminos colgantes. Mientras tanto, no queda más remedio que aguardar. Aprovechemos estos pocos momentos de descanso.

Un búho ululó. Aëdras hizo un gesto y todos los hombres, en el más completo silencio, se apostaron tras los árboles con sus armas prestas.

Tiäm tomó una de sus hondas, la de más largo alcance, y cargó una piedra capaz de derribar a un *huro*. Solo le quedaba eso y la espada, había perdido sus jabalinas y su escudo durante la batalla. Preparó más piedras a sus pies, y sujetó la honda detrás de su espalda, a la manera montañesa. Sabía que los nûr-hijks veían mejor que él en la oscuridad, así que permaneció con los ojos muy abiertos, atento al más leve movimiento entre las sombras.

Pero fue su oído el que antes detectó una presencia. Eran voces. Voces humanas.

–... una lástima haber perdido el péndulo en la laguna. Ahora nos podría advertir de los peligros.

–Apóyate en mí, iremos más rápido. Aunque con ese unguento apestas como un *heki*.

Tiäm vio un destello entre las hojas. ¿Qué hacían esos idiotas? Los mûrkaghs les encontrarían en un santiamén. Y a Tiäm y su grupo con ellos. Así que, en cuanto tuvo un blanco claro, arrojó la piedra con todas sus fuerzas.

–¡Ay! –sonó una voz, y la luz se apagó con un chasquido.

En un instante, los soldados de Aëdras les rodearon. ¡Cual no sería su sorpresa al distinguir a cuatro muchachos y dos hombres, ataviados de la forma más extraña y enarbolando sus armas! Dos de ellos parecían heridos.

–¿Quiénes sois? –pronunció en voz alta, sin soltar la flecha que sostenía en la cuerda de su arco.

–¿Y vosotros? –sonó malhumorada la voz de uno de los hombres, el más alto. A Aëdras le resultó familiar– Ya estoy harto del recibimiento que da la gente de los bosques a los forasteros que se encuentran en su camino.

Entonces le reconoció.

–¿Abhad? ¿Eres tú?

–¡Aëdras! –respondieron al unísono Abhad y Sevso.

–¡Por Nialah! ¿Qué hacéis deambulando por aquí? Hemos estado a punto de mataros.

–¿Por qué estáis a oscuras y sentís tanta premura por disparar? ¿Qué ha sucedido? –preguntó Sevso, que enseguida detectó que algo marchaba mal.

–¡Ay! Se ha librado una gran batalla. Un ejército de mûrkaghs y nür-hijks ha masacrado a miles de hombres de Liàm, y también de Ar-Zahala y Shamtei-Lo.

–¿Ninguno de Häile? –interrumpió Abhad, que ya empezaba a dar por buena la fama que la gente de su reino se había ganado.

–Ninguno. No acudieron al llamamiento de mi rey, que ha muerto en la lucha. Hemos perdido tantos hombres que difícilmente podremos defender Gamelach. Hacia allí nos dirigimos, para advertir a las mujeres y ancianos que quedaron en la ciudad de que huyan a la espesura del bosque. Los mûrkaghs no tardarán en llegar. El reino de Liàm está perdido.

De pronto se oyó una voz, fuera del círculo. Resonó alta y grave entre los árboles, y sería difícil no escuchar sus palabras.

–Decís bien, guerreros. Retrocedamos y reorganicémonos. Fue un error enfrentarse a ellos a campo abierto. Convirtamos este bosque en una trampa. Sin más botín a la vista que la muerte, no pasarán de Gamelach.

–¿Quién eres, forastero, que hablas con tanta autoridad de algo que no te concierne?

Los hombres abrieron el círculo para dar paso a un anciano que también vestía extraños ropajes. Tenía un porte tan decidido que nadie osó interponerse en su camino. Antes bien, se apartaban al distinguir una especie de fulgor que emanaba de su figura.

–Tengo muchos nombres –dijo–. Quizá me conozcáis por “ese viejo vagabundo que se mete en asuntos que no le conciernen”, quizá por Cyrya, el relámpago que se hunde en la tierra, o Valyon, el furioso, o Elbeïm... –las caras de los hombres se iban transformando del recelo al asombro– ¡Qué más da! Lo importante es que estamos aquí para ayudaros. Y que hemos traído con nosotros a una poderosa hechicera... y ¡a Brygger *el Joven*!

Un suave haz de luz se extendió como si fuera humo desde sus manos hasta la figura de dos de los muchachos, y les rodeó iluminándoles.

–¿C... cómo? –dijeron Guillermo y Susana a la vez.

Capítulo 2

El dolor en un costado le hizo darse la vuelta refunfuñando y abrir ligeramente un ojo. Árboles altos como edificios formaban el techo sobre su cabeza. Sus raíces gruesas como los tentáculos de un pulpo gigante habían tallado las piedras llenas de musgo sobre las que se encaramaban, hasta formar profundos socavones y corredores. En el fondo de uno de ellos, tiritando de frío por la humedad, acababa de despertar Guillermo.

–¡Maldita sea! –exclamó cuando recordó dónde se encontraban. Miró despacio alrededor y vio allí tendidos a sus amigos: Susana, Jorge y Gemma, encogidos y arrebujados en sus abrigos. Aunque en ese mundo no era invierno, la temperatura había descendido mucho durante la noche, y Guillermo se alegró de que no se hubieran desprendido de ellos. Abhad y Sevso dormitaban a su lado. Giró la vista para buscar al Viejo Castor, y se encontró con la mirada de otra persona. Era el joven que le había destrozado la linterna de una pedrada. Guillermo hizo un gesto amistoso con la cabeza, pero el joven permaneció impassible, mirándole fijamente, hasta que torció la boca en un gesto de desprecio.

–Estamos listos– murmuró Guillermo, mientras desviaba rápidamente la vista. Al parecer, el anuncio del Viejo Castor le había granjeado enemigos antes de haber siquiera intercambiado una palabra con ellos.

Los hombres de verde y gris, que en aquel paraje se volvían invisibles en cuanto se quedaban quietos, ya estaban levantando el campamento. Identificó al que parecía su jefe, y vio al Viejo Castor junto a él. Hablaban en voz baja. Se preguntó si su nueva condición de héroe legendario le obligaba a acudir junto a ellos; prefirió cerrar los ojos y hacerse el dormido. Pero fue inútil. A los pocos instantes, alguien le sacudió un hombro.

–Arriba, lirones –dijo la voz de Sevso.

–Grrññ... Aún no ha amanecido –protestó Gemma, intentando darse media vuelta. Sevso volvió a sacudirla, esta vez con más energía– ¡Uaaaahhhh! ¿Cómo lo haces para levantarte siempre fresco como una lechuga?

–Es repelente ¿verdad? –convino Abhad, frotándose la cara con un manojo de hojas húmedas. De pronto, un grito les hizo volver a la realidad.

–¡No, no! ¡La pierna no! ¡Aaaaahhhhhh...!

El silencio que siguió y el rasgar de un serrucho contra algo duro fue mucho peor que el grito. Jorge vomitó entre los helechos.

Sevso, sin embargo, se dirigió hacia el lugar. Un joven ¿o era una mujer? se afanaba por terminar su tarea antes de que el herido despertase.

–¿Necesitas ayuda?

La mujer (sus hermosos ojos no le dejaron duda esta vez) no contestó. Se limitó a hacer un gesto con la cabeza, señalando a varios hombres tendidos en el suelo, con vendas sanguinolentas en diversas partes de su cuerpo. Sevso miró su propio brazo. El Viejo Castor había hecho un milagro con sus heridas y las de Guillermo. Ambos estaban prácticamente restablecidos.

Sujetó la pierna del herido para que no se moviera. La mujer lo agradeció redoblando con ahínco el ritmo del vaivén del serrucho.

Cuando terminó, indicó por gestos a Sevso que levantara el muñón, mientras ella le aplicaba un ungüento espeso que al secarse formó una costra de color parduzco. Sevso apartó la vista.

–¿No puedes hablar? –preguntó.

Al no obtener respuesta, giró un poco la cabeza para mirar su rostro. Ella estaba aflojando el torniquete que había aplicado en el muslo del herido. Finalmente, hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Estos hombres tienen suerte de que estés aquí –dijo Sevso.

–Sin duda tenemos suerte de que O-Mîn esté con nosotros –dijo otra voz. Por lo que había podido entender Sevso la noche anterior, era el cabecilla de aquel grupo. Todavía llevaba una crin de caballo blanca atada al casco. Con gestos rápidos, arrancó una brazada de hierba alta, arrastrando con sus raíces un buen puñado de tierra, y excavó debajo con la punta de la lanza. Después, sin mostrar gesto de emoción alguna, clavó en ella el trozo de pierna emponzoñada y la enterró.

–No queremos dejar rastros a los mûrkaghs –dijo, y después le miró a la cara–. Tú eres Sevso ¿no? Aëdras parecía conocerte bien.

–Hemos corrido algunas aventuras juntos –respondió Sevso–. De esas que unen. Tu nombre es...

–Hêika. De mi grupo solo hemos quedado O-Mîn, Uldîm –dijo señalando a un hombre de ceño fruncido que era casi tan ancho como alto y que intentaba con un jirón de su capa mantener su coraza en su sitio– y yo. Bueno, y ese cachorro de lobo de las montañas –Sevso no supo si con su barbilla apuntaba a un joven que atendía a un herido o al lobo que había a sus pies–. Se llama Tiâm. El del suelo es su hermano.

Solo con saber que habían sobrevivido a una batalla como aquella y viendo los rastros de sangre negra que cubrían sus ropas, Sevso pudo imaginar el tipo de hombres que eran. En un gesto reflejo, acarició el arco que llevaba atravesado sobre su pecho.

–¡Sevso! –era la voz de Abhad, que le hacía señas para que se acercara. El Viejo Castor estaba con él y con los chicos.

Sevso se despidió en silencio de Hêika.

–¿Cuál es el plan? –preguntó cuando estuvo junto a ellos.

–El grupo se dirige a Gamelach –dijo el Viejo Castor–. Evacuarán la ciudad y llevarán a mujeres, ancianos y niños a la espesura del bosque.

–¿No presentarán batalla? –indagó Abhad– Por lo que he oído, Gamelach está bien fortificada.

–No tiene muros como tales –intervino Sevso–, pero sí es fácil de defender. Está construida en lo alto de un bosque de tînie. Solo se puede ascender por algunos puntos, y sus arquitectos la idearon de tal manera que se sostendría en el aire aunque talaran la mitad de los árboles. Tampoco los pueden quemar, porque esa madera no arde.

–Han perdido demasiados hombres –repuso el Viejo Castor–. Su única posibilidad es hacerse invisibles. Abandonarán la ciudad, con la esperanza de que los nûr-hijks se conformen con ella, o al menos se entretengan saqueándola el tiempo suficiente para dejarles organizarse. A su manera. En pequeños grupos que hostiguen al enemigo cada vez que intente internarse en el bosque. Los nûr-hijks nos odian, y nada les provocaría más satisfacción que eliminar hasta el último de los humanos. Pero no son idiotas. Si el precio que han de pagar es suficientemente alto, se olvidarán de intentarlo.

–A no ser que el Rey Rojo les obligue a ello –dijo Sevso.

–Y lo hará, sin duda –admitió el Viejo Castor.

Los chicos se miraron, pero solo Guillermo se atrevió a hablar.

–¿Y nosotros qué pintamos en esto? Quiero decir, ¿para qué les van a servir cuatro críos que

no han visto un arma en su vida, y que todavía se mean de miedo cada vez que recuerdan a los mûrkaghs?

–¿No haríamos mejor en volver a casa y trabajar desde allí? –propuso Jorge, esperanzado.

El Viejo Castor recorrió con su mirada los cuatro rostros.

–En el otro mundo no hay ya nada que hacer. El Aranthil no producirá otra cosecha hasta el próximo solsticio, en verano. El Rey Rojo ya ha reunido las fuerzas suficientes para conquistar los Cuatro Reinos, y quiere terminar la partida. Está aquí.

Tomó aire antes de continuar.

–Lo he meditado mucho. Estos hombres no tienen esperanza alguna –Sevso y Abhad intentaron protestar, pero el Viejo Castor los acalló con un gesto–. El número de guerreros rojos los multiplica por cien. Liàm ya es suyo, y detrás caerán los otros reinos. Una gran marea negra inundará los lugares que ahora habitan, se acabó su forma de vida. Los hombres que queden solo podrán aspirar a sobrevivir, refugiándose en los lugares más inaccesibles y en eterna huida. Esto es lo que les aguarda. A no ser...

–¿A no ser qué? –preguntó Guillermo, temiendo la respuesta.

–La leyenda.

–¿Qué leyenda? –intervino Susana, situándose codo con codo con Guillermo.

–La leyenda de Brygger –intervino Abhad, abriendo mucho los ojos.

–La leyenda dice que será Brygger quien vencerá al Rey Rojo –asintió el Viejo Castor–. Sin él, los hombres no lucharán. ¿Para qué?

Todas las miradas se fijaron en Guillermo, que de pronto se sintió como un animal acorralado.

–¿Pero yo no soy Brygger! ¿Os habéis vuelto idiotas?

–Brygger es solo un nombre –repuso el Viejo Castor–. Un joven que viene de más allá de los Cuatro Reinos. ¿Por qué no puedes ser tú?

–Porque él es un héroe, lucha como el mejor, cabalga como el mejor...

–Todo eso tiene arreglo. Además, las canciones exageran mucho.

–Es valiente...

–Tú lo eres.

Guillermo no supo qué contestar. Miró los rostros que le rodeaban, Abhad y Sevso anhelantes, sus amigos llenos de dudas y de temor. ¿Tenía derecho a ponerles en peligro?

De pronto, en el fondo de su cerebro, escuchó una voz que le decía: “no estás a la altura, eres un cero a la izquierda”.

Era un peso demasiado grande.

–No tienes por qué hacerlo –dijo el Viejo Castor, como si pudiera leer su mente–. Quizá te hemos pedido demasiado. Tienes razón, esta aventura no os corresponde a vosotros –y, poniéndose en pie–. Debemos llevaros de nuevo a la puerta, dentro de poco este bosque estará infestado de nûr-hijks y será imposible.

–Quisiera ayudar...

–Ya lo has hecho, puedes estar tranquilo. Todos lo habéis hecho.

Jorge, Gemma y Susana bajaron la mirada.

–Recoged vuestras cosas, hay que marchar cuanto antes.

En cuanto se alejaron lo suficiente, los chicos se pusieron a hablar en susurros.

–Maldita sea –dijo Guillermo–, me siento fatal.

–¿Qué otra cosa podías hacer? –le apoyó Jorge.

–No somos guerreros –añadió Gemma.

–¡Ni hechiceros! –apuntó Susana.

Pero, a su paso, los grupos de hombres se apartaban, y les miraban con una mezcla de agradecimiento y admiración. Hombres recios, con el rostro curtido por la intemperie y las desgracias. Fuertes aunque exhaustos, con corazas abolladas y manchadas de sangre, tanto de enemigos como de amigos. Uno de ellos les dio a besar sus amuletos.

Dieron un rodeo para evitarlos. Al caminar junto a la zona donde O-Mîn atendía a los heridos, esta hizo una pequeña reverencia. Guillermo bajó la cabeza, avergonzado, pero no pudo evitar fijarse en el rostro del chico al que acababan de cortar la pierna. Apenas tendría unos años más que él. Se distinguían claramente los surcos que las lágrimas habían dejado sobre su cara.

–Mierda, mierda, mierda...

–¿Qué pasa?

–Id vosotros. Yo me tengo que quedar.

–Ni hablar –dijo Gemma–. Si tú te quedas, yo también.

–Y yo –contestaron al unísono Jorge y Susana.

–Estaría más tranquilo si sé que estáis a salvo.

Gemma torció la boca.

–¿Todavía no has aprendido que yo nunca estoy a salvo? Además, alguien se tiene que preocupar por la salud de esta gente, si tú te quedas por aquí.

–Sois unos cabezas de alcornoque.

–La tuya es más bien un pedrusco –contestó Susana, golpeándola con los nudillos para corroborarlo.

Guillermo se apartó con un gesto entre dolor y sonrisa, y resopló.

–Seré Brygger, maldita sea. Acabemos con ese Rey Rojo y volvamos a casa.

Capítulo 3

–Nosotros debemos ir hacia el sur –anunció el Viejo Castor–. A Ar-Zahala. Brygger tiene una misión allí.

Aëdras recorrió al grupo con la vista. Cuatro chicos, dos hombres y un anciano, con ropajes raros, de excelente manufactura aunque en absoluto lujosos. Solo dos llevaban armas. Parecían más una *troupe* de teatro que un comando. Pero todos tenían la misma mirada decidida.

–Necesitaréis alguien que os guíe por los caminos aéreos –respondió al fin–. Si no, antes de que suba el sol os encontraréis dando vueltas sobre vosotros mismos sin saber dónde está ese sur. ¡Imring!

Un joven de verde y gris se irguió al escuchar su nombre.

–Les acompañarás hasta la linde del bosque y serás mis ojos en esa ruta. Los nür-hijks han debido entrar ya bajo los árboles.

Imring asintió.

–Yo voy también –se escuchó otra voz. Tiäm se adelantó al resto de los hombres–. Mi padre luchó en esas tierras y prometí seguir sus pasos. Tanka me marca el camino.

Se cuidó mucho de decir que no confiaba en aquellos extranjeros. Todos parecían haberse creído a pies juntillas su historia, pero aquel crío tenía las manos demasiado finas para haber empuñado jamás espada alguna. Y olía demasiado bien. No podía ser un guerrero, y menos Brygger. Ciertamente era que no parecían de ninguno de los Cuatro Reinos, pero solo tenían su palabra; podían ser meros charlatanes, o informadores del ejército rojo. En cualquier caso, Imring y él serían suficientes para acabar con ellos en caso de necesidad.

Le había contado sus intenciones a su hermano Tzoun, y este le dio su bendición:

–Ve con cuidado. Yo estaré bien –dijo, señalando a O-Mín–. Mi herida no es grave, y por suerte el antídoto que ella me dio ha neutralizado la ponzoña de ese dardo. En unos días podré volver a la lucha. Cuando todo esto acabe, nos reuniremos a la sombra del monte Hopen, para escuchar las regañinas de padre –le tomó del hombro–. Él estaría orgulloso de ti. Y madre también.

Tiäm estrechó a su vez su hombro, y desvió la mirada. No quería que Tzoun viera el brillo en sus ojos.

–Bien –dijo el Viejo Castor–, partamos pues.

Imring buscó el árbol más sencillo y trepó a él con la agilidad de un mono. A los chicos les costó más, y Jorge se puso rojo como la grana al sentir las miradas de todo el campamento mientras Abhad le empujaba el trasero. Este también refunfuñaba.

–Otra vez a hacer de ardilla. Debí dedicar este tiempo a comer bellotas y nueces.

Sevso cerraba el grupo. Se despidió apresuradamente de Aëdras, mientras este organizaba la marcha. Los hombres de Liäm ya ascendían por los troncos, marcando el camino a los siguientes. Los de Shamtei-Lo, menos acostumbrados y con corazas pesadas, iban más lentos y, por último, los heridos. Se apoyaban unos en otros, y algunos apenas podían mantenerse erguidos. Lo tendrían muy difícil para trepar a un árbol. O-Mín cargó a hombros a uno de ellos. Aëdras, viendo la mirada de Sevso, habló:

–Lo primero son las mujeres y los niños de Gamelach. No podemos entretenernos por los heridos. Nos seguirán como puedan, y por una ruta distinta.

Sevso lanzó una rápida mirada a las ramas sobre su cabeza, y otra a O-Mín.

–Maldita sea, no lo conseguirán. ¡Viejo Castor!

Un movimiento entre las hojas y asomó la cabeza de este.

–Quédate –dijo sin que Sevso tuviera que pronunciar una palabra–. Pero en cuanto puedas, dirígete al Puente en el Aire. Todos los caminos se cruzan allí. ¿Conoces la canción?

Sevso acarició su arco, aquel que se transformaba en lira.

–Soy bardo –dijo, sonriendo.

–Que Nialah te acompañe.

Sevso dibujó en el aire el signo de la diosa, y se dio la vuelta.

–Necesitaremos cuerdas –dijo al llegar junto a O-Mín–. Los izaremos como fardos. Una vez arriba, cuídate de que no griten, o en menos que caga un dugro tendremos a los nür-hijks encima.

Intentó quitarle el peso que cargaba sobre los hombros, pero O-Mín le apartó de un empujón. No estaba acostumbrada a que nadie le diera órdenes en materia de cuidado de heridos. Le señaló una capa tendida sobre el suelo, con las cuatro esquinas atadas con cuerdas.

–Ah, ya veo, mi idea os ha parecido buena.

Hêika y Uldîm habían permanecido con ella. Sevso se dirigió a ellos en cuanto O-Mín se hubo alejado.

–¿Es la esposa de alguno de vosotros? Tiene carácter.

–Demasiado –confirmó Uldîm con un gruñido.

Hêika la miró mientras tendía al herido en la improvisada camilla.

–La secuestramos en una aldea de los Montes Orientales, y acabó desposándose con mi mejor amigo. Cuando este murió atravesado por una lanza nür-hijk, ya se había integrado como una más en el grupo. Además, no tenía donde volver.

Sevso la observó y sacudió la cabeza.

–Estoy a sus órdenes –dijo.

Imring avanzaba rápido, meciéndose en lianas colgantes y haciendo equilibrios sobre ramas suspendidas a muchos metros sobre el suelo. Guillermo, Susana y Gemma le seguían con dificultades. Pero Jorge y Abhad se atascaban a cada paso.

–Madre mía, nos vamos a matar... –no paraba de repetir Jorge, sin atreverse a mirar hacia abajo.

Imring les mostró el sistema que usaban en su pueblo para las personas ancianas o impedidas. Tendió una cuerda entre el grupo de cabeza y el Viejo Castor y Tiäm, que cerraban la marcha. Era molesta, pues no cesaba de engancharse en las ramas, pero apoyándose en ella Jorge y Abhad conseguían avanzar. Tiäm sacudía la cabeza, cada vez más convencido de que sus sospechas eran acertadas. Aquel grupo no se parecía en nada a los héroes de las leyendas.

Kun, gracias a las breves llamadas que Tiäm hacía de cuando en cuando, les seguía por el suelo, trepando sobre las rocas y arrastrándose entre tupidos arbustos y zarzales.

No descansaron hasta bien entrada la mañana. Imring buscó acomodo en un árbol con largas ramas horizontales. Tiäm se aproximó a Guillermo y le habló en voz baja:

–Supongo que esos dos tienen alguna especialidad, Brygger –dijo señalando con un gesto a Jorge y Abhad–, porque de momento no son más que una carga.

Guillermo solo pensó un instante antes de improvisar su respuesta.

–Son inventores. Son capaces de construir los ingenios más increíbles que puedas imaginar. Además, Abhad tiene la fuerza de un oso y lucha como diez hombres. Nos han sacado de mil

apuros. Sin duda los necesitaremos para vencer al Rey Rojo.

–Ya veo –dijo Tiäm, no demasiado convencido.

Imring se alejó un momento y volvió con unas enormes hojas en forma de copa llenas de agua de lluvia. Repartieron la escasa comida que llevaban, y repusieron fuerzas. Kun se tumbó al pie del árbol a paladear la comadreja que había cazado.

–¿Hasta dónde debemos avanzar hacia el sur, Elbeïm? –preguntó Imring.

–Hasta el río Unnflüd –contestó el Viejo Castor–. Tenemos que cruzar Rïa Arari, y el mejor lugar es a través de las colinas de Hämü.

–Rïa Arari estará ocupado por un hormiguero de nür-hijks y mûrkaghs –repuso Tiäm.

–No, si somos lo bastante rápidos. El grueso de las fuerzas rojas se desviará hacia Gamelach. Más al sur, con un poco de suerte, solo encontraremos exploradores. En Hämü el terreno es ondulado y se nos verá más difícilmente. Además, los nür-hijks recibieron allí tal derrota que todavía tratan de evitarlo, si les es posible.

Tiäm reflexionó un instante.

–Puede que tengas razón, Elbeïm. Además, y quiera Tanka que me equivoque, temo que la fortaleza de Shäm-Atsa ha caído también en sus manos, o no tardará en hacerlo. También tienen la puerta abierta hacia el segundo reino, Shamtei-Lo... Mi casa.

Sus palabras se habían cargado de emoción.

–Razón de más para apresurarnos –dijo el Viejo Castor poniéndose en pie.

–Si no os importa –dijo Abhad–, yo prefiero suicidarme aquí mismo.

Jorge tragó saliva. No podía estar más de acuerdo.

Sevso gruñía, intentando sostenerse sobre una rama mientras cargaba con un herido atado a sus espaldas. A punto estuvo de perder el equilibrio y caer ambos, pero Uldîm lo sujetó en el último momento.

–Gracias –resopló. Uldîm ahorró las fuerzas de contestarle.

Avanzaban penosamente, siguiendo las indicaciones de los heridos de Liäm que llevaban con ellos. Habían tomado una ruta ligeramente más al sur que la columna de Aëdras, dirigiéndose al lugar donde supuestamente se ocultarían con la gente de Gamelach una vez evacuada.

Pero cada paso que daban les costaba horas. Ya empezaba a declinar el sol, y apenas habían avanzado unas *taalas*.

Sabía que quejarse no serviría más que para romper la moral del resto del grupo, y repitiéndoselo se mordió la lengua en más de una ocasión. Pero al volver a resbalar y sujetarse en el último instante a una rama perdida, no pudo aguantar más.

–Malditos sean estos malditos bosques por todos los malditos días hasta que Nialah queme el mundo con su aliento y se nos lleve a todos al *Dorarg*.

Alguien pasó a su lado. Una figura menuda, que cargaba con un hombre más grande que el suyo, le adelantó con pasos hábiles. Creyó ver una sonrisa despectiva en los labios de O-Mîn.

–Y malditas sean las burlas de los que se creen superiores –dijo en voz más alta, para que ella lo escuchara.

Sevso retomó el camino, intentando seguir su ritmo. Pero solo si se detenían para estudiar un paso especialmente difícil conseguía alcanzarla. En una de estas ocasiones, aprovechando que se encontraban sobre una rama suficientemente gruesa, se apoyó sobre el tronco y se dejó resbalar hasta quedar en cuclillas.

–Perdona –le dijo al herido que llevaba a la espalda que, inconsciente, no le contestó. O-Mîn

había sedado a los más graves para evitar que les delataran con sus gemidos.

Se asomó para descubrir qué era lo que esta vez les había detenido, pero el follaje era demasiado espeso para ver nada. Sin embargo, su oído le trajo la respuesta.

–El Erydvärn –dijo al escuchar la corriente. El río que conducía a Gamelach. Habían avanzado más de lo que él creía. Solo tenían que cruzarlo y recorrer unas decenas de taalas hacia el suroeste, y habrían llegado.

Pero las señas imperiosas que le hizo O-Mîn indicaban algo más. No era el río lo único que les había hecho detenerse. Sevso desató a su herido y lo apoyó cuidadosamente contra el tronco. Después aprestó su arco.

Todos los hombres en situación de luchar se reunieron junto a Hêika. Este señaló hacia el suelo a través de un hueco entre las hojas. Tras unos instantes, Sevso vio lo que intentaba decirles: una figura con una lanza a la espalda avanzaba furtivamente siguiendo la orilla del río. Nür-hijks. Demasiado espaciados para ser la columna principal, debían ser exploradores.

–¿Cuántos? –preguntó Sevso con gestos.

Hêika desplegó los diez dedos de las manos. Una vez... dos veces... tres veces.

Sevso negó con la cabeza. Los hombres no llegaban a la docena. Y la mitad estaban heridos. Aun contando con el factor sorpresa, no podían enfrentarse a ellos. Con que un solo nür-hijk escapara, informaría al grupo principal y estarían perdidos. Aun así, Hêika hizo señas para que se desplegaran y estuvieran preparados.

Sevso buscó una rama suficientemente estable para permitirle apoyar una rodilla, montó una flecha en el arco y, muy despacio, retiró las hojas con su punta.

Allí estaban. Como sombras oscuras, aparecían y desaparecían en los accidentes del terreno. No hacían ruido alguno, y de vez en cuando se detenían a olfatear el aire. A Sevso se le detuvo el corazón cuando uno de ellos se entretuvo un poco más de la cuenta y miró hacia arriba. Tensó el arco y apuntó a su cuello. No iba a tener tiempo de gritar.

Pero el nür-hijk volvió a bajar la cabeza y siguió caminando.

Entonces ocurrió lo peor.

El herido que llevaba Sevso se removió delirando. Sin saber dónde se encontraba, se intentó incorporar y cayó al vacío. Quebró varias ramas antes de chocar contra el suelo con un golpe sordo, que en el silencio del bosque resonó como un trueno.

Los nür-hijks reaccionaron de inmediato. Dos de ellos se dirigieron al trote al lugar, mientras los otros extendían aún más la línea, prestos a escapar al menor signo de peligro. Sevso localizó al último y soltó la flecha. Pero aun antes de que llegara a su blanco, una sombra se precipitó desde los árboles, abatiendo a un primer nür-hijk en su caída y a un segundo con una daga arrojadiza. ¡Era O-Mîn!

Al instante escuchó los gritos de guerra de Uldîm, y vio la espada de Hêika brillar mientras ascendía y descendía lanzando tajos letales.

Los nür-hijks comenzaron a desperdigarse. Sevso cargaba, apuntaba y disparaba en un solo gesto, buscando los blancos más alejados, mientras con el rabillo del ojo no cesaba de admirarse de la forma de luchar de O-Mîn. En uno o dos sablazos abatía a su oponente y corría con furia a por otro. En una ocasión alcanzó a dos nür-hijks, que le hicieron frente a la vez. Sevso intentó ayudarla y disparó a uno de ellos, pero cuando su flecha llegó, el nür-hijk ya había sido atravesado por la espada de la mujer. Esta, en lugar de agradecerse, alzó el puño y le lanzó una mirada asesina.

–Entendido, entendido –dijo Sevso mientras apartaba apresuradamente la vista de ella–. Prefiere cuidarse sola.

Pero esos instantes de distracción fueron fatales. Apenas le dio tiempo a distinguir a uno de los nür-hijks que había acudido con la caída del herido, que tensaba su arco. Sevso se arrojó a un lado...

Un grueso fragmento de corteza de árbol voló girando en el aire como una cuchilla y golpeó la flecha, que pasó silbando junto al hombro de Sevso. Este, sin pensárselo, disparó. El nür-hijk cayó sin vida.

–Gracias –dijo Sevso al volver a incorporarse.

El autor del lanzamiento, un monje con la cabeza rapada y el torso vendado, inclinó la cabeza con un gesto de dolor.

Al poco, los golpes cesaron. Sevso se levantó del todo y apartó las ramas para escudriñar el bosque. Todo parecía en calma. Pero un brillo metálico entre la espesura le advirtió de que aún quedaban adversarios. Calculó la trayectoria y disparó en parábola. Su flecha se perdió entre el follaje. Estaban demasiado lejos.

Cuando bajó el arco, abatido, se encontró con la mirada furibunda de O-Mín, que con una mano en su cuello comprobaba el pulso del herido. Por su gesto supo que estaba muerto.

–Lo siento –fue todo lo que pudo decir Sevso.

Hêika y Uldîm ya habían trepado a los árboles de nuevo y estaban cargando a sus heridos.

–Corramos –dijo Hêika–. El Erydvärn pronto será un hervidero rojo.

Capítulo 4

La roca saltó en pedazos. Leo profirió un grito de triunfo. Tirando del bocado erizado de púas hizo girar al ûshnag, que intentó alcanzarle con un mordisco, y volvió al galope al lugar donde le esperaba su maestro. Esta vez tendría que felicitarle.

En lugar de eso, un frío silencio le acogió cuando llegó frente a él.

–No malgastes energía mostrando tus emociones, Thoknûr –dijo al fin–. Me molesta malgastar la mía repitiendo mis enseñanzas una y otra vez.

–Lo siento, maestro.

Por toda respuesta, la figura encapuchada apuntó con la mano a las rocas dispersas, que de nuevo se amontonaron en equilibrio, y señaló una marca en el suelo, la más alejada del blanco. Leo asintió. Eso quería decir que la prueba anterior había sido superada.

Espoleó al ûshnag. Debía lanzar la descarga cuando este alcanzara su máxima velocidad, o el ejercicio no se consideraría válido y habría de repetirlo.

Había hecho varios disparos seguidos, y se preguntó si tendría energía suficiente para lanzar otro. Su montura espumeaba por la boca. Apenas había descansado desde que al amanecer su maestro le convocara con la ya familiar punzada en la frente. No podía extraer energía de él, o acabaría por matarlo. Obtenerla del suelo era fácil, pero montado en el ûshnag se encontraba demasiado elevado para que le llegara apenas un ápice. Así que se concentró en reunir toda la energía posible del aire. Allí las moléculas estaban dispersas, y era muy difícil congregarse suficiente para efectuar un disparo. Pero él era especial. Era descendiente del más poderoso entre los magos. Y podía hacerlo.

El ûshnag se lanzó a galope tendido. Leo extendió el brazo que sostenía la espada y comenzó a recitar el conjuro. La afilada hoja chisporroteó. Al poco, un fulgor rojo la recorrió de arriba a abajo.

–... *khâl narum bad-karâm, ûlud... ûlud... ¡Zarâg!*

Un chispazo rojo salió despedido desde la punta de la espada, y alcanzó de lleno el blanco. La columna de rocas se tambaleó con el impacto.

Pero no cayó.

–¡Maldición! –murmuró Leo. Al instante sintió la punzada en la frente, más fuerte aún que la última vez. Le hizo cerrar los ojos de dolor.

–Lo siento –dijo cuando volvió de nuevo frente a su maestro.

Una nueva punzada casi le hizo perder el equilibrio sobre su montura.

–Basta de decir “lo siento”. La culpa es otro desperdicio, y no te libraré de mis castigos. Solo preocúpate de entender qué es lo que ha fallado, y no lo vuelvas a repetir.

Leo se lo pensó esta vez antes de contestar.

–No reuní la energía suficiente antes de disparar.

–¿Por qué?

–En el aire no hay suficiente.

–Sí la hay, pero es difícil reunirlos en tan breve tiempo.

–Yo creí que...

–Creíste que el ser nieto del Rey Rojo bastaría para hacer lo que los grandes maestros no pueden ¿no?

Leo calló.

–En lugar de eso, aprende de ellos –dijo al fin su maestro–. Debes ahorrar todo malgasto de tu poder, pues sin duda lo necesitarás después. ¿Por qué crees que magos mucho más poderosos que tú utilizan esto al luchar montados?

El encapuchado levantó la lanza metálica que llevaba en la mano.

–¿P... para tener más alcance?

–¡No!

Leo se encogió, esperando una nueva punzada de dolor, pero esta no llegó.

–Observa –dijo su maestro mientras clavaba las espuelas en el vientre de su úshnag. Este saltó en el aire con un rugido, intentando desmontar al jinete, pero al no conseguirlo se lanzó a la carrera, directo como una flecha hacia el blanco. El encapuchado, en lugar de empuñar su lanza apuntando al frente, la sujetó casi por el filo y dejó que su extremo trasero arrastrara por el suelo. Al instante este tomó un color rojo incandescente, que se extendió por el mango metálico como una llama cada vez más brillante. Cuando el fulgor se hizo casi insoportable, el jinete la empuñó en posición de ataque y disparó.

La roca se volatilizó en el aire, con tal fuerza que sus fragmentos finos como arena golpearon el rostro de Leo.

–Hemos llegado –anunció Imring, apartando una rama con la mano. Detrás se veía cielo abierto, del color anaranjado del atardecer–: Ría Arari, la Ruta Azul. Y esas son las colinas de Hämu. Detrás corre el Unnflüd.

El Viejo Castor se asomó.

–Desde aquí podemos otear el camino sin ser vistos. Cruzaremos en cuanto el sol comience a ocultarse, cuando los colores se confunden pero aún hay luz para evitar trampas y peligros.

En silencio, aguardaron mientras el cielo iba tornando del naranja al rojo, y después al violeta. No detectaron más movimiento que el del polvo del camino, que de vez en cuando se arremolinaba en caprichosas e hipnóticas figuras. Observándolas y escuchando la corriente del río a lo lejos, a punto estuvo Guillermo de caer dormido, cuando el Viejo Castor dio la señal.

–Es el momento.

Uno por uno, fueron descendiendo del árbol. Se mantuvieron ocultos entre la espesura hasta que el último llegó al suelo. Mientras, el Viejo Castor arrancó una gran rama de un arbusto.

–Susana, ve borrando nuestro rastro según vayamos avanzando. Al menos, que no sepan cuántos somos.

Al fin, echando una última mirada hacia el norte, salieron a campo abierto. Avanzaban aprisa, agachados. Una silueta recortada contra el cielo se podía ver a una gran distancia, por lo que aprovechaban lo más posible los valles entre las suaves colinas de pasto. Al poco, el suelo se volvió de tierra, pisoteada por los miles de viajeros que habían recorrido la Ruta Azul a lo largo de los tiempos. Guillermo, en un acto reflejo, miró a ambos lados, como si hubiera riesgo de que un autobús fuera a atropellarles. Vio a lo lejos el río, y creyó divisar un puente con varios arcos. Gemma, que iba detrás, le empujó, y Guillermo apretó el paso para cruzar lo antes posible.

Entonces lo escucharon. O quizá lo sintieron en el suelo.

Cascos al galope.

Todos miraron alrededor, y después al Viejo Castor. No había escondite posible. Ni una piedra, ni un arbusto, ni una zanja. Solo aquellas colinas ondulantes, incapaces de ocultar ni a una oveja.

–¡Al puente! –apremió el Viejo Castor, echando a correr y empujando a los demás– ¡No piséis el camino!

Susana borró las últimas huellas y arrojó la rama lo más lejos que pudo. Corrieron con toda la velocidad que sus piernas les permitían, pero el puente estaba todavía distante. El sonido de los cascos se hacía cada vez más fuerte.

–¡Corre, corre! –empujó Guillermo a Jorge, que ya desfallecía.

–¡Maldito sea, nos descubrirán por su culpa! –dijo Tiäm, adelantándoles.

Guillermo libró de su mochila a Jorge y siguió empujándole. Ya podían distinguir los arcos del puente, y el caudaloso río que corría por debajo. Pero los cascos se oían muy cerca. En cuanto superasen la curva que hacía el camino, los verían.

–¡Son mûrkaghs! –dijo Guillermo.

Jorge se imaginó a los mûrkaghs montando en terribles bestias y segando con sus guadañas las cabezas de todo aquel que encontraran en su camino, y el terror le dio alas. Recorrió los últimos metros con el galope retumbando en sus oídos y, sin saber si les habían visto, se arrojó de cabeza bajo el puente.

Los golpes de los cascos contra las losas de piedra atronaron por encima del estruendo de la corriente. No eran caballos. Eran demasiado grandes.

–Ûshnag –murmuró el Viejo Castor. Habían hecho bien en esconderse.

De pronto vio con horror como las manos de Susana se iluminaban con un fulgor blanco deslumbrante. Sin duda se vería desde encima del puente. La chica las miraba sin saber qué hacer. El Viejo Castor se apresuró a echarle su abrigo encima.

Todos contuvieron la respiración, esperando que el galope se detuviera para dirigirse hacia ellos. Pero su ritmo no cambió. Los ùshnag continuaron cruzando raudos durante unos instantes que les parecieron eternos. Solo cuando el sonido del último de ellos se apagó en la distancia, se atrevieron a asomarse al camino. Una gran polvareda precedida de una sombra negra les indicó dónde estaban, ya muy lejos.

El Viejo Castor se dirigió a Susana y, con precaución, retiró el abrigo que envolvía sus manos. El fulgor había disminuido.

–L... lo siento –dijo la chica.

–La culpa es mía –contestó el Viejo Castor–. Debí comenzar con tu instrucción en cuanto supe de tus... cualidades.

Sus amigos la arroparon. Si no hubiera sido por ella, Guillermo estaría en el fondo del Saltogrís, con la garganta arrancada por un lagarto. Pero Tiäm e Imring la miraban con recelo.

–Eran muchos –interrumpió Abhad, señalando el camino por donde habían desaparecido los jinetes.

–¡He contado más de cinco docenas! –exclamó Tiäm mostrando los dedos a la manera de Shamtei-Lo, con los cinco de una mano extendidos y el pulgar de la otra marcando la falange central del anular.

–Son solo una avanzadilla –murmuró el Viejo Castor–. El grueso de sus fuerzas viene detrás.

–Y se dirigen a Häile –continuó Abhad.

–Únicamente después de tomar Shamtei-Lo –respondió el Viejo Castor–. Tras terminar con las fuerzas de Won-Pëi, su ejército ha quedado debilitado. Además, el Rey Rojo siempre ha ansiado algo que solo existe en ese reino y que le convertiría en invencible...

–Acero kûmish –terminó Tiäm.

–Exacto. La próxima batalla será a las puertas de Khiaru-Lo. Rápido, pongámonos en marcha. Tenemos una misión –dijo el Viejo Castor, dando un paso decidido.

–Viejo Castor... Elbeim... –dijo Abhad.

–¿Sí?

–¿Soy imprescindible en esa misión? Hay algo que...

–Ve. Alguien tiene que dar aviso a Häile, o las hordas rojas les caerán encima como una ola, y arrasarán todo a su paso. ¿Conoces a alguien en la corte?

–¿En Evelörn? No... Espera... Sí, conozco a alguien a quien sin duda escucharán.

–Entonces parte. Pero ya has visto que el camino no es seguro. Y yo no puedo cederte a nadie más para que te acompañe.

–Tendré que adentrarme en el bosque.

–Te perderás –aseguró Imring-. Las zanjas, las rocas y la maleza forman tal laberinto que no podrás seguir una dirección, por mucho que lo desees. Debes usar los caminos aéreos, ahora que ya conoces sus signos.

–Mejor me arriesgo a seguir la Ruta Azul –gruñó Abhad, y sus ojos se dirigieron al puente y a la rápida corriente que golpeaba sus pilares. A pesar de la creciente oscuridad, creyó distinguir algo en la orilla; una forma muy conocida para él-. Espera...

Bajó a grandes zancadas la pendiente que llevaba hasta el río. Los demás le siguieron.

–¡Una barca! –exclamó, apartando las ramas que la ocultaban.

–El camino es largo por el río –dijo el Viejo Castor-, pero por algo lo llaman Unnflüd, Río Rápido. Tiene corrientes muy fuertes, Abhad. ¿Crees que podrás con él?

Abhad sonrió.

–Ninguna corriente ni arrecife ha podido nunca con los descendientes de *Mano de Piedra*. Sería una deshonra.

–Nadie se iba a enterar –observó Jorge.

–Sea, pues –dijo el Viejo Castor-. Te ayudaremos a sacarla a flote.

Entre todos arrastraron la barca hasta la orilla. Abhad subió a bordo de un ágil salto e instaló el remo que hacía de timón. No hizo falta empujarle, en cuanto la embarcación quedó libre la corriente se la llevó entre remolinos de espuma.

–Que Phath te acompañe, Abhad –murmuró el Viejo Castor.

Capítulo 5

–*¡Dar benddan!*

La voz, alta y clara, provenía de entre los árboles. Y anunciaba una amenaza que todos sintieron como un escalofrío en la nuca. Uldîm, aun con su herido a cuestas, aprestó su hacha, dispuesto para la lucha.

Pero una voz contestó desde el final de la fila.

–*¡Cywr ilir!*

Era Sevso. Al instante aparecieron de la espesura una veintena de hombres de verde. O más bien... niños. La mayoría apenas contaría doce primaveras, aunque sus arcos y flechas no eran de juguete. Y sus miradas decididas no dejaban lugar a dudas: ensartarían como a un heki al primero que consideraran enemigo.

–Estos son más peligrosos que sus padres –murmuró Sevso, adelantándose.

Se dirigió a una chica que, arrogante, se había situado un paso al frente de sus compañeros. Bajo sus ropas de campaña se adivinaban ciertas formas femeninas, y estaba flanqueada por los chicos más mayores, desgarrados y con la sombra de un bigote asomando bajo sus narices. Su expresión era hosca, y todavía mantenían las flechas en los arcos.

–Hëleval os guíe –saludó Sevso. La respuesta habitual era “y proteja a nuestros hijos”, pero en aquel caso parecía fuera de lugar–. Soy Sevso, y estos son Hêika, Uldîm y O-Mîn. Somos amigos de Aëdras y de todo el pueblo de Liàm...

En ese instante, una voz quebrada le interrumpió.

–¡Padre!

Uno de los niños se adelantó al ver el rostro del herido que colgaba inánime de los hombros de Sevso.

–¿Está...? –preguntó, sin atreverse a tocarle.

–Vivo –contestó Sevso.

El niño intentó ahogar los sollozos delante de sus compañeros, pero sus lágrimas le corrieron libres por las mejillas al tomar su mano.

Los muchachos bajaron los arcos y ayudaron a los heridos, mientras les guiaban por las copas de los árboles. Todavía tuvieron que recorrer un largo camino hasta su campamento. La patrulla les había interceptado lejos, lo que tranquilizó a Sevso.

–Mi nombre es Graëna –dijo la chica mientras le ofrecía el brazo en un paso difícil.

–Hija de...

–Græeon, en efecto –la chica apartó el rostro para que Sevso no viera la emoción en sus ojos.

–Estos hombres lucharon con él –dijo Sevso señalando a Hêika y su grupo– y, por lo que dicen, murió como un valiente. Sin duda ahora está cazando en los bosques de Hëleval.

–Espero que mi madre esté con él.

–¿Tienes más hermanos?

–Dos –contestó la chica–. Pero son muy pequeños, el mayor no tiene aún ocho primaveras.

–¿Así que tú eres...? –preguntó Sevso, interrumpiendo el paso.

–La reina de Liàm. O lo que queda de él.

El campamento estaba en lo más intrincado del bosque de tñie. Entre sus brillantes hojas se habían instalado plataformas suficientes para albergar a un buen número de personas, y todavía se veían carpinteros fabricando más y más. Sobre ellas también reinaba una febril actividad. Mujeres y ancianos cocinaban sin fuego o trabajaban la madera, fabricando arcos, flechas y otros útiles. No se veían hombres, ni apenas niños. Sevso supuso que estaban todos de patrulla.

Cuando les vieron llegar, enseguida desalojaron una de las plataformas con techado, tendieron a los heridos y les llevaron mantas, comida y agua. Dos mujeres se quedaron con O-Mîn ayudándola a cortar vendas y a limpiar heridas.

Sevso, agotado, aprovechó para escabullirse de la gente y de sus preguntas. Buscó una rama lo suficientemente alejada, se ató a ella y durmió profundamente. Sin duda lo necesitaba. El sol había recorrido una buena parte del cielo cuando despertó. Le dolía todo el cuerpo, especialmente los hombros.

“Si los dejas quietos, el dolor durará el doble”, se dijo, y comenzó a trepar por las ramas cercanas.

Ascendió y ascendió, hasta que su cabeza asomó por encima de las copas de los árboles. Le resultó extraño ver el cielo azul sobre él, llevaba demasiado tiempo en el bosque.

Entonces lo vio.

Una densa columna de humo se alzaba al noreste, a lo lejos. Gamelach. Los nür-hijks ya habían entrado.

Sin embargo, por el número que había visto, Aëdras había llegado a tiempo para salvar a buena parte de la población. Graëna tenía suerte de contar con guerreros como él.

Descendió de nuevo y se dirigió al campamento. En la enfermería no encontró a ninguno de sus amigos, pero las sanadoras que allí había le indicaron que los buscara en el Consejo. Este era simplemente una plataforma más grande que las demás, en la que podían reunirse media centena de personas de pie. Cuando llegó, vio en un extremo a Graëna, con Aëdras y algunos ancianos. Frente a ella estaban Hëika, Uldîm y O-Mîn, y detrás de ellos más ancianos y hombres. Abrieron paso cuando Sevso llegó.

–¡Sevso! –le saludó Aëdras, dándole un abrazo–. Habéis hecho un buen trabajo.

–Vosotros también –respondió Sevso señalando el campamento con un ademán.

–Llegamos justo a tiempo. Gamelach ya está ocupada.

Sevso asintió.

–Lo he visto. ¿Qué haréis ahora?

Fue la voz de Graëna la que contestó:

–Lo que hemos hecho siempre. Resistir.

Sevso miró en derredor. Hombres que habían visto demasiadas primaveras. Niños que habían vivido demasiado pocas. Mujeres que empuñaban arcos y cuchillos. Pero, en todos, la misma determinación. Y la lucha convertida en costumbre.

–Lo haréis bien. Los nür-hijks no se atreverán a salir de Gamelach. Creen que han conquistado Liàm cuando solo tienen una cáscara vacía. Liàm –dijo abarcando con un gesto a cuantos se encontraban en la plataforma– sois vosotros.

Graëna sonrió solo con los ojos.

–Pero –continuó Sevso– la guerra no se va a ganar aquí. El frente se dirige a otra parte, más allá de las montañas. El Rey Rojo quiere ahora Shantei-Lo. Y esa –se llevó el puño al pecho en la señal de Hëival, el dios guerrero– será su tumba.

Hincó la rodilla derecha en el suelo.

–Ha terminado mi misión aquí. He de partir, si me lo permitís, mi reina –dijo.

–Es una mala noticia para nosotros –respondió Graënna– aunque, si estás en lo cierto, quizá sea una buena nueva. Mis hombres te guiarán hasta la linde del bosque, y que Hëlevel te acompañe.

–Y a tu pueblo.

–¡Un momento! –sonó otra voz– Nosotros vamos contigo.

Era Hëika. Dio un paso al frente, y Uldím y O-Mín le secundaron.

–Somos de Shamtei-Lo; es nuestra tierra, y queremos ir a morir allí.

–Yo también –era el monje calvo, el hermano de Tiäm.

Sevso sonrió, agradecido.

–Antes tendréis que hacer unas cuantas tareas. Quizá menos agradables que morir.

–¿Qué es esto, el Himalaya? –dijo Jorge sin aliento al disiparse la bruma y poder observar las montañas en toda su magnitud.

–Los montes Shäm. La Barrera –contestó el Viejo Castor–. Son más altos que el Himalaya. Pero, con un poco de suerte, podremos burlarlos.

–¿Burlarlos? –Tiäm era escéptico. Tenía que serlo. Durante muchos años aquellos montes habían sido su protección frente a todo mal. Y ahora, en unos días, se habían convertido en algo vulnerable, que los nür-hijks ya habían violado y hasta un anciano podía burlar– Sus cumbres están eternamente congeladas, sus hielos encierran incontables trampas, y sus grutas están habitadas por temibles fieras.

–¿Cumbres? ¿Quién quiere escalar a sus cumbres? ¿Crees que estamos locos? –respondió el Viejo Castor– No vamos a vencer a tus montañas. Simplemente pediremos permiso para usar sus caminos e intentaremos pasar desapercibidos.

–No hay caminos en la roca –insistió Tiäm.

El Viejo Castor le observó unos instantes y finalmente sonrió.

–Que sean invisibles no quiere decir que no existan.

Y, sin más, echó a andar cuesta arriba, apoyándose en el bastón que se acababa de fabricar.

–Haceos con uno, os vendrá bien. Especialmente a ti, Susana.

–¿Ves mis piernas más flojas que las de los demás? –contestó aquélla.

–Cuando nos detengamos te lo explicaré. Ahora, ahorremos resuello.

Pronto superaron los últimos árboles del bosquecillo que crecía a los pies de los imponentes paredones. Después recorrieron un trecho en llano. El Viejo Castor parecía buscar algún signo entre las rocas.

–Ajá –dijo al fin–. Aquí es. El dedo y el agujero de la nariz.

Guiñando un ojo, les señaló una piedra alargada que, apoyada contra una más gruesa, podría parecer el enorme dedo de un gigante señalando a lo alto. Y a lo lejos, a media altura sobre la pared, un resquicio oscuro entre dos rocas.

–“Un mocos, llevándose el dedo a la nariz, me enseñó una vez esta canción” –entonó el Viejo Castor desafinando un poco.

Comenzó a trepar entre las rocas, por la ruta imaginaria que se había trazado. La pendiente era acentuada, y el piso estrecho, pero ofrecía buenos apoyos. Ni siquiera Jorge pasó apuros, aunque tuvieron que detenerse varias veces para que tomara aire.

Pronto alcanzaron una altura considerable sobre el llano. Desde allí se distinguían muchas taalas de la Ruta Azul. Y detrás, el interminable bosque de Liäm.

–¿Qué es aquella columna de humo? –preguntó Tiäm.

Todos afinaron la vista.

–Gamelach –dijo el Viejo Castor.

Los ojos de Imring se nublaron, primero de emoción, y después de rabia.

–Apretemos el paso –dijo, retomando el camino con energía–. El Rey Rojo no descansa.

Al cabo de unas horas llegaron al resquicio, que de cerca no era más que una sombra entre dos rocas. Pero suficientemente ancha para cobijarlos a todos, pues el calor apretaba. Los chicos llenaron sus cantimploras en un chorro que, desde la cumbre, resbalaba de piedra en piedra hasta la cueva. Solo el Viejo Castor se quedó fuera, oteando el horizonte y mordisqueando una torta dura. Era lo único que les quedaba.

Susana, tras echar unos breves tragos, se acercó a él.

–¿Me vas a explicar ahora lo del bastón?

–Tienes curiosidad ¿eh? Eso está bien.

Se sacudió las migas de encima, se inclinó y tomó las manos de la chica.

–¿Recuerdas lo que te sucedió bajo el puente? Tus manos se volvieron incandescentes. ¿Podrías repetirlo ahora?

Susana se removió, incómoda.

–No.

–Inténtalo.

La muchacha se separó un paso atrás, levantó sus manos y se concentró en ellas. Intentaba recordar qué sentía cuando empezaron a brillar de aquel modo. En aquel momento los úshnag estaban pasando por encima de sus cabezas, a muy pocos metros de distancia. Los cascos atronaban sus oídos, y el no poder verlos le hacía imaginárselos más terribles aún. Monstruos de pesadilla. Esperaba que en cualquier momento el golpeteo sobre la piedra cambiara y escucharan los pesados cascos sobre el barro, mientras bajaban a por ellos...

Lo que sentía era puro miedo.

Al revivirlo, notó un leve calor en sus manos. Pero enseguida se disipó en el aire.

–No puedo.

–Lo has hecho. Dime cómo.

–He intentado reproducir lo que pasó entonces, y...

–Aquello ya pasó. Ahora solo existe esto –dijo El Viejo Castor, señalándola, y después a sus amigos, a él mismo y al paisaje alrededor. Dio varios pisotones sobre la dura roca–. Tienes que sacarlo de aquí. De Ahora.

–Pero ahora no siento esa emoción tan fuerte...

–Las emociones pueden ayudarte a acumular energía; mucha, y rápido. Pero tienen algunos peligros: el primero es que esa energía proviene de ti misma. Cuando la liberases, quedarías débil como un pajarillo enfermo. Y si fuera suficientemente intensa... podrías llegar a morir.

El Viejo Castor la miró, asegurándose de que la chica asimilaba la información.

–El segundo problema –continuó– es que llega tan súbitamente que podría escapar de forma descontrolada. Y sería muy peligroso para quien tuvieras al lado.

–Sabía que era un peligro andante –dijo Susana.

–Eres mucho más que eso –contestó el Viejo Castor apoyando su mano en el hombro de la chica–. Por eso es importante que aprendas cuanto antes a manejar tu poder. Te enseñaré a acumular energía sin usar las emociones. Y obteniéndola del exterior. Cansa menos. Toma tu bastón y apóyalo en el suelo. Aquí, entre estas piedras. Ahora, cierra los ojos y siente. No pienses, solo siente.

Susana le obedeció y, empuñando el bastón de tñie que se había fabricado, cerró los ojos.

Dejó que sus dedos lo recorrieran despacio. Sintió el calor de la madera y su tacto suave. Llegó a un nudo, un pequeño muñón, y notó la ligera humedad de la savia, que todavía no había parado de brotar. Lo izó lo justo para darse cuenta de su peso, de que no era algo etéreo sino material. Después apretó el bastón contra el suelo, y sintió la dureza de la piedra. Y entonces se dio cuenta.

La madera y la piedra eran lo mismo.

Fue consciente de cada minúscula partícula mineral que las raíces del árbol habían absorbido. Que habían ascendido con su savia hasta depositarse en el leño. Que formaban parte de aquella rama. Y también vio la rama en el suelo, secándose al sol y pudriéndose bajo la lluvia, descomponiéndose hasta convertirse de nuevo en mineral.

El suelo. Bajó la cabeza como si pudiera ver los kilómetros de roca bajo sus pies, y los kilómetros de ardiente lava debajo de ella. Y sintió el calor ascendiendo por grietas microscópicas hasta llegar al punto donde se apoyaba el bastón. Y cómo seguía subiendo por los minúsculos vasos de la madera, hasta llegar a su mano.

–¡No! –gritó, soltando el palo. Un chispazo estalló ante sus ojos, y el Viejo Castor dio un salto atrás. Algunos pelos de su barba ardían como el tabaco de un cigarro.

–¡Tranquila! Esto es normal –dijo aplastándolos con la mano–. Si hubieras visto mis inicios... La culpa ha sido mía. Sinceramente, no creí que lo consiguieras a la primera. ¿Has visto? Para eso sirve el bastón, para conducir la energía de la tierra, que es inmensa. Pero no tiene por qué ser de la tierra, ni tiene que ser un bastón, podría servir cualquier objeto. De hecho, cuanto más personal sea el objeto canalizador, mejor. Tiene que ser parte de ti...

Susana no escuchaba. Se apartó, asustada. Solo entonces fue consciente de que tanto sus amigos como Imring y Tiäm la miraban con los ojos muy abiertos, más atemorizados todavía. Kun enseñaba los dientes con el cuello erizado.

–Mierda –dijo, alejándose y con las lágrimas pugnando por brotar.

Gemma fue tras ella. Los demás se miraron unos a otros. Tiäm fue el que habló, en tono de desprecio.

–¿Esta es la poderosa hechicera? ¿Pero del lado de quién está?

–¡Eh, ya basta! –contestó Guillermo– No has parado de protestar, y aquí todos tenemos mucho que aprender.

–¡Tú el primero! –exclamó Tiäm tomándole la mano, recorriéndola con la mirada y soltándola bruscamente– No has usado una espada en tu vida. ¿Cómo vas a ser Brygger?

Se quedó mirando fieramente a sus ojos. Sus dedos rozaban la empuñadura de la daga.

–¿Quiénes sois?

Guillermo apretó los dientes. Pero la que contestó fue la voz tranquila del Viejo Castor.

–Es normal que estéis confundidos, chicos. Guillermo no es el primer Brygger, aunque espero que sea el último. Cuando llegué aquí, hace muchos años, tampoco yo me llamaba así.

Capítulo 6

–¡Esto ya es demasiado! –gritó Abhad para oírse a sí mismo sobre el estruendo de la corriente.

La espuma saltaba entre las rocas y contra el casco de la barca, inundándola por momentos. Apenas le daba tiempo a divisar el siguiente obstáculo, cuando una caída le hacía sentir el vacío en el estómago, o un golpe le arrojaba como un pelele contra las tablas.

Los brazos le dolían tras horas de tironear del timón para conseguir corregir su trayectoria unos palmos, lo justo para no despedazarse contra las rocas. Pero en aquel punto el río se había embravecido de tal forma que era inútil, Abhad solo lo seguía sosteniendo para tener un lugar donde agarrarse. La barca daba vueltas sobre sí misma, a merced de la corriente.

–Esto no me gusta... –murmuró cuando comprobó que los saltos y remolinos eran cada vez más violentos. Una especie de neblina acompañada de un rugido profundo se adivinaba poco más adelante. ¡Una catarata!– ¡Phath, no sé lo que te debo, pero pagaré, lo prometo!

Sin perder un instante, buscó una cuerda en su bolsa. Una fina y resistente como seda de araña, que se había traído de Piedras Verdes. Ató el mango de su hacha a un extremo, y con el otro rodeó su cintura. Se irguió y volteó la improvisada ancla, pero un impacto de costado le lanzó por los aires y a punto estuvo de tirarle por la borda. Se arrastró por la bañera inundada, incapaz de levantarse. El estruendo se había transformado en un trueno interminable. Echó una ojeada fugaz sobre la borda, y se le detuvo el pulso:

Tan solo unos cuerpos más adelante, el río desaparecía.

–¡Aaaaaaarrrrggghhhh! –reuniendo sus últimas fuerzas, Abhad se apoyó en el banco y, con un solo impulso, extendió las piernas y el brazo a la vez, arrojando el hacha lo más lejos que pudo. Al instante un bandazo volvió a arrojarle al suelo. Sintió un golpe en la rodilla, y tuvo que protegerse la cara para no partírsela contra la borda.

La barca estaba siendo zarandeada como el pétalo de una flor en un tornado, y Abhad pensó que era un milagro que no volcara.

Pero entonces llegó la calma.

La superficie del agua se alisó y la barca dejó de moverse arriba y abajo, a derecha e izquierda para hacerlo solo hacia delante.

Y cada vez más rápido.

–¡Acheb, hermano, búscame un buen sitio, donde quiera que estés! –gritó Abhad cuando la barca comenzó a inclinarse, precipitándose al vacío.

De pronto, un fuerte tirón de la cintura le hizo saltar por la borda. La barca cayó engullida por la espuma.

El hacha se había trabado en algún resquicio entre las piedras, y Abhad había quedado enganchado a la cuerda, en mitad de la corriente. Esta tiraba de él con una fuerza titánica. El agua, como si de una roca más se tratara, le saltaba por encima, sumergiéndole e impidiéndole respirar.

Abhad pateó intentando salir a flote, pero sus fuerzas no eran suficientes. Sin embargo, en una patada uno de sus pies encontró apoyo en una roca poco profunda, y consiguió asomar la cabeza. Una bocanada de aire le devolvió a la vida. Buscó desesperadamente la misma piedra con el otro pie. Cuando la encontró, se giró de espaldas a la corriente y respiró, aunque tragaba la misma cantidad de aire que de espuma.

Tosiendo y escupiendo, miró alrededor. La orilla no estaba lejos, y sin embargo no había dado paso más difícil en toda su vida. Sintió la fuerza con la que la cuerda tiraba de él, una fuerza que amenazaba partirle en dos e intentaba tirarle de la piedra en la que se mantenía en pie a duras penas.

–Un momento...

Tiraba de él... hacia tierra.

La cuerda estaba anclada en la orilla. No tenía más que abandonarse a la corriente, y ella misma le llevaría a la ribera como un péndulo.

Abhad rio antes de dar una última bocanada de aire y soltarse.

–¡Phath, qué susto me has dado!

Entonces la cuerda, aquella cuerda que le habían prometido que resistiría el peso de diez elefantes, se partió en dos.

–Eso es... –señaló Tiäm cuando coronaron el collado y pudieron ver la gigantesca planicie al otro lado.

–Hika-Gö –terminó el Viejo Castor–. La Antesala. Por donde pasan todas las rutas, del Sur y del Oeste. Un lugar próspero... Hasta ahora.

Tiäm dirigió su vista al norte. Por allí, no muy lejos, la marea roja estaba invadiendo el reino. Pronto las hogueras brillarían en la llanura.

–¿Por dónde seguimos? –preguntó, examinando la ruta frente a ellos. Como siempre, ningún camino aparecía marcado sobre el suelo de dura roca.

–“La liebre saludó al águila: buenos días tenga usted” –cantó el Viejo Castor, señalando unas rocas con forma de pájaro y echando a andar hacia allí.

Tiäm repitió en bajo la estrofa, y de nuevo la canción desde el principio. Era larga y, solo con olvidar un verso, un caminante estaría perdido en las montañas.

–“El águila, educado, saludó antes de comérsela. Y le entró tanta sed que fue a beber en un cuenco de plata”.

–¿Queda mucho? –preguntó Gemma.

–Todavía unas taalas –respondió el Viejo Castor–, pero lo peor ha pasado. Tened cuidado al pisar, la bajada es peligrosa.

Descendieron por una pendiente muy pronunciada. Había gravilla suelta, y se dieron más de un susto al ir a apoyar el pie y resbalar. En algunos lugares había tanta, que bajaron deslizándose sobre ella, con las piernas enterradas hasta la rodilla.

Las nieves pendían aún amenazadoras sobre sus cabezas. La noche anterior les había despertado un trueno profundo, gutural, que se hizo eco por todas las paredes que les rodeaban.

–¡Una avalancha! –había gritado Tiäm, que las conocía demasiado bien.

Se cobijaron bajo una gran roca saliente y aguardaron con el corazón en un puño. El estruendo continuó durante unos instantes interminables, mientras los grandes pedazos de hielo arrastraban a otros más abajo. Cuando cesó, prefirieron continuar durmiendo en aquel refugio, por muy húmedo e incómodo que fuese. A la mañana siguiente, toda la ladera por encima de ellos estaba cubierta de nieve.

Cuando al fin sus pies pisaron hierba, Jorge se arrojó al suelo. Las piernas le temblaban por el esfuerzo.

–¡Al fin! Creí que no llegábamos nunca. Mis rodillas resuenan a piedra al pisar.

Mientras los chicos reunían ramas y hierba seca, Tiäm e Imring, con la ayuda de Kun, cazaron

un sveri salvaje. Imring se puso a despellejarlo y Tiäm sacó el metal prodigioso que comprara en el mercado de Khiaru-Lo, para encender una fogata. Pero Jorge se le adelantó. Los ojos de Imring y Tiäm se abrieron como platos al ver la pequeña llama que aparecía como por encanto de un pequeño instrumento entre sus manos. Guillermo echó una mirada intencionada a Tiäm.

Caminaron después por las estribaciones de unos montes mucho más bajos y que discurrían de este a oeste.

–¿Es la frontera del reino? –preguntó Susana.

–Casi –contestó el Viejo Castor–. La verdadera frontera está detrás.

No necesitó más explicaciones, pues al poco tiempo la vieron con sus propios ojos. Un gigantesco tajo en el terreno, de más de quinientos metros de ancho y muchos más de profundidad se interpuso en el camino. Un endeble puente colgante de cuerda y madera se tendía de lado a lado. El viento lo sacudía con furia. Al otro lado el paisaje parecía de otro mundo: una llanura infinita de color pardo, con solo algunos matorrales bajos de cuando en cuando.

–Esta es la frontera: Mïa-Atsa, la Gran Grieta.

–¿Por qué la llamarán así? –dijo Gemma, silbando– No se ve el fondo.

–¿Y vamos a cruzar por ahí? –preguntó Jorge, tragando saliva.

–¡Claro! –respondió el Viejo Castor, intentando sonar animoso– El Puente en el Aire. La puerta hacia Ar-Zahala.

El puente estaba protegido en sus dos extremos por sendas fortificaciones. Sus estructuras eran gemelas, aunque no sus estilos: cuadrado y robusto el de Shamtei-Lo, grácil y elevado el de Ar-Zahala. Ambas consistían en dos torres almenadas, que se erigían en el borde mismo del precipicio, flanqueando una muralla con una gran puerta, bajo la que pasaba el puente. La muralla se cerraba en torno a un patio trasero. En él se guardaban los pilares que sostenían el puente de cuerda.

–La mejor defensa contra un ejército que intente entrar por aquí –explicó el Viejo Castor– es cortar el puente. Basta bajar al patio de la fortaleza con un buen hacha, y se acabó la invasión.

Se dirigieron confiados a la fortaleza fronteriza de Shamtei-Lo, pero encontraron las puertas cerradas.

–Es extraño –observó el Viejo Castor–. Normalmente no se ponen tantas dificultades para salir del reino, solo para entrar.

–¿Quiénes sois y qué queréis? –gritó una voz desde lo alto de la muralla. Las ranuras oscuras de sus troneras les amenazaban en silencio.

–¡Tiäm del monte Hopen y amigos de Shamtei-Lo! –se adelantó Tiäm, que todavía vestía la coraza de suboficial– ¡Traemos noticias de la batalla de Erÿd Ingard!

Un tenso silencio siguió a sus palabras. Al fin, la puerta se abrió. Pero cuando entraron al patio, varios soldados siguieron apuntándoles con sus arcos desde las almenas. La puerta se cerró tras ellos. El jefe de la guarnición en persona bajó a recibirles. Hizo una breve seña, y los soldados bajaron los arcos.

–Nos han llegado dugros mensajeros –les dijo, mientras lanzaba miradas curiosas al Viejo Castor y a los chicos–. Una masacre ¿Luchasteis en la batalla?

–Imring y yo sí –señaló Tiäm–. Nos diezmaron. Pero antes de entrar en detalles, dime: ¿tomó el ejército rojo la fortaleza de Shäm-Atsa?

El oficial asintió en silencio.

–Por eso os hemos recibido así. En cualquier momento los tendremos aquí, no se van a conformar con Shamtei-Lo, el siguiente será Ar-Zahala. Yo, si fuera ellos –dijo señalando con la cabeza al otro lado de la Gran Grieta– ya habría cortado el puente.

–Y yo, si fuera vosotros –intervino el Viejo Castor, con tono irritado– no habría dejado entrar a nadie tras vuestras murallas. ¿Es que no sabéis, insensatos, que en la Corona Roja hay magos tan poderosos que un par de ellos bastarían para no dejar aquí piedra sobre piedra?

El oficial llevó la mano a la empuñadura de la espada, mirando con recelo el bastón en que se apoyaba el viejo.

–Habéis tenido suerte esta vez –continuó el Viejo Castor–. Pero no volváis a dejar entrar a nadie, a no ser de uno en uno y sin armas. A la Corona Roja le van a sobrar disfraces de soldados de todos los reinos.

El oficial asintió despacio. Acompañó al grupo a un pequeño comedor en el que pudieron reponer fuerzas y, tras recabar de ellos toda la información que pudo, se despidió deseándoles suerte.

–Quiera Nialah que volvamos a verle –dijo el Viejo Castor cuando salieron de la fortaleza y pusieron un pie en el Puente en el Aire.

El piso del puente solo tenía dos tablas de ancho. Según les explicó el oficial, si fuese mayor el viento lo destrozaría. Aun así, algunas ráfagas lo zarandeaban como a una serpiente salvaje.

–Yo... yo no puedo... –empezó Jorge, al ver el abismo que se abría bajo sus pies. La vista se le nubló y sintió que las fuerzas lo abandonaban. Si no hubiera sido por Gemma, que iba detrás, habría caído al vacío. La muchacha guió sus manos hacia las cuerdas más cercanas y Jorge se aferró a ellas, de rodillas sobre las tablas, mientras la sangre volvía a su cerebro. Tiäm miró a Imring y negó con la cabeza. Guillermo se apresuró en su ayuda.

Toma, ponte esto –le dijo, atándole una cuerda alrededor de la cintura. En el otro extremo había atado un mosquetón. No era más que un adorno que él usaba de llavero, pero afortunadamente Jorge no estaba para pensar. Cuando enganchó el mosquetón a la cuerda que hacía de barandilla, al muchacho le volvió algo de color a la cara.

–G... –tenía la lengua tan apelmazada que no consiguió decir “gracias”. Guillermo le dio una palmadita en el hombro y ocupó el puesto de Gemma detrás de él.

El puente se movía bajo su peso, incluso cada vez que alguien apoyaba una mano en la cuerda. Además, el viento los zarandeaba sin piedad a izquierda y derecha. El resultado era un bamboleo en todas las direcciones, que no ayudó en absoluto a que el muchacho tomara confianza, sino más bien a revolverle el estómago. Solo a fuerza de empujones y palabras de ánimo consiguieron llevarle al otro lado.

–Buscadme otro camino de vuelta, por favor –dijo Jorge, cuando se derrumbó frente al rastrillo de hierro de la fortificación de Ar-Zahala. Allí el recibimiento no fue tan frío como en el lado de Shamtei-Lo, gracias al mensaje que estos habían enviado. Un cesto colgado de un cable y una polea hacían las veces de servicio de mensajería entre ambas guarniciones.

Sentados en el suelo frente a una infusión de hierbas y unos dulces algo duros, conversaron largo rato con el oficial al mando, İlseem. Este escuchó con especial atención su relato sobre el desarrollo de la batalla y el destino final de sus compañeros. Allí no llegaban fácilmente las noticias. Y menos tan de primera mano.

–¿Hacia dónde os dirigís? –les preguntó cuando al fin se pusieron en pie.

–Hacia algún punto de las llanuras de Muntür –respondió el Viejo Castor–. Entre este lugar y el Mar de Aalaseem.

–Ahí no hay más que desierto –advirtió İlseem.

El Viejo Castor asintió, y esbozó una sonrisa.

–Y los guerreros Amman.

İlseem abrió mucho los ojos, y recorrió con ellos al grupo de muchachos, hasta llegar a

Guillermo.

–¿Él es...?

El Viejo Castor volvió a asentir. Ìlsem agachó la cabeza, y después puso las manos sobre los hombros de Guillermo.

–Es un honor.

Tiäm resopló. Guillermo se puso colorado como un tomate.

–G... gracias.

Ìlsem ordenó que les diesen provisiones y les preparasen unos odres con agua, al tiempo que dibujaba sobre un pergamino un mapa con la posición de los principales pozos desde allí hasta el Mar de Aaladem.

–Tened cuidado –les dijo–, el desierto es traicionero. No creáis todo lo que os dice.

–Y vosotros también –respondió el Viejo Castor–. A la menor señal de peligro, cortad el puente.

Ìlsem asintió. Primero recorrió con la vista los muros de la fortaleza, desde donde sus hombres les observaban con curiosidad. De pronto los vio demasiado gordos, flojos y bajos de forma. La mayoría nunca habían entrado en combate. En los últimos años, todo lo más, se habían enfrentado a algún campesino que pretendía pasar sin pagar y que, solo con ver sus armas, se echaba atrás.

Después dirigió la mirada al centro del patio. Allí había plantados dos gruesos pilares de madera. Sobre ellos se anudaban con muchas vueltas las cuerdas que formaban el puente. Y, justo al lado, pendía una cimitarra con una hoja tan ancha como su pecho.

–Lo haremos.

Capítulo 7

Al romperse la cuerda Abhad salió despedido como si hubiese sido disparado por una catapulta. La corriente lo llevó en volandas hasta que un repentino vuelco en el estómago le dijo que estaba cayendo. Seguía rodeado de agua, pero ahora esta le empujaba hacia abajo, aplastándolo con su peso.

Un acto reflejo, aprendido de niño cuando demostraba su valentía tirándose al agua desde las rocas más altas, le hizo estirar las piernas, pegar los brazos al cuerpo y encomendarse a Nialah. ¿Qué le esperaba abajo? ¿Habría fondo suficiente o se destrozaría los huesos contra las piedras?

El choque fue brutal. Las piernas, que recibieron el primer impacto, parecieron partirse en dos y, a pesar de haber intentado caer lo más vertical posible, sintió una bofetada en la cara que le hizo marearse. Se hundió más y más, rodeado de burbujas y empujado por la fuerza terrible de toneladas de agua al caer.

Pero no tocó fondo.

Agradeció rápidamente a Nialah el que le permitiese conservar sus huesos enteros, mientras empezaba a preocuparse por el siguiente problema: apenas le quedaba aire en los pulmones. Intentó subir, pero en medio de aquel torbellino de burbujas era imposible. Braceó desesperadamente hacia un lado, donde el agua parecía aclararse y, por fin, pudo ascender.

Cuando su cabeza asomó sobre la superficie, solo pudo toser el agua que había tragado y flotar de espaldas mientras se dejaba llevar por la corriente hasta la orilla. Trepó a una roca baja y allí se quedó, encogido sobre sí mismo y respirando, por fin, aire libre. Con eso era suficiente.

No sabía el tiempo que había transcurrido o si había perdido el sentido, cuando sintió la dureza de la piedra sobre la cara y el calor abrasador del sol en su piel. Intentó incorporarse, pero el golpe y la postura le hicieron retorcerse de dolor. Despacio, giró el tronco y apoyó un codo en el suelo. Después giró la cadera y dobló una pierna. Con un último impulso, consiguió enderezar la espalda hasta recostarla en una piedra vertical. Se palpó las piernas, las costillas y los brazos. Estaban magullados, pero no parecía haber nada roto.

Echó una mirada alrededor a través de la neblina que llenaba el aire. Se encontraba en una laguna de buen tamaño, donde la corriente se frenaba por fin en un remanso, rodeado de árboles y con el estruendo de la cascada atronándole los oídos. Algunos pájaros le observaban con curiosidad. Abhad sospechó que si hubiera estado inconsciente un rato más, habrían comenzado a picotearle los ojos.

Entonces vio algo más. Meciéndose suavemente, atrapada junto a la orilla por un jardín de plantas acuáticas, estaba la barca.

—¿De qué estás hecha tú? —le preguntó, admirado.

Cuando reunió fuerzas suficientes se puso en pie y, lentamente, trepó por la pared junto a la cascada para recuperar su hacha. A punto estuvo de abandonar la cuerda, por traidora, pero todavía le quedaba un largo camino por recorrer; ya ajustarían cuentas cuando estuviera en Evelörn, seco, descansado y con el estómago lleno.

Cortó una rama larga y recta, y la talló hasta conseguir un extremo plano. La colocó en la chumacera del timón, empujó el bote y subió de un salto. Solo tuvo que bogar un rato, en seguida el Unnflüd volvió a hacer honor a su nombre y la barca se vio arrastrada por los rápidos. Abhad dejó la cuerda atada al hacha, esta vez en doble, por si tenía que volver a usarla como ancla. Pero

no fue necesario; al cabo de pocas horas la corriente se tranquilizó, el río se hizo más ancho y le llegó el aroma inconfundible del mar.

Oteó la orilla hasta divisar una fila de árboles jóvenes, con el tronco fino y recto, y desvió la barca hacia allí. En aquella zona el fondo era arenoso; dejó que el bote lo tocara con la proa y saltó al agua. Haciendo acopio de fuerzas, lo arrastró unos pasos sobre la arena.

Descolgó el hacha y se internó en el bosquecillo. Analizó cada árbol hasta que al fin encontró el que buscaba: alto y recto como una lanza, y delgado en su justa medida, fuerte y flexible a la vez. Apoyó su mano en él.

–Drënnwen, tomo a tus hijos solo para defenderme de tu hermano, el orgulloso Phath. Si me permites mantenerme con vida hasta la primavera, entonces repondré diez por cada uno de ellos, según tu antiguo mandato.

No necesitó más de una veintena de hábiles golpes para derribarlo. Después taló otro más pequeño. Los limpió de ramas y los arrastró hasta el bote. Sacó sus preciadas herramientas y se puso a trabajar en ellos. Al más grande le hizo con el berbiquí un orificio de parte a parte en el extremo más fino. Lijó bien los bordes y pasó la cuerda a través de él. Al palo más pequeño le ató otro trozo de cuerda formando un lazo.

Luego se dedicó a la barca. Hizo una ranura en la bancada central, y añadió un soporte robusto en el fondo. Después tomó a hombros el palo más grande, lo insertó en el soporte y lo apoyó en la ranura. Lo desplazó hasta situarlo vertical, y lo fijó con varios tornillos grandes. Miró los que le quedaban en la bolsa. Había adquirido una buena provisión en el otro mundo, pero allí cada uno de ellos era tan valioso como el oro.

Para la vela, utilizó la capa de agua roja que le había entregado el Viejo Castor como parte del equipo antes de partir a los Cuatro Reinos. Era de su talla, es decir grande, aunque no muy robusta. No aguantaría si arreciaba el viento.

–No tengo mucho donde elegir –dijo Abhad, encogiéndose de hombros.

Ató una punta a la proa de la barca, otras dos al palo pequeño, que haría de percha, y la otra a lo que le restaba de cuerda, para gobernarla. Tiró del cabo que había insertado en el mástil y la izó. Enseguida se puso a portar, y el bote se inclinó. Abhad, pensativo, buscó varias piedras pesadas y planas y las echó al fondo de la bañera. Eso ayudaría.

Llegó la hora de enfrentarse al mar de Amur. Pero no con el estómago vacío. Pescó tres truchas y, pensando que se encontraba lo suficientemente lejos del enemigo, las asó en un buen fuego. Se comió dos y guardó la tercera para el viaje. Mejor asada y fría que cruda.

Al fin se hizo a la mar.

Llevaba tiempo sin navegar en mar abierto. Su pecho pareció ensancharse al irse desplegando el horizonte ante sus ojos. Respiró hondo el aire salado, sintió las olas golpear contra el casco, y de nuevo se sintió vivo.

Soplaba una buena brisa. Dejó que la vela se hinchara al máximo y puso rumbo al sur. Seguiría la costa a distancia de nado, lo justo para evitar las rompientes y los bajíos más próximos a ella. Al menos hasta que tomase confianza en su embarcación.

En las jornadas que siguieron Abhad navegó desde la salida hasta la puesta del sol. Con las últimas luces, buscaba un lugar en el que recalar y, arrebujado en su abrigo, dormía un sueño intranquilo. En la orilla el bosque se hizo más ralo, y cuando rebasó una cadena de montañas bajas que iba a morir al mar, supo que había llegado al reino de Häile. Unas taalas más adelante, cuando la tierra comenzase a internarse en el mar hacia el oeste, le esperaba Örkhan, el cabo Tempestad. Los vientos allí arreciaban, avivados por los acantilados de la costa, y el cruce de las dos corrientes de Amur formaba un oleaje traicionero y peligroso. No había un solo lugar en el que

atracar en muchas taalas. Era el momento de decidir: aventurarse allí con su maltrecho bote o abandonarlo e internarse a pie en el reino. Cientos de taalas caminando. Quizá el ejército rojo hubiera entrado ya...

–¡Qué demonios! ¿Soy un caminero o un navegante?

–¿Cómo nos vamos a orientar aquí? –preguntó Tiäm, señalando a la cambiante inmensidad de arena– No hay ni un solo punto de referencia.

–No en la tierra –convino el Viejo Castor–, pero sí en el cielo.

Señaló con un ademán el sol que comenzaba a elevarse sobre sus cabezas, y levantó el bastón.

–Por allí.

Tiäm no parecía convencido. Un error de unos pocos grados en tan larga distancia significaría pasar a muchas taalas de su objetivo, y perderse para siempre en el desierto. Por la noche el Viejo Castor se había guiado por las estrellas. Y no había titubeado ni un instante. Pero el sol no era tan exacto.

Ya llevaban muchas horas caminando. El Viejo Castor les había mantenido en pie hasta bien entrada la noche, y les había despertado mucho antes del amanecer. Hasta entonces, la vegetación había consistido en arbustos bajos, achaparrados y secos, que pinchaban al rozarlos. A pesar de ello, el hombre les había obligado a arrancar y llevarse los que pudieran.

En el lugar donde se encontraban ahora, ni una sola brizna asomaba de la arena hasta donde alcanzaba la vista. Solo un inacabable mar de ondulantes dunas.

En cuanto la luz del sol tornó del naranja al amarillo, el Viejo Castor les hizo detenerse. Se encontraban al pie de una duna más grande que las otras.

–Necesitamos dos agujeros –dijo–. Uno para nosotros aquí, a la sombra, y otro al sol para este cuenco.

De rodillas en el suelo, se pusieron a excavar con las manos. La arena, que en la superficie ya estaba tibia, un poco más abajo conservaba el frescor de la noche. No se detuvieron hasta que el hoyo grande les llegó a la cintura.

–Haced un toldo sobre él con los palos y las capas de Tiäm e Imring –dijo el Viejo Castor–, y dadme todas las plantas que habéis cogido. Déjame tu capa de agua, Gemma.

–Creo que no va a llover –dijo esta, entregándosela. La suya era de plástico transparente.

El Viejo Castor colocó las plantas y el cuenco en el fondo del agujero pequeño. Después tapó el hoyo con la capa de agua, sujetándola a los bordes con piedras y sellándolo bien con arena. Dejó una última piedra en el centro del plástico, y se metió con los demás en la zanja más grande.

–Ahora, a descansar –dijo, acomodándose entre una maraña de brazos y piernas, apoyando la cabeza en la arena y cerrando los ojos.

–¿Descansar? –dijo Guillermo, mirando a los demás. Apenas podía moverse.

–Mañana haremos el agujero más grande –dijo el Viejo Castor, sin abrir los ojos–. Ahora es tarde.

Guillermo se asomó por el borde del hoyo. El sol ya brillaba ardiente en el cielo. La arena alrededor comenzaba a abrasar, y el aire se había vuelto un halo reverberante y casi irrespirable. Volvió a agacharse, echó un trago de agua y también cerró los ojos. Se había situado junto a Susana, así que el estar amontonados no le pareció tan mal.

Pasaron todo el día en un duermevela febril, bebiendo agua a pequeños tragos y dando algún bocado de las tortas de cereal y frutos que İlseem les había dado. Solo cuando el cielo se volvió

de un naranja violáceo se atrevieron a salir. La arena todavía despedía calor, como un gigantesco radiador eléctrico.

–Bueno, continuemos la marcha –dijo el Viejo Castor, estirándose como si hubiera dormido la mejor siesta de su vida–. ¡Ah, se me olvidaba! Nuestra ración.

Se acercó al agujero pequeño, retiró el plástico con cuidado y extrajo el cuenco. ¡Estaba a rebosar de agua! La repartió entre todos los odres y lo guardó.

–Coged las plantas, todavía sirven –dijo, mientras echaba a andar sin más.

Caminaron durante toda la noche. La luz de la luna y las estrellas iluminaba el paisaje, que ahora parecía nevado. Más aún cuando la temperatura bajó tanto que los chicos se pusieron los mismos abrigos que horas antes habían pensado mandar al infierno.

–Ya no sé si estamos en el desierto o en el Polo –dijo Gemma, abrochándose.

El Viejo Castor aprovechaba las paradas para practicar con Susana. Lejos de los demás. Guillermo no sabía si era para que la chica pudiese concentrarse o para que ellos estuviesen a salvo.

La observó durante un rato. Jorge se le unió, mientras los demás dormitaban. Susana seguía trabajando con el bastón. Lo clavó en la arena, recitó una fórmula y en unos instantes se puso a brillar como un faro en la oscuridad. Esa parte ya la dominaba de sobra. Pero ahora venía el momento peligroso.

–Cuidado –dijo Jorge, tapándose un poco con la mano.

Susana levantó el bastón todavía centelleante, apuntó y ¡CRAAAC! Un terrible chasquido eléctrico y una bola de energía partió de él para estrellarse como un meteorito contra una duna. Esta voló por los aires.

–¿Todavía te gusta? –preguntó Jorge.

Guillermo seguía con los ojos fijos en el lugar donde hacía unos instantes estaba la enorme duna.

–Cada vez más.

Por fin, cuando el cielo comenzó a iluminarse por el este, el Viejo Castor dio el alto. Los chicos arrastraban los pies mientras caminaban murmurando en sueños.

–Cavemos ahora, antes de que esto se convierta en un caldero humeante.

Todos se pusieron de rodillas en el suelo y, usando sus manos reseca como palas, empezaron a retirar la arena. De pronto, Imring se levantó de un salto.

–¡He tocado algo! ¡Y se ha movido!

En efecto, algo se deslizó rápido como una centella y lanzó una dentellada al aire.

–¡Una serpiente!

Todos se apartaron de golpe. La arena parecía moverse en más de un punto.

–¡Hay más!

–¡Alejaos! –gritó el Viejo Castor– Hemos ido a acertar en un nido de serpientes.

No hizo falta que lo repitiera. Los seis chicos se apresuraron a obedecer.

–Ellas también han terminado sus correrías nocturnas y se están escondiendo. Solo espero que no nos encontremos en...

–¿Dónde? –preguntó Gemma, todavía con expresión de horror. Odiaba las serpientes con toda su fuerza.

–En Fuabbar, el Nido –terminó el Viejo Castor–. Una gran extensión en la que las serpientes abundan como hormigas. Tenía la esperanza de dejarlo a un lado, pero su ubicación va cambiando estación a estación.

–¿Son venenosas? –indagó Tiäm.

–Dicen que provocan la muerte en diez latidos. Pero eso son habladurías de la gente –los chicos respiraron aliviados–, estoy seguro de que al menos son treinta o cuarenta latidos.

Gemma, a pesar del cansancio, echó a correr. Los demás la siguieron.

Como no sabían en qué parte del Nido se encontraban, no tenían más remedio que continuar hacia delante. Cada diez pasos el Viejo Castor hundía su bastón en la arena y, con unas palabras, hacía retumbar el suelo bajo sus pies. Entonces veían docenas de serpientes salir a la superficie, huyendo.

Pero no huían tan rápido como ellos.

El sol se elevó en el cielo. El calor que irradiaba era insoportable. Pero el que provenía del suelo era peor aún. La arena quemaba como ascuas. Las suelas de sus zapatillas amenazaban con fundirse, y el aire que se elevaba les abrasaba los pulmones. Se deshidrataban a toda velocidad, debían beber a cada paso, y los odres comenzaron a flaquear.

–Es inútil –dijo el Viejo Castor–. Hay que parar.

Buscaron la escasa sombra de una duna. El Viejo Castor espantó a las serpientes de allí y tendieron de nuevo las capas sobre ellos como un toldo.

–Intentad descansar –les dijo–. Consumiréis menos agua.

Tuvieron que esperar un rato hasta poder sentarse; la arena, incluso a través de sus abrigos extendidos, quemaba demasiado. Una vez que lo consiguieron, comprobaron que el aire alrededor estaba tan caliente que también les quemaba la piel. Jorge se imaginó las barbacoas que hacía su padre en el jardín de su casa; no era la imagen idílica de otras ocasiones, en esta él era el filete que se asaba lentamente en la parrilla. De un momento a otro empezaría a oler a chamuscado.

Cada cierto tiempo, el Viejo Castor tenía que volver a ahuyentar a las serpientes, que se acercaban atraídas por la sombra y la carne inerte. Pero hasta Gemma, que al principio se encogía en el centro del grupo mirando nerviosa a todos lados, acabó por sucumbir al agotamiento y al calor.

No sabían si dormían o perdían el sentido. Tanto daba. Soñaban con ríos de agua fresca y transparente, en los que se zambullían y bebían a un tiempo. Cuando despertaban, con la cabeza dándoles vueltas, tomaban un sorbo de agua. Hasta que, poco después del mediodía, los odres se vaciaron por completo.

Pasaron las horas y uno tras otro fueron cayendo en un sopor profundo que –supo el Viejo Castor–, sería definitivo si no ocurría un milagro.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, levantó el bastón unos centímetros y, a través de una lengua gruesa como una maroma y unos labios que crujieron como una hoja seca, pronunció un conjuro. Un rayo de tormenta rasgó el cielo, perdiéndose en las alturas. Después, el Viejo Castor cayó al suelo inconsciente.

Capítulo 8

Abhad fue tomando confianza en su pequeño barco. Tras unos primeros ajustes, navegaba a las mil maravillas. Incluso se aventuró a alejarse un poco mar adentro para acortar distancias. Llevaba varias jornadas soplando una brisa constante, lo suficientemente intensa para impulsar el bote a buena velocidad, pero no tanto que hiciera temer por la vela o el palo.

En esas se encontraba Abhad, con el timón atado y preparando el aparejo para pescar, cuando de pronto, con un fuerte flameo, la vela dio un giro brusco, desequilibró el barco y a punto estuvo de hacerle volcar. Abhad se apresuró a desatar el timón, porque el barco giraba sobre sí mismo y la vela había enloquecido, ahora portando a un lado, ahora al otro. Estaba demasiado lejos de la costa, no quería hundirse allí.

—¿Otra trampa tuya, Phath? ¿Nunca te cansas?

Cuando recuperó el control, el viento había cambiado por completo. Había rolado casi ciento ochenta grados y se había vuelto violento, con rachas que amenazaban con despedazar la vela. Las olas chocaban con fuerza contra el casco, levantando rociones de espuma, a un ritmo irregular y desde ambas bandas. Fue entonces cuando divisó los acantilados frente a él. Abhad entrecerró los ojos.

—Örkhan.

No era la primera vez que doblaba aquel cabo, pero siempre lo había hecho en embarcaciones diez veces más grandes, con profundas quillas y velas robustas. Y nunca en solitario. Observó las olas romper con furia contra rocas invisibles, al pie del acantilado.

Fue la primera vez que dudó de su decisión. Pero no la última.

En contra de sus impulsos racionales, puso proa a mar adentro. Sabía que aquella costa era traicionera, sembrada de arrecifes, y necesitaba espacio para gobernar en caso de perder la vela, el timón, o ambos.

A pesar del fuerte viento, su rumbo dependía más aún del oleaje. Le empujaba a su antojo, y Abhad debía compensar todo el rato a estribor y a babor para no recibir sus golpes de través, lo que le podía hacer volcar. Aun así, y a fuerza de timón, estaba consiguiendo avanzar.

—¿Qué me dices a eso, Phath?

La respuesta no se hizo esperar. Unas nubes bajas y negras como el hollín aparecieron en el horizonte.

—¿Por qué no tendré la boca cerrada?

Abhad apretó la mandíbula y se concentró en el timón. Cada palmo que avanzara antes de que llegara la tormenta podía significar la diferencia entre la vida y la muerte. Recibía una ola, corregía para recibir a la siguiente, volvía a corregir. La mitad de las veces el timón no sustentaba, y tenía que aprovechar los breves lapsos en que sí lo hacía para orientar el bote.

Pronto las olas que llegaban de estribor se hicieron más altas y violentas que las de babor. El frente de tormenta se acercaba. El cielo se oscureció como si estuviera anocheciendo y, de pronto, el viento se calmó.

Abhad oteó el aire como un sabueso.

—Oh, oh...

Sin soltar el timón, se lanzó hacia el mástil y con una mano deshizo el nudo que sostenía la vela en alto. La percha cayó con estrépito en cubierta.

Justo a tiempo.

Un soplo de viento que habría derribado un bosque golpeó la embarcación de costado. La sacudida lanzó volando a Abhad que, sin saber cómo, volvió a aterrizar en cubierta. Su frente chocó contra la bancada. El dolor fue tan intenso que por un instante no lo sintió. Se le nubló la vista y pareció faltarle la sangre en el cuerpo. Sus miembros se volvieron blandos como gelatina. Si la siguiente ola hubiese sido suficientemente grande, se lo habría llevado por la borda sin resistencia alguna. Afortunadamente para Abhad, la ola se estrelló contra la proa levantando un roción que le cayó encima de lleno, espabilándole.

Entonces sintió el dolor. Como nunca.

Aturdido aún, se tambaleó hacia el timón. Se secó el agua que le chorreaba por los ojos y las manos se le tiñeron de rojo.

–Maldita sea.

Las olas se hacían cada vez más imponentes. El barco trepaba por su cresta hasta una altura de vértigo, y caía a toda velocidad por su seno, amenazando con clavarse en el agua. Abhad gobernaba para intentar ofrecerles la proa, pero cada golpe desviaba su trayectoria sin control. El timón apenas obedecía.

Entonces sucedió: una ola le empujó hasta que el barco quedó de través, y Abhad, aferrado al timón duro como una roca, vio impotente como la siguiente crecía y crecía, hasta superar con mucho la altura de su cabeza. Cuando la ola comenzó a inclinarse, dispuesta a romper sobre él, supo que era el fin. Dio varias vueltas a un cabo sobre su brazo y se dispuso al vuelco.

La ola elevó el bote hasta que la cubierta quedó boca abajo, y lo arrojó hacia delante como si fuera un mondadientes. Lo sumergió en el agua y lo aplastó con su peso, haciéndole dar dos vueltas sobre sí mismo. Cuando emergió, lo hizo apenas unos palmos, lleno de agua, esperando a que la siguiente ola acabara de destruirlo. El mástil se había partido en dos y la vela, todavía atada a su base, flotaba unos cuerpos más allá.

Abhad, al que el tirón casi había arrancado el brazo pero que había escapado de milagro a golpearse con el casco, trepó a la cubierta. Ya no tenía timón, ni vela. Su barco se había convertido en un trozo de madera flotante, completamente a merced del mar.

¿O no?

Se le había ocurrido una idea. Avanzó hasta la proa lo más rápido que pudo, y ató allí el cabo que sujetaba la vela. Esta, que flotaba varios cuerpos por delante, comenzó a tironear, orientando de nuevo la proa hacia las olas. Era como un ancla flotante. Abhad había oído hablar de ello a algún marinero desdentado, aunque nunca lo había visto con sus propios ojos. Si se mantenía así, no volvería a volcar.

Aseguró la cuerda que le mantenía sujeto a la embarcación, y se apresuró a achicar el agua. No había más que hacer, salvo rezar. La noche transcurrió esperando a que la luz del siguiente relámpago le revelase cuánto se había acercado a los arrecifes. Pero la corriente le llevaba hacia el sur. Cuando al amanecer la tormenta amainó, el cabo había quedado muy atrás. La costa se alejaba hacia el este, formando el amplio resguardo de la bahía de Hildor.

Abhad recuperó la vela, la desató de su percha y, utilizando esta como timón, orientó proa hacia allí. El viento todavía era lo suficientemente fuerte como para empujar la embarcación sin necesidad de trapo y, al cabo de unas horas, tocó tierra.

–Phath, eres traidor y voraz, pero te debo caer bien, o te divierte jugar conmigo, cuando me mantienes con vida. No sé si darte las gracias o maldecirte por elegirme como bufón.

En cuanto hubo reparado la embarcación, partió de nuevo. No intentó llegar a Hildor, ni a Mírnman. No le habría servido de nada más que para perder tiempo, pues no tenía ni una moneda

con la que pagarse un alojamiento o una comida caliente.

Pero sí se acercó a la costa cuando pasó frente a Gärnjod, el fiordo donde había tenido su hogar. No vio ningún barco salir ni entrar, lo que habría resultado extraño antes del ataque de los nür-hijks. Ni una columna de humo, ni un sveri pastoreado por los altos prados. Nada.

Apretó la mandíbula y la mano que sujetaba el timón, y ya no se detuvo hasta que avistó la torre roja del puerto de Evelörn.

Capítulo 9

—¿D... dónde estoy? —preguntó Guillermo a la penumbra.

No obtuvo respuesta.

Sentía la cabeza pesada como un yunque, y tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantenerla erguida. Se dejó caer de nuevo sobre la almohada. Un momento... ¿una almohada? Su último recuerdo era de la arena ardiente del desierto, y él y sus amigos abrasándose bajo un toldo miserable.

Suspiró aliviado. Todo había sido un sueño. El sueño más real que había tenido en su vida, eso sí. En un momento oíría a su abuela canturreando en la cocina...

—¿Ya has despertado, lirón?

Era la voz de Susana, junto a su oreja. También sonaba como si le costara despegar las cuerdas vocales. Escuchó el sonido de un recipiente metálico y un cantarín chorro de agua que lo iba llenando. De pronto sintió mucha sed.

—Toma —dijo Susana.

Guillermo distinguió su silueta tendiéndole algo. Se enderezó y lo agarró con avidez. El líquido sabía a barro, y no estaba muy fresco, pero parecía agua.

—Más, por favor —pidió cuando hubo apurado hasta la última gota.

—Tranqui.

Guillermo bebió otros dos vasos antes de sentirse satisfecho.

—¿Dónde están los demás? —preguntó.

—Jorge, Gemma e Imring, por aquí —respondió Susana señalando unos bultos repartidos por el suelo—. El Viejo Castor y Tiäm, no sé.

—¿Llevas mucho tiempo despierta?

—Un rato. Descubrí la jarra de agua, me llené la barriga y me volví a tumbar. Los brazos y las piernas me pesan como troncos.

—Ya te digo —dijo Guillermo tendiéndose de nuevo. El techo del lugar en el que se encontraban era opaco, pero las paredes estaban hechas de tenues telas con muchas aberturas que dejaban ver las estrellas afuera. A través de ellas corría una brisa fresca, tan agradable después de las quemaduras del desierto que Guillermo cerró los ojos y por unos instantes se olvidó de todo lo demás.

Gemma e Imring no tardaron en removerse, reaccionando a la temperatura cada vez más baja de la tienda. A Jorge hubo que ayudarle con unos cachetes y algunas salpicaduras en la cara.

—Estaba soñando que me bañaba bajo una cascada —dijo, torciendo el gesto al probar el contenido de la jarra—. Dejadme dormir un poco más.

—¿Te pinchaste con un huso cuando eras pequeño? —dijo Gemma— ¡Espabila, perezoso!

Se interrumpieron. Una silueta alta se recortó contra la luz de la luna, apartó las telas y entró a la tienda. Era el Viejo Castor.

—Ah, ya estáis despiertos. ¿Podéis ponerlos en pie?

Los chicos asintieron, no muy convencidos, y le siguieron al exterior. Un inmenso cielo estrellado pendía sobre sus cabezas, que todavía les daban vueltas. El Viejo Castor les guio hasta una hoguera. Alrededor, además de Tiäm, había una docena de hombres. Todos vestían túnicas que les cubrían hasta los pies. Debían ser blancas, pero a la luz de las llamas se veían de un naranja

intenso. De su cintura o bien de su espalda pendían largas espadas curvas. Cubrían su cabeza y su rostro con un velo que solo dejaba asomar sus ojos.

Unos ojos amenazadores.

–Ahora que ya estamos todos –empezó el Viejo Castor–, podremos responder a todas las preguntas que...

–¿Quiénes sois? –le interrumpió uno de los hombres, situado un paso al frente de los demás.

–Somos extranjeros, venimos de...

–Deja que conteste cada uno.

El Viejo Castor asintió, inclinando levemente la cabeza pero sin quitar la mirada de los ojos de su interlocutor.

–Soy Tiäm, de Bangtür en Shamtei-Lo.

–Mi nombre es Imring, nací en la aldea de Tjäld, al sur del bosque de Liäm.

El Viejo Castor tomó de nuevo la palabra.

–Ellos –dijo señalando al resto– vienen de más allá de los Cuatro Reinos, de...

El hombre le calló con un gesto. Se acercó a los chicos y recorrió con la mirada sus rostros, aguardando su respuesta.

–Yo soy Gemma.

–Jorge.

–Me llamo Susana.

El hombre se detuvo delante de Guillermo. Este lanzó una mirada al Viejo Castor antes de contestar.

–Yo... soy Brygger.

Un silencio sepulcral acogió estas palabras. De pronto, el hombre rompió en una sonora carcajada, que fue coreada al instante por todos sus compañeros. Solo después de un buen rato se calmaron lo suficiente como para poder hablar.

–Así que es eso. Otro aspirante –acercó mucho sus ojos a los de Guillermo–. ¿Para eso os hemos salvado de las garras del desierto? Qué desperdicio.

Guillermo no supo a qué se refería, aunque no tardaría en comprenderlo.

–Os llevaremos hasta el templo. Allí seréis sometidos al juicio de Thron. Nosotros somos los guerreros Amman.

Mucho antes del amanecer, montaron en los animales más extraños que los chicos habían visto jamás. Eran más altos que caballos, con dos patas que se doblaban hacia delante y que terminaban en dedos palmeados, como si sus antepasados se hubieran dedicado a nadar en aquel desierto. Su piel estaba totalmente cubierta de un pelo negro y erizado, suave al tacto. Tenían el hocico y las patas delanteras muy cortas y el cuello y la cola muy largos. Y, como comprobarían más tarde, eran rápidos. Muy rápidos.

No tenían silla ni arreos. Imitando a los Amman, treparon a la grupa y se aferraron al cuello de su *shümal*. Un ligero toque de talones y los animales salieron disparados como balas, siguiendo al jefe de la manada.

–¡Aaaahhhhh! –gritó Jorge, que creyó que iba a volar por los aires.

Atravesaron raudos dunas y valles alumbrados por la luna, hasta que, cuando el negro del cielo comenzaba a palidecer, avistaron una construcción.

Aunque era del color de la arena, sus formas rectas resaltaban en la ondulante llanura como un diamante en el barro. Al aproximarse pudieron distinguir dos imponentes torres y, encajadas en ellas, las estatuas gigantescas de un hombre y una mujer, mirándose.

–*Giraha y Damnäh* –les dijo el Viejo Castor cuando hubieron desmontado–. La Madre y el

Guerrero.

Pero lo que más les asombró, tras días de marcha por el desierto, fue lo que se ocultaba tras el templo. Rodeado por un extraño halo de paz, en medio de un pequeño prado que acababa por diluirse en la arena, crecía un árbol. Una manada de caballos pacía alrededor, sin atadura ni valla que los retuviera.

–Tenéis caballos –pronunció Guillermo sin darse cuenta.

–Tenemos El Caballo –contestó el que parecía el jefe de los Amman, señalando con orgullo a un semental blanco que trotaba alrededor de la manada. Sus cascos resonaban con fuerza, y su pecho musculoso anunciaba de lo que era capaz–. Drähal, Tempestad, hijo del hijo de Äsahan. El caballo que montó Brygger en la batalla de la victoria.

–Äsahan –el Viejo Castor dio un respingo al oír ese nombre, y sus ojos no se apartaron del animal en mucho rato.

Los guerreros les rodearon mientras se dirigían a la enorme puerta. Un hueco entre las dos torres, alto como diez hombres y oscuro como diez noches. Al llegar a ella, su jefe les abrió paso y, con una reverencia, les mostró el camino al interior. El Viejo Castor inclinó la cabeza y entró. Fue como sumergirse en un baño de alquitrán. Veían menos que si hubiesen cerrado los ojos. Se agarraron unos a otros y, tropezando, avanzaron unos pasos. Entonces escucharon al Viejo Castor susurrar algo y una luz muy tenue se extendió como el humo desde el extremo de su bastón, inundando poco a poco la estancia.

Estaban rodeados de columnas, muy altas y gruesas. Muchas tenían figuras talladas, de animales que no conocían o que quizá no existían. El techo se perdía en las alturas. Un olor pesado y dulzón impregnaba el aire. No era un aroma agradable, sino más bien como de algo... muerto.

–Seguidme –les dijo el Viejo Castor, avanzando hasta una puerta pequeña que los chicos no habían visto, pues estaba disimulada entre las piernas de otra figura femenina–. Y no os asustéis.

Atravesaron la puerta y se encontraron en otra estancia. El olor dulzón se acentuó. La sala era amplia pero de techo un poco más bajo, que permitía distinguir en él los lacados de plata en forma de estrellas. Parecía que se encontraran bajo la bóveda celeste.

Por un momento, esto distrajo su mirada. Hasta que alguien pisó algo que crujía.

–¿Qué...? ¡Aaaahhhh!

Todos miraron al suelo. Y levantaron los pies con horror.

–¡Huesos!

–¡Todo está lleno de huesos!

–¡Humanos! –dijo Jorge señalando una calavera.

Intentaron retroceder, pero el Viejo Castor se mantuvo firme.

–Los Amman matarán a todo el que aparezca por la puerta. Ya no hay salida –dijo, señalando algo al frente– salvo la espada.

Los chicos giraron las cabezas lentamente, asustados. Al fondo de la sala, entre las columnas, había una zona iluminada. La luz descendía en haces a través de unos orificios en el techo, también con forma de estrella. Debajo de ellos había una estatua. Una figura metálica que representaba a un muchacho sosteniendo una espada por el filo, ofreciendo la empuñadura a quien quisiera tomarla. Sus rasgos aparecían diluidos, como si el metal se hubiera fundido como chocolate al sol.

A sus pies, un joven rezaba.

Arrodillado y con la frente en el suelo, entre las manos, solo el leve movimiento de la respiración en su espalda les decía que no era otra estatua. Tras unos instantes que parecieron eternos, el joven se irguió. Levantó una rodilla, después la otra. Dio un paso adelante y extendió la

mano. Temblaba.

–*Giraha fireh hinnehah.*

Agarró la empuñadura de la espada. Sonó un chasquido y una sacudida terrible impulsó su cuerpo hacia arriba y hacia atrás como una explosión. El joven cayó a varios metros de la estatua, de espaldas. No se movió. Se quedó allí tendido, con los ojos muy abiertos.

Gemma gimió.

–¿Está... muerto?

El Viejo Castor asintió. No debían haber visto aquello.

–No eres el primero que pretende ser Brygger –dijo, dirigiéndose a Guillermo.

–¿¿¿Cómo??? –saltó este, sin poder aguantar más– Fuiste tú el que dijo que yo era Brygger. Nunca hablamos de ello, fue idea tuya. Nunca contaste conmigo. Tú querías darles esperanza –dijo señalando a Tiäm e Imring, que asistían a la discusión con los ojos muy abiertos–, y ahora vamos a morir todos por tu culpa. Porque yo no soy Brygger. Soy Guillermo. Solo Guillermo.

Todos aguardaron la respuesta del Viejo Castor, pero no hubo más que silencio. Hasta que Tiäm lo rompió.

–Sabía que eras un impostor.

–No tuvo la culpa –le defendió Susana. Bajó la mirada–. Yo tampoco soy la poderosa hechicera que se os anunció. Apenas consigo no saltar por los aires cuando me enfado.

–Así que todo es mentira –Tiäm se dirigió al Viejo Castor–. ¿Qué eres, una especie de embaucador, como los que van por los pueblos vendiendo capas contra el mal de ojo?

–¡Eh, chaval, no te pases! –intervino Gemma– Nos ha salvado el cuello un montón de veces.

–Y ahora te lo ha colocado en el tocón para que esos de ahí afuera te lo rebanen cómodamente.

–No discutáis –dijo Imring–. Lo único que podemos...

–¡Aquí hay una inscripción!

Era la voz de Jorge. Mientras los demás debatían, él se había acercado a la estatua y la estudiaba detenidamente.

–Es como electricidad –dijo–. La estatua metálica la conduce hasta la empuñadura de la espada. Y al tocarla ¡bum! Hay que interrumpir la corriente de algún modo, pero no sé cómo.

–¿Qué pone ahí? –preguntó Gemma, señalando la inscripción.

–No lo sé, no entiendo estos caracteres...

–¡Está escrito de derecha a izquierda! –exclamó Guillermo.

–Aquí un cero a la izquierda tiene valor –dijo Jorge, lanzándole una mirada cómplice.

–“Hubo... una vez... dos hermanos,” –leyó Guillermo, animándose– “luz y oscuridad. Distintos... desde su... naciendo”.

–Nacimiento.

–“Distintos desde su nacimiento. Y en su... nacimiento... está... la llave”.

Susana palideció.

–Leo y yo...

Había llegado el momento. Era la hora de decirles a sus amigos la verdad. Que ella y Leo eran los nietos del Rey Rojo. Que por eso tenían poderes. Que por eso la Corona Roja no la había inquietado nunca. Que ella no tenía la culpa. Que no era una traidora...

Pero Guillermo se adelantó.

–Esperad –dijo, explorando con los dedos un pequeño orificio en forma de S al lado de la inscripción. De pronto, sus ojos se iluminaron– ¡Eso es!

Con un gesto brusco, tiró de la cuerda que colgaba de su cuello. Asomó su colgante, el mismo

que habían visto fugazmente cuando sacó el péndulo de fray Dimas para dárselo al Viejo Castor. Una espiral alargada hecha de piedra negra, brillante como el hielo.

–La encontré en la laguna, el nacimiento del Helecho y el Saltogrís. “Dos hermanos, distintos desde su nacimiento”. Y esta –dijo sosteniendo la piedra ante sus ojos– es la llave.

Se dirigió decidido hacia la estatua.

–¡Espera! –gritó Gemma, con desesperación– No lo hagas. ¿Y si te da una descarga? Mejor vámonos, hablaremos con los guerreros Amman, les diremos que todo fue un error...

Guillermo se detuvo un momento. Alargó el brazo y le revolvió el pelo.

–Eh, doña Prudente, el hermano mayor soy yo. Sé lo que hago.

Tragó saliva y, sin tocar la estatua, introdujo la punta de la piedra en la ranura. Encajaba como una llave en su cerradura. La hizo girar entre sus dedos y la piedra se hundió más y más, hasta llegar al fondo del orificio. Entonces lanzó una última mirada al resto, y empuñó la espada.

No sucedió nada.

Guillermo la sujetó con fuerza y tiró. La espada se deslizó suavemente de entre las manos de la estatua. Vio su resplandor azul, y las suaves inscripciones de su hoja mientras pasaba ante sus ojos. Sintió su peso y, cuando por fin la extrajo del todo, su perfecto equilibrio. Describió con ella una curva en el aire, y escuchó su silbido.

Entonces se detuvo.

–Tú lo sabías –dijo Guillermo, dirigiéndose al Viejo Castor.

–¿El qué?

–Lo de la piedra... todo.

–Cuando mostraste el péndulo de Fray Dimas en tu cuello, salté de la sorpresa. Pero no era por el péndulo, era por la piedra negra que sacaste enredada en él.

–¿Por qué no me lo dijiste? ¿Habrías permitido que muriera?

El Viejo Castor permaneció un instante en silencio.

–Necesitabas fe. En ti mismo.

Un ligero rumor advirtió a los chicos de que no estaban solos. Muchos pasos y respiraciones fueron llenando la sala. Decenas de túnicas blancas destacaban sobre la negrura de la estancia. Guillermo distinguió el rostro burlón del jefe de los guerreros Amman. Pero ya no parecía burlón ni altanero. Al llegar a unos pasos de Guillermo, sacó su espada y, doblando la rodilla derecha, la posó en el suelo ante él. El resto de los guerreros hizo lo mismo. El acero resonaba contra la piedra una y otra vez, y su eco retumbó en el corazón de Guillermo, que sintió un escalofrío muy hondo.

–¿Aún crees que no eres Brygger? –escuchó de lejos la voz del Viejo Castor.

Capítulo 10

–¿Todo tranquilo?

–Sin novedad.

Habían visto llamas al norte, en la llanura, pero las torres de vigilancia, dispuestas cada diez taalas, no habían dado señal alguna de alarma. El ejército rojo todavía estaba lejos.

La guarnición del Puente en el Aire había redoblado sus guardias. No estaba diseñada para un ataque desde sus tierras, desde Shamtei-Lo. La muralla allí apenas contaba tres cuerpos de altura, no tenía torres y la puerta, aunque robusta, no resistiría por mucho tiempo el embate de un ariete. El maestro carpintero había construido apresuradamente un matacán de madera sobre ella, en el que podían apostarse cuatro o cinco arqueros, pero ni siquiera había dado tiempo a cubrirlo de pieles para protegerlo del fuego.

–Me voy a descansar entonces.

–Hazlo mientras pue...

La frase fue interrumpida por una silenciosa flecha que le atravesó la cota de malla. Su compañero empuñó el mazo y fue a golpear el gong de alarma, mientras se preguntaba cómo habían podido llegar hasta ellos y trepar a la muralla sin ser vistos, pero su brazo se detuvo en el aire. Un gigantesco lagarto se erguía ante él, con una cimitarra en la mano. El mazo cayó al suelo.

Ïlseem caminaba inquieto de una esquina a otra de la torre. Como comandante de la guarnición estaba exento de guardias, pero no había conseguido dormir, así que prefirió salir a hacer compañía a sus hombres.

Sus ojos escrutaban la oscuridad de la Gran Grieta. El cielo se había nublado, y la guarnición de Shamtei-Lo y sus antorchas eran la única luz a la vista. Aquella fortificación era su mejor seguro: a la menor señal de lucha en ella, cortarían el puente. Por eso no dejaba de mirarla. La más absoluta quietud reinaba tras sus murallas.

Entonces, ¿por qué no podía dormir? Algo mantenía sus nervios de punta. Escuchó los pasos rítmicos de sus hombres, con su tintineo metálico. Más lejos, el aullido de un perro salvaje. Después otro aullido, mucho más tenue. Era el viento que recorría la Grieta, acelerado por sus estrechos paredones. Siempre estaba ahí. Tan constante que sus oídos apenas lo distinguían ya. Aunque esta vez empezaba a soplar fuerte.

Entonces cayó en la cuenta.

Corrió hacia el guardia más cercano y le arrebató el arco de las manos.

–¡Pronto, fuego!

El soldado, sin entender, le alcanzó una de las flechas con la punta envuelta en trapo embreado. Ïlseem la puso sobre una antorcha hasta que prendió, tensó el arco y apuntó.

–El puente no se sacude –dijo al disparar.

La flecha pasó rasante sobre sus cuerdas. Y lo que vislumbraron a su luz les heló la sangre. Como hormigas a la puerta de un hormiguero, un millar de monstruos se amontonaban sobre él. Y llegaban a la muralla.

–¡Dispara al puente! Préndele fuego.

Ïlseem hizo sonar el cuerno cuatro veces. “Cortad el puente”. Él mismo se abalanzó sobre la barra de madera que había hecho colocar junto a cada torre para descender a toda velocidad.

Estaba untada de brea para que solo sirviera para bajar. Pero cuando sus pies tocaron el suelo del patio, el horror se apoderó de él. No eran sus hombres los que rodeaban el inicio del puente. Eran lagartos.

O-Mín se detuvo e hizo un gesto para que los demás la imitaran.

–Demasiado silencio –convino Sevso.

Habían salido de su escondite en cuanto la penumbra cayó sobre las montañas, y la noche estaba tan oscura que a punto estuvieron de precipitarse al vacío al toparse con la Gran Grieta. A lo lejos vieron las luces de las antorchas de las dos guarniciones del Puente en el Aire.

Pero, mientras se aproximaban a la de Shamtei-Lo, algo alertó a O-Mín.

–Si los nür-hijks hubieran tomado la guarnición de Shamtei-Lo, el puente estaría cortado –observó Uldím.

–Es cierto –dijo Hêika.

–Quizá han tomado las dos –dijo Tzoun.

–Eso es impo...

Una llama surcó el cielo desde la guarnición de Ar-Zahala, y pasó muy cerca del puente. Incluso Uldím llevó la mano hasta sus amuletos al ver lo que había sobre él.

Ïlseem interceptó a los hombres que salían a trompicones de los dormitorios. Sus ojos adormilados se despejaban de golpe al ver a los *jhalgûr* en el patio con sus aceros desenvainados. Por encima de la muralla seguían entrando más. No necesitaban puertas, trepaban por los muros como sus hermanas las lagartijas. Ya se extendían por el adarve, atacando a cuantos soldados se encontraban a su paso. Pronto llegarían a las torres.

–¡Tras de mí! –gritó– Hay que cortar el puente, o estamos perdidos. ¡Arqueros!

Adelantándose un paso, tensaron sus arcos y dispararon. Las flechas surcaron el aire, pero los lagartos fueron aún más rápidos. Con una sacudida, las esquivaron sin dificultad. Ni siquiera tuvieron que emplear los pequeños escudos que llevaban sujetos al antebrazo.

Los hombres abrieron los ojos, horrorizados. Si podían esquivar una flecha ¿qué harían con una espada?

Pronto lo supieron.

Los *jhalgûr* se lanzaron al ataque. En menos de un pestañeo los tenían encima. Los arqueros no tuvieron tiempo de volver a cargar, y mucho menos de evitar sus cuchilladas. Los lagartos lanzaban sablazos a derecha e izquierda, golpes altos y bajos, a una velocidad tal que los hombres apenas tenían tiempo de interponer sus espadas y escudos. Uno tras otro, fueron cayendo.

–¡Retroceded! ¡A la torre! –gritó Ïlseem.

Paso a paso, sin dar la espalda a sus atacantes, llegaron a los pies de la torre. Los pocos hombres que quedaban fueron entrando por la estrecha puerta. Ïlseem era el último. Sin resuello, detenía a duras penas los golpes que le lanzaban. Hasta que no pudo esquivar un tajo por debajo del escudo, que le alcanzó en el muslo. Cayó de espaldas sobre los escalones de la torre, y el lagarto le lanzó una estocada mortal. Pero no llegó a su destino. Una flecha, disparada a quemarropa, se clavó en el pecho del *jhalgûr*.

–¡Arriba, capitán! –gritó el arquero mientras volvía a cargar. En el pasillo angosto que formaba la escalera de caracol, tenía una oportunidad de alcanzar a los lagartos con sus flechas.

Ïlseem fue ascendiendo protegiendo a ambos con su escudo, mientras el arquero apuntaba a la oscuridad. Con la respiración entrecortada, escuchaban intentando detectar la presencia de algún enemigo. Pero no se oía nada. Habían dejado de perseguirles.

–¿Por qué? –se dijo Ïlseem, mientras atravesaba la puerta a las almenas y sus hombres la atrancaban.

La respuesta le daba más miedo que los aceros de los jhalgûr.

–Llegamos tarde –dijo Hêika.

–Salgamos de aquí –añadió Uldîm–, mi hacha será más útil conmigo vivo.

Sevso volvió a dirigir la mirada al puente.

–Voy a cruzar.

–Sin duda has mordido alguna hierba alucinógena en las montañas –contestó Uldîm.

–Elbeïm está allí. Y él es el único que me puede llevar hasta...

–¿Hasta dónde? ¿Hasta los verdes prados de Tanka?

Sevso no respondió. O-Mîn le lanzó una mirada que, por una vez, no estaba cargada de rencor, sino solo curiosidad.

–¿Y cómo lo piensas hacer? –preguntó Hêika– ¿Volando?

–Con esto –intervino una voz que apenas habían escuchado en todo el viaje. Era Tzoun, y sostenía en la mano la raíz de un arbusto cercano. Era gruesa, y tenía una forma engarfiada y retorcida–. En mi tierra, en las festividades de la diosa, los jóvenes hacen una competición que llaman “carrera por las nubes”. Se tiende una red entre cuatro puntales, y los participantes tienen que atravesarla sin tocar el suelo, colgándose de ella con estos ganchos.

–¿Pretendes que pasemos bajo los pies de los jhalgûr? –dijo Uldîm arrebatándole la raíz de las manos para sopesar si aguantaría su peso. La arrojó al suelo con desprecio.

Pero Sevso la recogió y, observándola con detenimiento, afirmó con la cabeza.

–Qué gran idea –dijo–. Le añadiré unas tiras para atarla a mis muñecas, no sea que me abandonen las fuerzas en mitad de la grieta.

–Yo voy contigo –dijo Tzoun.

Uldîm y O-Mîn miraron a Hêika. Este levantó la vista hacia el puente, y un brillo apenas perceptible se reflejó en sus ojos.

–¡Estoy rodeado de locos! –gruñó Uldîm mientras arrancaba un arbusto de los más grandes. Necesitaría una raíz bien gruesa.

Ïlseem se acercó cauteloso a las almenas. Todo sonido de lucha había cesado. Sus hombres, los que defendían el adarve y la otra torre, habían muerto sin lugar a dudas. Por un momento sus rostros desfilaron por su mente. Yfuz *el Gordo*, Iosem *el Alegre*, Meerû *Pies de Plomo*... Sus familias, que vivían en el poblado apenas a media taala de allí, ya no volverían a verles.

Y si no cortaban ese puente, antes de que saliera el sol esas familias no existirían. Tampoco la suya. Dedicó un último pensamiento a su mujer y a su hijo, y al beso que les dio al partir: su mirada somnolienta, el calor que desprendía su cuello, su olor...

Sacudió la cabeza. Miró en torno y contó rápidamente: once hombres. De ellos, solo cuatro eran arqueros, aunque contaban en total con siete arcos, gracias a sus compañeros muertos.

–¿Qué ha sucedido con las flechas incendiarias? –preguntó.

–El puente está demasiado cubierto de enemigos para alcanzar la madera con ellas. Y cuando lo hacemos, los lagartos las patean antes de que prendan.

–Necesitaríamos una vasija de brea ardiendo para arrojarla desde aquí –añadió otro–. La brea es pegajosa y podría aguantar lo suficiente para quemar las cuerdas.

En la muralla, justo sobre la puerta, había varias de ellas, que sus compañeros no habían podido utilizar.

Era su única oportunidad.

–Voy a salir –dijo İlseem.

–No irás muy lejos –le respondió el arquero, señalándole la pierna. Solo entonces İlseem se acordó de su herida. La sangre le empapaba las calzas.

Con un gesto rápido, sacó la daga y cortó la pernera desde la rodilla. Ató la venda al muslo y la anudó con todas sus fuerzas. Si no hacían algo, en poco rato daría igual si se desangraba o no.

–Vosotros cuatro –dijo tomando una antorcha y señalando a los arqueros– nos cubriréis desde aquí. Los demás venís conmigo.

Escuchó un gemido lastimero. Era Tarik *el Audaz*. Se había ganado el sobrenombre peleando con borrachos en las tabernas, casi siempre con ventaja. Pero en ese momento, encogido bajo las almenas, temblaba de miedo.

İlseem dio tres zancadas y, arrancando la lanza de las manos de uno de sus hombres, le golpeó en las costillas con tal fuerza que a punto estuvo de partir el asta.

–Tú vas el primero, si no quieres que te corte la cabeza yo mismo. Y a partir de ahora serás Tarik *el Llorica*. Aunque no creo que vivas para conservar ese nombre. Al menos nos servirás de escudo.

A empujones, le hizo bajar las escaleras hasta la altura de la muralla. En el fondo, le comprendía bien. Pero no podía dejar que el miedo se apoderara de sus hombres. İlseem vio la abertura de la puerta, recortada contra el negro del muro. Habría preferido mil veces entrar en la boca de un gladrii.

–Lanzas y escudos al frente, muchachos. A correr. Y que Damnäh nos proteja.

Todos hicieron el signo del Guerrero en la oscuridad.

–*İmsael abdum!* –gritó İlseem, y salió a la carrera.

Las flechas de sus compañeros cayeron sobre los lagartos desde la torre. En el adarve, muy estrecho, les resultaba más difícil esquivarlas. Dos de ellos se precipitaron al suelo del patio, İlseem no sabía si heridos o simplemente empujados por el ímpetu de la carga.

Otro lagarto se puso delante de su lanza. Su pequeño escudo no pudo detenerla, y todavía le arrastró unos pasos antes de poder desensartar la punta.

Si no cejaban, lo iban a conseguir.

–¡Adelante, adelante! ¡Rápidos como una tormenta!

Ya habían llegado casi a la mitad de la muralla. Miró por encima del escudo, y las vio: apoyadas contra el muro, tres grandes vasijas de barro. Los lagartos venían a su encuentro, pero İlseem confiaba en que las certeras flechas de sus hombres les cortaran el paso.

Sin embargo, las flechas no llegaron. İlseem echó una rápida mirada atrás y se le heló el corazón. El muro de la torre estaba literalmente cubierto de lagartos, que trepaban a toda velocidad. Ya habrían acabado con sus arqueros.

Estaban solos.

–¡Con la fuerza de diez huros! ¡Adelante!

Volvieron a la carga. La última. Las vasijas estaban apenas a diez pasos. İlseem empuñó la antorcha, se protegió con su escudo y corrió. Sentía el empuje de sus compañeros en la espalda,

veía la punta de sus lanzas al frente. Derribaron a otro lagarto. Ya casi estaban...

De pronto el empuje cesó. Vio caer una lanza, sintió su espalda desnuda, y al girarse comprendió. Les habían alcanzado por el flanco. Probablemente la muralla estaba tan plagada de lagartos como la torre. Más y más monstruos asomaban por las almenas, lanzando tajos. Dos hombres seguían luchando; los demás habían desaparecido.

Miró la antorcha que tenía entre las manos, la sopesó un instante y, echándose hacia atrás, la arrojó con fuerza.

La antorcha voló describiendo círculos de luz en la oscuridad. Su estela quedaba suspendida en el aire unos instantes antes de desvanecerse. Trazó un arco amplio, perfecto, hacia la boca de la vasija más cercana. İlseem sonrió. Ya daba igual morir. El calor reventaría la vasija y la brea en llamas se deslizaría por el orificio que el muro tenía a tal efecto. Se derramaría sobre el puente y haría arder las cuerdas que lo sostenían.

Pero la antorcha no llegó a caer. Una espada curva y sin brillo zumbó en el aire y la antorcha se partió en dos. El lagarto que la sostenía le miró con sus ojos amarillos y, por un instante, le pareció que sonreía.

Entonces todo estalló.

La puerta trasera voló en mil pedazos, sembrando de astillas todo el patio. Y por ella entró un hombre montado en un caballo blanco como la nieve. Él mismo llevaba una armadura plateada y una capa tan blanca como el corcel. Parecía brillar con luz propia en la oscuridad.

Detrás entraron más guerreros a caballo. Llevaban largas lanzas, y portaban un estandarte con una gran flor plateada.

–Brygger *el Joven*... –murmuró İlseem creyendo que estaba soñando. O muerto.

Un segundo resplandor, como de un relámpago, inundó el patio. Los jhalgûr que allí quedaban salieron despedidos y se estrellaron contra las paredes de piedra.

Entonces Brygger desenvainó su espada, que despidió un destello azul. Se dirigió como una flecha a los pilares del puente y, de un tajo, cortó la cuerda. El puente se arrastró por el suelo, como una serpiente en retirada. İlseem se asomó a las almenas y vio como caía al vacío, arrastrando con él a cientos de lagartos. Ar-Zahala estaba a salvo.

Pero la batalla aún no había concluido. Desde la torre, ahora ocupada por los lagartos, cayó una lluvia de flechas. Los hombres alzaron sus escudos. Brygger dirigió la mirada a una joven de cabello dorado, que sostenía un bastón en alto.

–*j... mārānde qirya eacennür!* –gritó esta.

Una esfera de luz blanca salió despedida desde el extremo del bastón y estalló contra las almenas de la torre, que volaron por los aires.

Ni una sola flecha más volvió a ser disparada.

İlseem asistía al espectáculo maravillado. Ni siquiera había llegado a desenvainar la espada, cuando un movimiento por el rabillo del ojo le recordó que no estaba solo. El lagarto descargó un golpe desde arriba y al instante otro desde un lado. İlseem interpuso su escudo mientras retrocedía, intentando alcanzar la empuñadura de su espada. Pero su pierna herida le hizo tastabillar, y cayó al suelo. El jhalgûr alzó la negra cimitarra, y entonces... Se llevó la mano al pescuezo, como si un gran insecto le hubiera picado, se tambaleó y se precipitó desde lo alto de la muralla.

Todos miraron al autor del disparo, que en esos momentos retiraba la cerbatana de sus labios.

–No muy elegante, pero efectivo –dijo Sevso.

Capítulo 11

Aunque había estado en ocasiones anteriores en Evelörn, Abhad nunca dejaba de maravillarse de ella. Allí todo era grandioso, un prodigio. Sus altas torres, sus palacios de cuarzo, sus jardines con árboles de ultramar, su inmensa plaza del mercado adoquinada con mosaicos de colores, sus fuentes bombeadas desde ríos subterráneos por elegantes molinos de viento...

Pero el corazón y el cerebro de la ciudad, su centro neurálgico, el lugar alrededor del cual orbitaba toda su vida, era el puerto. Un gigantesco muelle principal y muchos auxiliares, donde no cesaban de cargar y descargar buques provenientes de todas las tierras de más allá de los Cuatro Reinos. Transportaban las mercancías más variopintas, desde animales de tiro hasta cereales, pasando por pieles, piedras preciosas, aves amaestradas y, en los últimos tiempos, mercenarios y armas.

Sin embargo, a diferencia del resto de las ciudades del mundo, el puerto de Evelörn no se encontraba en mar abierto. Protegiéndolo como una concha protege a su perla, la ciudad lo abrazaba, adentrándose en el mar. Para llegar hasta él había que atravesar muchos canales formados por casas levantadas sobre vigas. Eran tan anchos que en ellos se podían cruzar dos galeras con remos, si bien casi nunca era necesario usarlos; los maestros antiguos habían construido los canales tan sabiamente orientados a los vientos principales del fiordo, que las preciadas cargas podían llegar a vela hasta su destino. Una serie de veletas indicaban el sentido de navegación en cada canal. Unos de entrada y otros de salida.

Abhad manejó su maltrecha barca a través de ellos, siguiendo las indicaciones hacia el muelle principal con el viento de popa. Antes de llegar a él, un hombre con una pluma de gaviota en el sombrero y un cuerno de señales le hizo gestos para que se desviase hacia uno de los canales auxiliares. Tentado estuvo Abhad de no hacerle caso, pues no tenía tiempo que perder, pero luego recordó la altura del muelle principal. Le habrían tenido que izar a tierra con una polea.

Cuando por fin atracó y saltó al embarcadero, otro hombre ataviado con el mismo uniforme le estaba esperando.

–Buenos días, son dos hröis.

–No tengo ni medio –le anunció Abhad mientras se colgaba su saco de herramientas y se aseguraba el hacha al cinto.

–Entonces no puede...

Abhad se irguió cuan alto era y miró al hombre desde arriba.

–Quédatela –dijo señalando la barca–. Si haces mondadientes con ella, sacarás más de dos hröis. Pero no te lo aconsejo. No he visto nunca una chalupa mejor.

El hombre se quedó mirando la espalda de Abhad mientras se preguntaba qué demonios tenía que hacer en aquellos casos. Miró la barca y se encogió de hombros.

Abhad se internó en el bullicio del puerto. El ajeteo de barriles bajando y subiendo por las rampas, poleas y cabestrantes chirriando, los gritos de “¡Soltad amarras!” y la canciones obscenas de los estibadores eran los mismos de siempre. ¿Qué sucedería cuando las noticias que traía se extendieran por la ciudad? Sin duda cundiría el pánico. Las familias ricas cogerían cuanto pudieran y se agolparían en los muelles para tomar pasaje en la primera galera que se alejara de allí. Pagarían fortunas. ¿Pero qué sucedería con los más pobres?

Häile nunca había poseído un ejército poderoso. Confiaba más en las alianzas económicas y

en las tropas de alquiler. Sin duda su espíritu de mercader consideraba un desperdicio mantener un gasto fijo tan importante y tan inútil en tiempos de paz. Pero ¿daría tiempo de reclutar suficientes mercenarios y preparar las defensas del reino antes de que el Rey Rojo decidiese atacarles?

No tenía tiempo que perder. Debía hablar con el rey inmediatamente. Pero no podía llamar a sus puertas, necesitaba ayuda para ser recibido en palacio. La ayuda de alguien poderoso, en quien el rey confiara, o al menos cuyas riquezas tuviesen comprado su interés. Y ese era Tidareo *el Calvo*.

Poseía una flota de más de quinientos barcos, y almacenes de mercancías en todas las grandes rutas y ciudades de los Cuatro Reinos, e incluso al otro lado del Mar de Amur. Se decía que una vez le ofreció al rey comprarle Häile entero, y así librarle de tantas preocupaciones. Y también se decía que le había ofrecido tal cantidad de riquezas que el rey lo estuvo pensando un tiempo.

Abhad solo había estado una vez en su casa, cuando Tidareo mandó llamar a los hermanos *Mano de Piedra*, los famosos constructores de barcos, para encargarles diez navíos de transporte y uno de recreo. El más hermoso que jamás saliera de sus talleres, el Svänn de dos palos. El mercader les había hecho mezclar perlas trituradas con el tinte blanco de la resina, por lo que el Svänn despedía mágicos reflejos irisados cuando un rayo de sol lo alcanzaba. Y en sus velas se había bordado en plata el enorme emblema de su casa, el jabalí cargando. Ningún barco tenía su porte al cortar las olas, y no había hombre que no girase la vista para verlo navegar.

No le costó reconocer la mansión: construida en jaspe rojo, con dos torres asimétricas y una tapia que bien podía haber sido la muralla de un castillo. Dos guardias armados con lanzas y relucientes cotas de malla custodiaban la entrada. Miraron con desconfianza al gigante harapiento que se dirigió hacia ella.

–¿Quién sois y qué os trae aquí? –preguntó el más alto de ellos, interponiéndose en su camino.

–Soy Abhad, hijo de Calhibe *Mano de Piedra*, constructor de barcos predilecto de Tidareo *el Calvo*. Traigo un mensaje muy importante para él.

Los dos hombres se miraron y soltaron una carcajada.

–Anunciaré tu llegada, pero no es probable que te reciba si no te ha mandado llamar él. Son muchos los mendigos que llaman a su puerta, y su tiempo es demasiado valioso. Como él dice, “el tiempo que tardo en llevarme un trago de agua a la boca es tiempo en que no estoy aumentando mis riquezas”. Y, por cierto, no le gusta que le llamen *Calvo*.

Abhad esperó impaciente mientras el otro guardia desaparecía por la puerta. Volvió al rato y, visiblemente sorprendido, le abrió paso.

Bajo un gran arco con una puerta enteramente construida con vidrios de colores, le esperaba un hombre menudo vestido de terciopelo. Era el discreto mayordomo de Tidareo. Abhad sabía que, a pesar de su apariencia anodina, tenía grandes conocimientos médicos y matemáticos, y Tidareo no se separaba nunca de él. El hombre le guio hasta una pequeña sala con una mesa y dos butacas muy ornamentadas, y cuyas paredes estaban cubiertas desde el techo hasta el suelo con ricos tapices. La ventana se abría al patio, y desde él le llegaba el sonido de una fuente cantarina. Las tripas de Abhad rugieron sin control cuando sobre la mesa dispusieron una bandeja con pastas saladas, todavía humeantes, y una jarra de vino rubio frío.

–Come, amigo –escuchó una voz–. Parece que has tenido tiempos difíciles. Pediré algo más contundente.

Era Tidareo. Su calva reluciente, que había hecho tatuar hasta más allá de la nuca, no ofrecía lugar a dudas. Su porte era decidido y sus ojos, inteligentes. A pesar de sus riquezas, no se había

abandonado a la buena vida y a través de la túnica se le adivinaba un cuerpo delgado y musculoso.

–Gracias por recibirme –dijo Abhad–. Sé que eres un hombre ocupado.

–Demasiado. Come y cuéntame, has picado mi curiosidad. ¿Dónde está tu hermano Acheb?

Abhad se atragantó al primer bocado.

–Creo que es parte de la historia –dijo, y se dispuso a contarla desde el principio.

Tidareo escuchó sin pestañear lo sucedido en la aldea de Abhad, y cómo este vengó a su pueblo. Cómo viajó hacia el norte en compañía de un bardo llamado Sevso, que resultó ser un guerrero formidable, conoció a los hombres de Liàm, cruzó la Laguna Eterna y llegó al Bosque de Piedra. Abhad omitió la parte en la que ambos atravesaron la puerta mágica para llegar al mundo de los chicos, por miedo a que Tidareo le tomase por loco y le echase a patadas antes de entregar su mensaje. Retomó el relato en la batalla de Erÿd Ingard, la caída de Gamelach y el avance del ejército rojo por la Ruta Azul.

–Lo último que vi fue una columna de nür-hijks a lomos de terribles ûshnag que se dirigían hacia Häile. Después tomé una barca y navegué hasta aquí esquivándoles –Abhad miró a Tidareo a los ojos–. No queda ejército en Liàm que les detenga. Ya deben haber entrado.

Tidareo no contestó. Tomó la jarra de vino y se sirvió en una copa de un cristal tan fino que habría podido masticarlo. Echó un trago y lo paladeó pensativo.

–¿Cuál es la primera ley del comercio, Abhad? –preguntó al fin. Ante su silencio, continuó– “No te metas en un negocio si no tienes algo que ganar”.

Abhad resopló, desanimado. Había recorrido taalas y taalas, se había jugado el pellejo ¿para aquello?

–Hay otra, Tidareo: “a veces hay que arriesgar para no perderlo todo”.

El comerciante se puso en pie.

–¿Qué esperas exactamente de mí?

–Que hables con el rey. A ti te escuchará. Juntos podéis armar un ejército que detenga la marea roja. Pero tiene que ser ahora.

–¿El rey? Ese viejo ruin no me dejará terminar la frase antes de haber tomado su oro y zarpado rumbo al otro lado del mundo. Le importan un bledo sus súbditos, salvo para cobrarles impuestos.

–Pero...

–Y yo debería hacer lo mismo. Sin levantar la alarma. ¿Para qué? Solo serviría para prolongar el sufrimiento de la gente.

–¿Vas a dejar que...?

–Puedo llevarte conmigo, Abhad.

Este fue a contestar, pero se detuvo. La oferta de Tidareo era sincera, y probablemente era la última oportunidad que tendría de escapar de la guerra. Del miedo, de las desgracias. Podría volver a empezar...

–Lo he perdido todo, Tidareo. Menos mi conciencia tranquila. Acheb murió y yo le vengué, pero otros hermanos, madres e hijos morirán. Y yo no habré hecho nada. No me hagas perder lo único que me queda.

Tidareo se giró, dándole la espalda, y Abhad supo que estaba buscando las palabras para dar por concluida la reunión. Entonces cayó en la cuenta: ¡aquello era una negociación! Abhad había creído que el mercader se ablandaría ante el relato de sus desventuras y las que recaerían sobre miles de personas si no hacía algo. Pero aquel hombre no entendía otro lenguaje que el del regateo y la búsqueda de su máximo interés. ¿Pero cuál era su máximo interés? Tidareo poseía todo cuanto podía desear. Todo, salvo...

–Häile necesita un nuevo rey –dijo antes de que el comerciante pudiese abrir la boca.

–¿Cómo dices?

–¿Cuál es la fuerza que más desesperadamente impulsa a los humanos en una dirección?

–¿El amor? –contestó Tidareo con sorna.

–Quizá. Pero hay otra más primigenia: el miedo. Y se avecinan tiempos de terror. La gente dará lo que sea, incluso la vida, por quien les proteja de la pesadilla que llega desde el norte. No dudarán en proclamar rey a quien interponga escudos y lanzas entre ellos y los mûrkaghs.

–Solo hay un problema: ya hay un rey.

–Tú mismo has dicho que huirá en cuanto le anunciemos lo que se avecina. ¿Qué mejor oportunidad de ocupar su puesto? Todos mirarán alrededor buscando un líder. Y ahí estarás tú.

–¿Y si finalmente soy derrotado?

–No lo serás. Mis amigos se enfrentarán al ejército rojo en el norte con las tropas de Shantei-Lo y Ar-Zahala. Llevan magos poderosos. Y... a Brygger *el Joven*. Nosotros podemos retenerlos en la frontera de Häile...

–¿Y esperar a que nos rodeen, una vez hayan conseguido acero kûmish y caballos veloces como el viento? Ese no es mi estilo... –la mirada de Tidareo se había transformado, una llama había comenzado a prender en el fondo de sus pupilas– Debemos asestarles un golpe definitivo. Debemos vapulearles hasta ponerles de rodillas. Y entonces, cortarles la cabeza. Solo uniendo las fuerzas de los Cuatro Reinos, como antaño, lo conseguiremos.

Abhad se maravilló del cambio en el tono del mercader. Y por un momento le pudo imaginar emprendiendo cualquiera de sus negocios.

–Los lazos que se forman en una batalla son indestructibles –añadió para alimentar aún más el fuego–. Allí estarán los reyes de los otros tres reinos. Estarán en deuda contigo para siempre.

Los ojos de Tidareo centellearon mientras miraba al infinito a través de la ventana.

–¿Conoces el emblema de mi casa? –preguntó sin quitar la vista de ella.

–¿El jabalí cargando?

–Sí, ese –una ligera sonrisa asomó a los labios del calvo–. En realidad no es un jabalí. Es un cerdo. Corriendo para cubrir a una cerda, sospecho. Le disfracé de jabalí porque es más heroico, más... señorial. Pero el origen no cambia –miró a los ojos de Abhad–. Mis padres eran porqueros.

Abhad no contestó enseguida.

–Sin duda estarían orgullosos de ver a su hijo coronado rey.

Capítulo 12

Las hogueras ardían y gruesos pedazos de carne se asaban sobre ellas. Se habían sacado al patio todas las tinajas de vino de la bodega, y las canciones ahogaban cualquier otro sonido.

Los guerreros Amman rodeaban a Guillermo y le tocaban, como para terminar de creerse lo que durante tanto tiempo habían estado esperando, o para que se les contagiara parte de la grandeza de Brygger. Este miraba embobado su caballo y su armadura blanca, y acariciaba la capa con una gran flor de invierno bordada. El peligro le había disparado la adrenalina hasta el límite y, aunque no había probado ni un trago, se sentía ebrio. Todas las canciones que escuchaba hablaban de las hazañas de Brygger, de las pasadas y de las futuras. Hablaban de él.

Imring no cesaba de contar a quien quisiera escucharle cómo habían superado mil peligros hasta llegar al templo de los guerreros Amman, y cómo Guillermo había descifrado el acertijo y empuñado la espada centelleante.

Tiäm se acercó a Guillermo. Este se puso en guardia, pues no sabía cómo reaccionaría ahora que ya conocía la verdad.

–Me da igual cómo te llames –dijo Tiäm–. Has demostrado valor al ayudar a esta gente. Y yo no necesito a Brygger.

Se estrecharon el brazo. Guillermo estaba muy agradecido, pues sabía que Tiäm no alabaría a cualquiera.

Hasta Gemma le abrazó del cuello y le dijo:

–Estoy orgullosa de ti, hermano.

Debía ser un sueño; en cualquier momento despertaría. Pero disfrutaría de él mientras durase.

Desde lo alto de la muralla, el Viejo Castor les observaba y escuchaba sus cantos. “Es el miedo el que les hace gritar tanto”, pensó. Los hombres celebraban que estaban vivos, y sabían que quizá era la última oportunidad de hacerlo. Se asomó a las almenas, temiendo lo que la luz del amanecer revelaría al otro lado de la Gran Grieta. Pero de momento solo había oscuridad.

Entonces escuchó otra voz. Una voz dulce y firme a la vez, acompañada del rasgueo de las cuerdas de una lira. Era Sevso. Todos los hombres callaron para escucharle.

*Cuentan algunas historias que una vez me susurraron junto a la hoguera
que en un lejano bosque del norte, el más bello de los Cuatro Reinos,
vivía una joven en una humilde cabaña junto a su padre.
Era hermosa, más que la más hermosa flor,
más brillante que el rocío sobre las hojas,
más dulce que la miel en el panal.
Mis labios tiemblan al pronunciar la música de su nombre:
Iryamo.*

*Muchos hombres la pretendían, mas a un tiempo la temían,
pues poseía extraños poderes.
Las madres desesperadas llevaban a sus hijos enfermos
a la cabaña del claro del bosque.*

*Las jóvenes con el corazón atravesado le pedían filtros de amor.
Curaba el mal de ojo, pero también conocía cómo echarlo.
Por las noches se la veía danzando a la luna,
o flotando entre la bruma.
Y cuentan las historias que hablaba con espíritus.*

*Mas nada pudo contra el hechizo del amor,
pues un día llegó de más allá del mar un joven
bello de rostro y de corazón,
noble y arrojado, que no soportaba la injusticia
y con una gran luz en sus ojos.
Su nombre era Brygger, como ya conocéis.*

*Profundo fue su amor,
como ningún otro en las leyendas
desde los primeros hombres.
Sus almas parecían haber nacido solo para unirse.*

Guillermo buscó con la mirada los ojos de Susana, y fue tal la descarga de emociones que sintió al encontrarlos, que la habría tomado en brazos y besado allí mismo, delante de todos.

*Días felices fueron, las estaciones se sucedieron
como en una eterna primavera.
Ambos aprendieron
de las artes del otro.
Y cuanto más se conocían
tanto más se admiraban
y se enamoraban.*

La negrura de la noche había tornado a un gris violáceo, y el Viejo Castor ya podía distinguir las ranuras de las piedras que formaban las almenas. Con un oscuro presentimiento, se asomó a ellas.

El viento aullaba en la Gran Grieta. Al otro lado, la guarnición de Shantei-Lo se encontraba intacta, silenciosa. Solo el puente caído, colgando del muro hasta perderse entre las sombras, recordaba la reciente batalla. Los jirones de niebla que cubrían la llanura se deshacían en hilachas al recibir los primeros rayos del sol. Pero, donde la tarde anterior solo se veía el verde de la hierba, uno, dos, mil brillos de metal deslumbraron los ojos del viejo. La pradera estaba cubierta por un enjambre de armaduras negras y guadañas de enormes filos. Estaban lejos como para que un arco o una catapulta les alcanzara, pero no tanto como para no poder distinguir sus rostros.

*Mas ¡ay! La desgracia se cernía sobre ellos.
Creció por la región el rumor
de que un brujo, malvado y poderoso,*

*había llegado también a aquel bosque.
Oscuras criaturas comenzaron a morarlo.
Las puertas y ventanas se cerraron, y de noche
la gente sencilla dormía con la espada.*

*Del color del fuego y de la sangre
era su capa.
Y en las noches sin luna sus espectros
se cobraban la vida de hombres, mujeres y niños.*

*Brygger salió a su encuentro,
pues no quería esperar a la muerte
temblando entre las sábanas,
y temía más por la vida de su amada
que por la suya.*

*Su cálido beso
y una lanza de madera
fue todo lo que llevó a la batalla,
pues aún no había sido forjada
Throon, la hoja que atraviesa todos los escudos.
Se enfrentó a monstruos y gigantes,
mató a bestias sin nombre,
mas no halló al brujo rojo
ni a sus demonios.
Solo al volver al hogar
supo dónde se habían ocultado de él.*

*Al acercarse al claro
no escuchó cantos,
ni ninguna joven le recibió con sus abrazos.
La cabaña del bosque ya no era
sino un montón de piedras negras.*

La voz de Sevso pareció quebrarse por un instante, y su mirada, que hasta entonces había estado perdida entre las llamas de la hoguera, se encontró con la de O-Mîn, que le observaba cada vez más intrigada. Sevso se apresuró a retomar la tonada.

*Corrió a la aldea
en la esperanza de que Irýamo
hubiese huido hacia allí de la muerte.
Mas solo muerte fue lo que encontró.
Ni los golpes del herrero
ni el ladrido de un perro
ni la voz de un niño.*

*Solo el rumor del viento
y el graznido de los dugros
que se daban su festín.*

*Ya sabéis de dónde viene
el fuego indomable de Brygger.
Persiguió al brujo rojo
hasta los confines de los reinos
y buscó a la muerte tanto como a él
pues sabía que ya nunca viviría en paz.
Y no descansó hasta darle fin.*

La voz de Sevso se apagó mientras las notas de la lira se iban desvaneciendo en el aire. Pero una nueva voz, más ronca, retomó la canción. Nadie había oído sus pasos al retornar de la muralla.

*El verde bosque se volvió gris.
La savia pujante se detuvo
bajo la corteza de los árboles.
Los arroyos congelaron
sus cantos para siempre.
La fragante madera
se convirtió en piedra.*

Como el corazón de Brygger.

*Grande fue su gloria,
pero la cambiaría toda sin pensarlo
por un instante más junto a ella...*

Capítulo 13

Dos enormes dunas marcaban el lugar donde antiguamente se elevaban las torres de vigilancia. La ruta de la Sal había sido abandonada muchas edades atrás, cuando en la costa descubrieron un modo mucho más sencillo y barato de obtenerla que excavando en La Salina, bajo un sol abrasador.

–Es aquí –dijo el anciano. El guerrero Amman hizo visera con la mano y afiló los ojos. Su vista ya no era la de antes–. El paso está al otro lado.

La Gran Grieta era allí más ancha todavía que en el Puente en el Aire. Detrás se distinguían los montes que enmarcaban el Valle Escondido. No se veía paso alguno, tan solo abruptas paredes de piedra que trepaban hasta una altura que les hacía doblar el cuello.

El Viejo Castor se giró en la montura para observar la columna que iba tras él. A los guerreros Amman se habían sumado ochocientos hombres a caballo, al mando de Adhaam, el segundo hijo del rey Mon-Ra. En la misiva que acompañó a su llegada decía “Os envío a mi último hijo como prueba de mi fe en vuestra misión. El ejército de las sombras no debe pisar Ar-Zahala. Y si es la voluntad de Giraha que Adhaam acompañe a su hermano Filüd hasta sus verdes campos, que así sea”.

Adhaam no guardaba parecido alguno con su hermano, según observaron Tiäm e Imring. Era negro como el carbón, y alto y estilizado como un árbol de ribera. Pero la autoridad con que se dirigía a sus tropas no dejaba duda de su origen y de su educación como caudillo. Era parco en palabras.

–¿Cómo cruzaremos? –dijo.

El Viejo Castor echó una mirada en derredor. Se detuvo un instante en un pequeño cañaveral, de los muchos que salpicaban aquellos parajes, y después en Jorge, que con gesto dolorido se llevaba una mano a las nalgas.

–¿Cómo va a ser? –respondió– Volando.

–¿Se... seguro que no hay otra forma? –preguntó Jorge por enésima vez.

Sevso, por toda respuesta, levantó en vilo las enormes alas de tela que habían tejido para él. De todas las maravillas que había visto en el mundo de los cuatro chicos, la que más le había admirado era el que los hombres pudiesen volar. Pero los artefactos que vio eran de metal con entrañas rugientes como dragones, y aquello era un triste armazón de caña y tela con forma de triángulo. Sin embargo, cuando se lanzó a la carrera desde lo alto de la duna, pareció que quisiera elevarle, y se sostuvo un instante en el aire.

Podía funcionar.

–Morir volando como un pájaro. No se me ocurre una forma mejor – respondió al fin. Aunque aquello no animó mucho a Jorge.

El chico sabía bastante de construcción de cometas, incluso había hecho algunas con forma de ala delta, como aquella. Pero nunca tan grandes ni que tuvieran que soportar el peso de un hombre. ¿Aguantarían las cañas, o se partirían al primer embate del viento? Se imaginaba a Sevso cayendo como un saco y reventando contra el fondo del barranco...

–¿Seguro, seguro?

Sevso anudó dos cuerdas a su cinturón. Los hombres se arremolinaron alrededor. Nadie quería perderse el milagro... o la catástrofe. Sevso buscó con la mirada a alguien pero, fuese quien fuese, no lo encontró. Sin saber por qué, sintió una pequeña desilusión. Sacudió la cabeza.

–No es momento... ¿O sí? –murmuró al aproximarse al borde de la grieta y ver abrirse el abismo ante él.

–Que Nialah te acompañe –dijo el Viejo Castor.

Sevso asintió, sin separar la vista del cortado. Con el corazón batiéndole las sienes, se balanceó adelante y atrás varias veces, midiendo cuidadosamente los pasos que le separaban de él.

Y se lanzó.

La carrera fue breve, apenas unos pisotones hasta que dejó de sentir el suelo bajo sus pies. Una increíble sensación de vértigo recorrió su cuerpo desde el estómago hasta el último de sus dedos. Por un instante creyó que caería como un plomo pero, milagrosamente, ¡avanzaba! El viento le silbaba en los oídos. Asíó con fuerza el travesaño, inclinó un poco las alas y giró en el aire. ¡Estaba volando! Un rugido de triunfo brotó de las gargantas de los cientos de guerreros que le observaban.

Fijó la mirada en el otro extremo del cañón. Afortunadamente, la pared allí era más baja. Si no, aunque lograra cruzar, se habría estrellado contra ella. Iba a demasiada velocidad. Recordó las palabras de Jorge: “para frenar, y para sustentar más, inclina las alas hacia arriba”. Sevso lo hizo, e inmediatamente remontó unos cuerpos. “Pero no te pases, o las alas dejarán de sustentar y caerás”. Sevso sintió como el ala delta perdía velocidad y amenazaba con desplomarse. Se apresuró a recuperar la posición anterior.

–Lo tengo –murmuró para sí. Su cuerpo, más que su mente, había aprendido a controlar el ala, y reaccionaba a las sensaciones como lo habría hecho un pájaro. En su primer vuelo.

Pero hasta los pájaros habrían tenido dificultades al atravesar la corriente de pasillo que se formaba en el centro del cañón. Sevso la sintió como un golpe desde la izquierda, que levantó ese lado del ala hasta ponerla casi vertical y le impulsó hacia la derecha como si fuese una brizna de hierba. Intentó enderezarla, pero no tenía fuerza suficiente. A duras penas podía sujetarse al travesaño, mucho menos manejarlo. Se vio empujado a lo largo de la grieta, y ya no supo dónde acabaría. Su única preocupación era mantenerse en el aire. La tela daba tales gualdrapazos que Sevso temió que de un momento a otro se despedazaría. La corriente no solo le empujaba de lado, sino también hacia abajo. Sevso perdía altura a gran velocidad. Aunque llegase al otro lado, acabaría aplastado como una mosca contra la pared.

Entonces lo vio: unas decenas de cuerpos más adelante, la grieta daba un giro brusco a la derecha. Con un poco de suerte, la inercia que llevaba le aproximaría un poco al borde antes de que la corriente le hiciera retomar el trazado del cañón.

Se dejó arrastrar hasta allí, soportando al límite de sus fuerzas el dolor de sus manos. Iba demasiado alto. Demasiado rápido. Pero no iba a tener otra oportunidad.

Se soltó.

O-Mín había dejado de creer en los dioses el día en que un grupo de bandidos la secuestró y la alejó de su aldea y su familia. Y había vuelto a hacerlo cuando Huaidan, su marido, murió en sus brazos tras sacarle una lanza nür-hijk que le atravesaba de parte a parte.

Entonces, ¿por qué estaba rezando?

Sevso cayó rodando, lo que evitó que se partiera las piernas con el golpe. Pero la verde hierba, que desde lo alto parecía un mullido colchón, al contacto con sus huesos se asemejó mucho más a un muro de piedra. Quedó tendido en el suelo, mirando al cielo desde el que había caído, aturdido y sin querer moverse por miedo a descubrir que se había partido el cuello.

Al rato, un escarabajo curioso se paseó por el dorso de su mano, dándole la mayor alegría de su vida. Al menos sentía las manos. Entonces lo intentó con los pies. Dio la orden a sus dedos de moverse, pero bajo la bota no estaba seguro de que le hubieran hecho caso. “Dobla la rodilla”.

–¡Ay! ¡Ay! –Cualquiera que hubiera visto su sonrisa mientras gemía de dolor, habría creído que estaba loco. Pero Sevso no había sentido nunca más alivio. Aunque se las hubiera partido, al menos las piernas le obedecían.

Poco a poco, se incorporó, y el rugido de mil gargantas le llegó desde el otro lado del abismo.

–¡Ánimo, Jorge!

–Ya has visto que funciona.

El chico miraba al borde del barranco como si fuera un mûrkagh a punto de segarle la garganta. Había superado el umbral del miedo en el momento en que ataron las tiras de cuero a sus muñecas, lo que sentía ahora era un pavor tal que sus miembros se negaban a moverse. Era cierto que casi la mitad de la columna había cruzado ya, pero...

–No puedo... No puedo...

El Viejo Castor hizo una señal a los chicos. Guillermo asintió. No podían quedarse allí retrasando a todos. Con la ayuda de Tiãm e Imring, empujaron a Jorge, que arrastraba los pies por el suelo, hasta que estos empezaron a patallar en el aire.

–¡Nooooooooooooo...!

El primer descenso era vertiginoso. La polea chirriaba a un ritmo frenético mientras el abismo se abría a sus pies. A pesar de que las correas le sujetaban las muñecas, Jorge se asió con tal fuerza a ellas que las manos se le volvieron blancas. El ver ese vacío debajo de él casi le volvió loco. Intentó gritar, pero ni siquiera pudo. Cuando sintió que unos brazos le sujetaban y le soltaban las correas, recordó que su corazón llevaba un rato sin latir. Y entonces se puso a hacerlo como un caballo desbocado, intentando salirse por la boca.

Gemma, que ya había cruzado, acudió en su ayuda. Sabía que su amigo la necesitaría.

–Ha sido... horrible –consiguió decir Jorge, a punto de vomitar.

–Yo creo que esta *tirolina* bate récord –respondió Gemma–. La ponemos allí en casa y nos hacemos de oro.

La gruesa soga de la que acababa de descolgarse el chico trazaba una curva elegante y se perdía en la inmensidad del abismo. Sevso había atado su extremo alrededor de una gran roca. Y la otra cuerda, más fina, a la polea, para que pudieran recuperarla desde el punto de partida. Había sido idea del Viejo Castor el llevarla con ellos desde el Puente en el Aire, donde ya no sería necesaria en mucho tiempo.

Jorge no era el único que lo había pasado mal. Muchos hombres curtidos en cien combates habían chillado como ratones al cruzar la grieta. El príncipe Adhaam se puso tan pálido que casi parecía blanco. Pero con los caballos fue peor. A pesar de que les habían fabricado un arnés resistente con correas de cuero, se negaban a acercarse al barranco, y había que empujarles entre

muchos hombres para lanzarlos al vacío. Llegaban al otro lado en un estado de nervios tal, que coceaban y mordían a todo el que se les acercaba, y era muy difícil quitarles el arnés.

Tardaron muchas horas en terminar de cruzar. Los hombres que iban llegando rodeaban a Sevso, al que comenzaban a llamar Naasfür, “el Pájaro”, para que les contara una vez más cómo había cruzado volando la Gran Grieta. Sevso les prometió que compondría una canción y así todos podrían escucharla.

Y no sería la única canción que los bardos cantarían sobre cómo el ejército de Ar-Zahala cruzó la Gran Grieta montando en caballos alados.

Sin embargo, aquella gesta no había pasado desapercibida. Un tenue siseo y una sombra hicieron que el Viejo Castor levantara la cabeza.

–Debemos darnos prisa.

Capítulo 14

Se internaron al galope en el Valle Escondido. Tenían esperanzas de que las fuerzas del Rey Rojo no hubieran llegado allí, sino que se hubieran dirigido hacia el norte por la ruta directa hacia Khiaru-Lo. Si el rey Wö era listo, intentaría retenerles en el paso de los Montes Interiores. Quizá en aquel mismo instante estuvieran luchando allí. Pero solo era cuestión de tiempo.

–La última batalla será aquí –señaló el Viejo Castor antes de partir. Todos miraron el punto del mapa. Un puente que cruzaba el caudaloso río *Ēlbeq Qian* a apenas cincuenta taalas de la capital–. Wö no ha tenido tiempo de enviar suficientes tropas a los Montes Interiores, y tampoco quiere dejar desprotegida su fortaleza. Enviará el grueso de sus fuerzas a defender el puente, de forma que puedan retroceder y refugiarse en ella si las cosas van mal. Siempre tiene un pie presto a huir como una ardilla.

El príncipe Adhaam, que con el color había vuelto a recuperar la dignidad, se vio obligado a hablar.

–Nos llevan cientos de taalas de ventaja. Y nosotros también tenemos que cruzar el río.

–Pero no montan los caballos de Ar-Zahala, nacidos del viento y del fuego. Ellos son nuestra única oportunidad.

Así pues, antes de que el último hombre hubiera cruzado y cortado la soga, la columna ya había partido, veloz como una tormenta. Galopaban hacia el norte, y enviaban hombres a avisar a las aldeas que se iban cruzando por el camino, para que sus gentes huyeran a las montañas.

Al atardecer llegaron al pie de los Montes Interiores. Siguiendo a Hêika, se internaron por senderos por los que apenas cabía un caballo, y en ocasiones tenían que desmontar para guiarlos junto a terribles precipicios. El Viejo Castor no cesaba de mirar al cielo.

–¿Temes una tormenta? –le preguntó Tiäm.

–Algo peor.

Tiäm levantó a su vez la vista. Recordando las historias de los hombres de Hêika junto al fuego, casi esperó ver al Gran Pájaro sobrevolando sus cabezas, pero no vio nada más allá de algunos jirones de nubes flotando casi a su altura.

–¿Son estas las tierras del brujo Shia-Lun? –preguntó de nuevo.

–Pueden ser de quien tú quieras –respondió el Viejo Castor–, incluso tuyas, porque ningún señor va a venir a reclamártelas. Pero, si son de alguien por derecho, es de los kümish.

Tiäm volvió a recorrer los riscos de alrededor con la mirada.

–Hace tiempo que me siento observado. Están ahí.

–Sí. Nunca se mostrarán, a no ser que ellos lo deseen. Han sobrevivido a cien reinos gracias a sus secretos.

–¿Son peligrosos? –Tiäm recolocó la honda en su cinturón, de forma que sus dos extremos asomaran libres, muy cerca de su mano.

–Son los hombres más peligrosos del mundo –contestó el Viejo Castor–. Y también los que más nos pueden ayudar.

En ese instante, un chillido infernal llegó desde las alturas y unas sombras veloces taparon el sol. El Viejo Castor izó el bastón.

–¡Ahí están!

Tiäm abrió mucho los ojos. Unos enormes seres alados se abatían sobre ellos. Eran como

serpientes, rápidas como ellas, pero diez veces más grandes que cualquiera que Tiäm hubiera visto. Tenían rostros afilados, y de sus fauces abiertas asomaban colmillos largos como cuchillos. Sus escamas reflejaban el sol en mil colores, como si fueran de metal bruñido.

La primera de ellas se abalanzó sobre la columna, sacudiéndose y arrojando al vacío a docenas de hombres con sus caballos. Las flechas que le lanzaron rebotaron en su cuerpo como si no tuvieran punta, e igual pasaba con las picas. Su coraza era más dura que la piedra.

Una segunda serpiente sobrevoló sus cabezas y arrojó por la boca una lluvia de líquido. Al instante los hombres que lo recibieron comenzaron a gritar. Su ropa humeaba, y la piel se les abría en horribles quemaduras. Incluso sus escudos se deshacían en polvo.

El Viejo Castor murmuró unas palabras, mientras seguía con la vista a otra de las serpientes que se disponía a atacar. Como si esta hubiera adivinado su intención, se lanzó sobre él con un chillido ensordecedor.

–*Enchemion andorë dha!* –gritó a su vez el Viejo Castor, mientras cortaba el aire con su bastón como si fuera una espada.

Un fogonazo en forma de hoja barrió el cielo, y partió a la serpiente por la mitad.

Pero su cabeza no alteró su trayectoria, y se estrelló contra el Viejo Castor con las fauces abiertas. Uno de sus colmillos le rasgó el hombro, y el segundo la espalda. Al instante sintió el hombre el veneno, como un ardor que se le extendiera por el cuerpo. Quedó tendido en el suelo, y solo tuvo fuerzas para señalar a Susana.

–¡No! –gritó esta, interponiéndose entre el viejo y las demás serpientes que, al ver lo que le había ocurrido a su compañera, parecieron dudar un instante. Sobrevolaban la columna entrelazando sus trayectorias en el aire para que fuera imposible adivinar desde dónde lanzarían el ataque.

–¡Apuntad a sus bocas abiertas! –gritó Sevso, siguiendo con la punta de su flecha el vuelo de una de ellas– ¡Es el único punto blando!

Pero las serpientes eran muy veloces, y su vuelo zigzagueante hacía casi imposible hacer blanco. La flecha de Sevso pasó a un palmo de su cabeza y, con un sonido metálico, rebotó inofensiva en las escamas de su cuerpo.

Sin embargo, un objeto redondo y pequeño zumbó en el aire y golpeó a la serpiente en un ojo. ¡Era Tiäm con su honda! La pedrada la había dejado tuerta, y la serpiente chilló de dolor pero, lejos de ponerla fuera de combate, la enloqueció de tal manera que se lanzó contra los hombres sin precaución alguna.

Aterrizó en mitad del sendero aplastando a varios guerreros, y continuó atacando desde el suelo. Lanzaba dentelladas que atravesaban las cotas de malla como si fueran mantequilla, y con la cola barría la cornisa en fuertes latigazos, arrojando al vacío a cuantos allí se encontraban.

–¡Jorge, Gemma! ¡Ocultaos tras esa roca!

Guillermo, con la espada desenvainada, asistía impotente a la escena. Se situó junto a Tiäm, intentando proteger con su escudo al Viejo Castor y a Susana, inmóviles en mitad del sendero. Esta intentaba concentrarse en las palabras que le habían enseñado, pero no llevaba su bastón, se había quedado en la silla de su caballo, dondequiera que estuviese.

–¡Susana! ¡Viene hacia aquí!

–... *eldërinque aranwë*...

La serpiente se deslizaba a una velocidad increíble, empujando a su paso hombres y caballos. Ya estaba a escasos metros de ellos. Elevó la cabeza y escupió una lluvia de veneno. Se escucharon gritos, y Guillermo interpuso su escudo, que al instante comenzó a deshacerse. Un fuerte ardor en la espina le indicó que también le había alcanzado en la bota. Se la quitó en un

gesto y se dispuso a usar la espada.

–*j...dommelmir!*

Un relámpago blanco partió de las manos de Susana, golpeando a la serpiente en el rostro. Pero no fue suficiente. No había podido concentrar lo suficiente la energía, y el monstruo apenas recibió una bofetada.

La serpiente, enfurecida, se enderezó varios metros sobre sus cabezas, dispuesta a lanzar su último ataque. Guillermo levantó la espada y Tiäm, con Kun a su lado enseñando los colmillos, empuñó su jabalina.

Pero entonces, sin orden alguna, una lluvia de flechas y lanzas proveniente de las rocas se clavó en el cuerpo de la serpiente, atravesando su coraza indestructible. La serpiente cimbrecó a un lado y a otro, ciega y herida de muerte, y al fin cayó.

Entonces las flechas se dirigieron a las serpientes que aún sobrevolaban el desfiladero. Una de ellas dio una sacudida en el aire, con sus alas atravesadas por varias saetas, y cayó al precipicio. Las demás, algunas malheridas, emprendieron la huida.

Guillermo, resoplando, miró alrededor. Como por arte de magia, de entre las rocas aparecieron cientos de hombres pequeños, con ropas que se dirían hechas de piedra, pues tenían el mismo color y se camuflaban en ella hasta hacerles invisibles. Caminaban torpemente, encorvados y con un ligero bamboleo, pero no desprendieron ni una pizca de gravilla mientras descendían hasta el sendero.

–Los kümish –pronunció Tiäm con reverencia.

–¿Los qué?

Uno de ellos se aproximó, interesado por Susana y su descarga de energía. Pero al ver la espada de Guillermo, se detuvo en el acto.

–Throon...– murmuró– Ha vuelto.

El chico recordó entonces que allí no era Guillermo, sino Brygger. Se irguió orgulloso y le mostró la espada, haciéndola girar para que apreciara su brillo.

–Estaba en el templo de los guerreros Amman. Es muy poderosa...

–La última de las cuatro espadas legendarias... –le interrumpió el hombrecillo, con voz de auténtica veneración. Solo al rato se recuperó lo suficiente para preguntar– ¿Qui... quiénes sois?

–¿No le reconoces? Es el mismísimo Brygger *el Joven* –acudió Tiäm en su ayuda–. Ella es una poderosa hechicera. Y él –dijo señalando al Viejo Castor, que permanecía tendido en el suelo– es Elbeim.

El hombrecillo fue abriendo más y más los ojos a medida que Tiäm hablaba.

–Vamos, debemos irnos de aquí –dijo mirando al cielo tras examinar las heridas del Viejo Castor–. Pueden volver. *¡Ibtien nan bihnür!*

Varios hombres más acudieron en su ayuda, y cargando con el cuerpo del Viejo Castor, ascendieron entre las rocas. Otros guiaron al resto del grupo por el sendero hasta un ensanche, donde pudieron tender a los heridos y dejar pastar a los caballos. Varias mujeres kümish se dedicaron, con la ayuda de O-Mín, a curar sus heridas. Parecían conocer bien las producidas por el ácido de las serpientes.

Montaron un campamento improvisado, y los kümish les surtieron de caza y carne en salazón. Encendieron hogueras, pues de todas formas las serpientes veían en la oscuridad y no podían ocultarse de ellas. Los kümish hicieron guardia con ellos, armados con sus arcos y sus flechas de punta azulada.

A la mañana siguiente, una sacudida despertó a Guillermo, que tenía la cabeza totalmente cubierta con la capa de viaje para protegerse del frío.

–¡Arriba, gandul! –dijo una voz conocida.

Guillermo se incorporó en el acto.

–¿Viejo Castor? ¿Cómo puedes estar ya recuperado?

El viejo le miró con una sonrisa dolorida. Estaba pálido y ojeroso, y el cabello pegado en las sienes indicaba que había pasado la noche sudando. Se apoyaba en el bastón más de lo habitual.

–Recuperado es decir mucho –dijo–. Lo justo para continuar. Recuerda que nuestros enemigos nos llevan ventaja. Hasta ahora.

Entonces Guillermo reparó en el hombrecillo que le flanqueaba, bajo y encorvado incluso para los kümish, y arrugado como una pasa.

–Es Oëd, maestro de maestros y jefe de los kümish.

Guillermo se puso en pie. Sacaba más de una cabeza de altura al anciano.

–Encantado –dijo, tendiendo la mano, retirándola al instante y haciendo una torpe reverencia–. Gracias por curar al Vi... a Elbeim.

El hombrecillo esbozó una sonrisa traviesa, y le hizo gestos para que le siguiera mientras continuaban hablando. Ayudándose de su bastón, pero no en la forma en que lo haría un anciano normal, sino utilizándolo en forma de pértiga, ascendió como un sveri por las piedras.

–El veneno cura al veneno. Y las malas hierbas son difíciles de matar –soltó una risita–. Elbeim me ha informado de vuestras intenciones.

–¿Ah, sí?

–Nosotros no tenemos ejército –continuó el viejo, deteniéndose frente a una roca ovalada, cubierta de musgo y en nada diferente a las que la rodeaban–. Lo que has visto hoy es prácticamente todo. No podemos regalaros soldados. Pero sí podemos hacer que cada uno de los vuestros valga por tres.

El hombrecillo accionó algún mecanismo oculto, y la roca se hizo a un lado. El Viejo Castor alumbró con su bastón la penumbra de la cámara que había tras ella. Un deslumbrante brillo azul cegó a Guillermo al instante. Cuando pudo ver, fue su corazón el que se detuvo. Nunca había visto maravilla tal.

Las paredes del túnel, que se perdían en la distancia, estaban cubiertas de cotas de malla, de yelmos, escudos, espadas y lanzas. Terroríficas y bellas a la vez. Todas brillaban a la luz con aquel extraño resplandor azul.

–Acero kümish –dijo el Viejo Castor–. Solo algunos reyes poseen una o dos piezas fabricadas en él. Y darían la mitad de su reino por poseer alguna más. Este es sin duda el mayor tesoro del mundo.

El anciano miró a Guillermo.

–Es vuestro.

–Gracias –el chico se sentía torpe, no sabía qué decir ni cuál era su papel en aquella situación. Pero el anciano kümish pronto le sacaría de dudas.

A la luz del bastón continuó avanzando por el túnel, y se desvió por otros más estrechos que se cruzaban entre sí, hasta que Guillermo se encontró totalmente perdido. Se detuvo en una cámara pequeña, en la que ni él ni el Viejo Castor podían permanecer de pie. En ella, a diferencia de todas las que habían recorrido, no había objeto metálico alguno. Tan solo unas planchas de piedra sostenidas en alto por sendos pilares. Talladas en ellas y acabadas en un pulido tan fino que brillaba como el mármol, había cuatro espadas.

Cada una era diferente a las demás. Una era curva y larga, como las que usaban los jinetes de Ar-Zahala. Otra era casi recta, con una cruceta muy pequeña, más similar a la que llevaba Tiäm. La tercera era corta, ideal para luchar en lugares intrincados, como los bosques de Liäm. Y la

última... la última...

–¿Me dejarías verla? –dijo el anciano, con una mirada de súplica que sorprendió a Guillermo.

–Claro –dijo, desenvainándola con suavidad. La hoja desprendió un fulgor deslumbrante, que hacía parecer de barro todas las piezas de acero kùnish que habían visto hasta entonces.

Guillermo se la tendió al anciano, sosteniéndola con ambas manos. Oëd la contempló con admiración antes de tomarla en las suyas. Cerró los ojos y la sopesó. Aspiró su aroma. Después la empuñó y trazó una figura en el aire, dejando una estela luminosa suspendida en el vacío. Luego observó la hoja, y las figuras grabadas en ella, tan sutiles que apenas alteraban su brillo. Estudiaba la espada con la reverencia con que habría tratado el libro sagrado de los dones, o el manto blanco de Tanka. Al final, la depositó en el molde de piedra del que había salido hacía incontables años. Encajaba de tal manera que ni un hilo de luz traspasaba la juntura.

–La forjó el maestro Mimmir antes de todos los tiempos, templándola en sangre de mushnur –explicó Oëd–. No solo corta el acero, la piedra o la piel de dragón; el mismísimo Shia-Lun la hechizó para que atravesara cualquier barrera mágica.

Guillermo se sintió ridículo. Ni siquiera se imaginaba lo que tenía entre las manos.

–Quizá... quizá su lugar esté aquí –dijo, señalando la especie de altar en que reposaba la espada. Oëd le miró como si estuviera loco.

–Ni pensarlo. Esta espada solo se hizo con un fin, y será tu forma de pagarnos: –miró directamente a los ojos del chico– matar al Rey Rojo.

Capítulo 15

–¡Al galope! ¡Al galope! ¡Son los ûshnag!

No hacía falta que nadie les animara. La sola visión de la enorme polvareda que se dirigía hacia ellos les hizo espolear a sus monturas como si el mismísimo demonio les estuviera abrasando la nuca. Hasta Jorge, que sudaba de pánico cuando su caballo se ponía al trote, lo azuzaba para que corriera más y más.

El río se dibujaba como una línea brillante que cortaba la llanura. Y sobre él, tan cerca y a la vez tan lejos, un puente de piedra con varios arcos. El único lugar por el que se podía cruzar en cientos de taalas. Hacia él se dirigieron como una flecha. Y también los ûshnag.

“Los caballos de Ar-Zahala son veloces como la arena que vuela delante de la tormenta”. Eran las palabras que resonaban en la mente de Guillermo. Pero, implacables, le llegaban también las de Imring: “El suelo tiembla cuando los ûshnag arrancan”.

El caballo negro ondeaba frenético en el estandarte que habían desplegado por orden del príncipe Adhaam. La cabalgadura de su banderizo era veloz entre las más veloces, y se mantenía en cabeza con la esperanza de que el ejército apostado tras el puente les reconociera a tiempo. Ya estaban a distancia de arco, y pronto lo sabrían.

Hasta ese instante solo habían sido una mancha oscura, una turba que cubría la tierra. Pero entonces Guillermo distinguió los estandartes. Y supo que, lo que había dispuesto en un gigantesco y compacto semicírculo alrededor de la salida del puente eran hombres. Con sus brillantes corazas, con sus lanzas al viento, con sus escudos y espadas. La última resistencia.

Un arco con un rastrillo de hierro cubría la entrada del puente, y otro gemelo la salida, y se podía ver que el color de la piedra con la que habían sido contruidos era mucho más claro que el resto. El rey Wö los había mandado edificar recientemente como último obstáculo al paso del ejército rojo. Una reja de hierro en lugar de un portón de madera, para así poder disparar a quien intentara derribarla.

Y ambos permanecían cerrados.

Guillermo miró por encima de su hombro y le pareció que la polvareda que les perseguía estaba más cerca que antes.

–¡Abrid la puerta, malditos! –oyó gritar a uno de los jinetes que le flanqueaban.

Y, como por arte de magia, la puerta se abrió. Por ella salió un solo jinete, en un caballo robusto de patas cortas, pero que se movían a tal velocidad que casi igualaba a los de Ar-Zahala. El jinete salió a su encuentro. Portaba un estandarte con un dragón; sus colores eran tan brillantes que habrían podido seguirlo en mitad de la niebla. Cincuenta cuerpos delante de ellos, giró sobre sí mismo y se dirigió de nuevo al puente.

–¡Seguidle en fila de a dos! –gritó el Viejo Castor– ¡No os desviéis ni un palmo de sus huellas!

Unos breves toques de trompeta, y la columna se fue estrechando hasta formar una hilera.

–Maldita sea, nos van a pillar –murmuró Guillermo al ver que reducían la velocidad.

El jinete que les guiaba giró hacia la derecha, y poco después a la izquierda, siguiendo un sendero que solo él veía. La columna fue tras él, ralentizando más aún su marcha. Los últimos soldados veían con pavor como la polvareda se acercaba más y más, y ya empezaban a distinguir oscuras figuras al frente. Aun a lomos de sus caballos, sintieron el suelo temblar.

Los ûshnag llegaban.

Eran tantos que había que girar la cabeza para abarcarlos. Sus ojos relucían como ascuas, y de sus bocas espumeantes asomaban unos colmillos largos y amarillentos.

Venían a galope tendido. Los hombres vieron con estupor como los nür-hijks que los montaban bajaban las lanzas. Iban a arrollarles.

Y entonces la tierra se los tragó.

El suelo cedió bajo las patas de los ûshnag, y simplemente desaparecieron. Algunos, muy pocos, tuvieron tiempo de frenar su carrera y dar media vuelta.

–Gracias a todos los dioses, los Laomanes están con nosotros –dijo el Viejo Castor con una sonrisa radiante mientras pasaba debajo del arco del puente.

El rastrillo de hierro descendió con estruendo cuando el último jinete cruzó. Ya no se volvería a abrir.

–Los kûmish enviaron un dugro advirtiéndonos de vuestra llegada –dijo el capitán que les había guiado a través de las trampas en cuanto hubieron desmontado–. Si no, no habríais pasado. Hace dos días que el puente se mantiene cerrado incluso para los granjeros que vienen huyendo.

–Muy prudente –dijo el Viejo Castor–. Así pues ¿no esperáis más ayuda?

El capitán recorrió con la mirada a las tropas dispuestas frente al puente. Infantería regular del ejército de Shamtei-Lo, con corazas a medida y estandartes brillantes. Pero también campesinos pobremente armados con espadas viejas y melladas, o con azadas y picos.

–Esta es la única ayuda que tendremos.

El Viejo Castor asintió. Desmontó con gesto dolorido, pues aunque trataba de no mostrarlo ante los demás, sus heridas todavía estaban lejos de sanar. Con los caballos agotados sujetos por las riendas, fueron atravesando las líneas de soldados. Todos les sonreían con agradecimiento, y algunos inclinaban la cabeza a su paso.

Finalmente llegaron ante una gran tienda de campaña. Los estandartes y los guardias plantados ante su puerta no dejaban lugar a dudas sobre la importancia de sus ocupantes. El Viejo Castor se adelantó, junto con el príncipe Adhaam, e hizo señas a Sevso y a Hêika para que les acompañasen. También buscó con la mirada a Tiäm, Tzoun e Inring y, por último, a Guillermo y a Susana.

Cuando iban a atravesar la puerta de la tienda, un guardia se interpuso en el camino de Tiäm.

–¡Santo y seña, extranjero!

–¡No soy extran...! –saltó Tiäm, al que por alguna razón aquello le hería como si insultaran a su padre. De pronto, reconoció la sonrisa burlona del suboficial que había pronunciado las palabras–. ¡Kïo! ¡Eres tú?

Kïo le tendió los brazos, mientras Kun se le echaba encima intentando lamerle la cara.

–¡Kun, viejo amigo! ¡Pues claro que soy yo! ¿Te has vuelto ciego como un topo?

–Será ese uniforme el que me ha confundido. Creía que solo lo querías para enamorar a las damas, aquí se te va a ensuciar.

–A ellas les gustan los hombres recios y sudorosos, y más si tienen alguna herida que mostrar.

–Intenta que no sea demasiado profunda. Los tullidos no tienen tanto éxito.

–Solo si son guapos como yo –Kïo cambió la sonrisa por un momento–. Te dábamos por muerto, Tiäm. Nadie ha vuelto de Erÿd Ingard. Ni siquiera el príncipe Won-Pëi.

–Won-Pëi fue un cobarde –le espetó Tiäm–, se marchó del campo de batalla cuando ya estábamos frente al enemigo. Se merece lo que le ocurrió. Pero no lo hizo por iniciativa propia. Obedecía órdenes del rey –Kïo le indicó que bajara la voz–. Aquella gente estaba luchando por todos nosotros, y les abandonamos. Ahora su reino es pasto de las llamas, y los monstruos del Rey

Rojo saquean y matan a sus mujeres y niños, como ya están haciendo con los nuestros.

“Como pasó con mi madre”, pensó.

–¿Cómo dices? –respondió Kïo sin salir de su asombro– Aquí se ha contado que Won-Pëi murió como un valiente, defendiendo la fortaleza de Shäm-Atsa hasta la última gota de su sangre. Se han compuesto canciones por él, y tallarán una estatua en su honor para que guarde por siempre el desfiladero.

–El mismo que él perdió.

Kïo guardó silencio.

–Sin embargo, tú has vuelto –dijo al fin.

–No quiero que suceda lo mismo en mi casa –la mirada de Tiäm se encendió–. Los mûrkaghs no atravesarán ese puente.

Kïo asintió, con mirada decidida.

–Entra, te están esperando. Dentro te aguarda otro viejo amigo.

Tiäm se apresuró a seguir al resto de sus compañeros. Bajo la tela de la tienda, la oscuridad que ya comenzaba a caer en el exterior se convertía en negrura. Tuvo que aguardar a que un criado terminase de encender todas las velas y a que sus ojos se acostumbrasen a la falta de luz para distinguir algunas siluetas.

Una de ellas, en el centro, estaba sentada en una silla muy alta. Tanto, que miraba por encima del hombro al resto aunque estos permanecieran de pie. El rey Wö. Tiäm solo inclinó la cabeza lo justo para no dejar de mirarle a la cara. Cuando pudo diferenciar sus rasgos, vio a un anciano con la piel como un pergamino antiguo, arrugada, caída y llena de manchas. Sin embargo, lucía una barba espléndida que le llegaba más allá del ombligo. Y sus ojos permanecían vivos y atentos a todo cuanto le rodeaba. Por un momento, Tiäm creyó que le observaba a él. ¿Conocería su historia? Tiäm sí conocía la suya.

Le flanqueaban varios hombres. Uno de ellos era alto y fornido, con uniforme de oficial de alto rango. “El general Yünggan”, pensó. Era famoso en todo el ejército, por su tamaño y por ser la mano derecha de Wö. Otro era menudo, y lo sería aún más si no mantuviera su espalda recta como una vara. Aquella postura le resultaba familiar.

–Maestro Zü –pronunció, mientras inclinaba la cabeza en una reverencia mucho más profunda.

Le pareció vislumbrar un brillo de emoción en los ojos de su maestro, pero enseguida desapareció y solo respondió con una fría inclinación de cabeza.

El resto de los hombres eran desconocidos para él.

–Bienvenidos, extranjeros –tomó la palabra el rey Wö, con una voz aflautada ante la que nadie, sin embargo, osaría reírse–. Quiero transmitir mi agradecimiento más hondo por acudir a socorrer al reino de Shantei-Lo en estas desgraciadas circunstancias. Ya he enviado un dugro mensajero a vuestro padre, el buen rey Mon-Ra –dijo dirigiéndose al príncipe Adhaam–, para expresarle que nunca podré pagarle la enorme deuda que hoy contraigo con él. El general Yünggan está al mando –aclaró–. Él os indicará vuestra posición en el combate.

El anciano detuvo un momento su discurso para tomar aliento.

–Y, ya que he citado a uno, os presentaré al resto de mis comandantes: Zü, maestro de maestros y mi consejero. Zerleg –dijo señalando a un hombre bajo y robusto, con coraza de cuero y una capa de piel de gladrii–, jefe de los Ülum. Tadinziu –un hombre delgado y pálido, de ojos pequeños y con unas lentes oscuras sujetas sobre la frente–, jefe del pueblo subterráneo de los Laomanes. Y Shia –totalmente calvo y vestido con la misma indumentaria que Tzoun–, que representa a la orden de los monjes soldado de Sheg-Gö.

Una vez cumplidos los preliminares, el rey recorrió con la mirada a todo el grupo mientras se pasaba ansioso la lengua por los labios.

–Recibimos un mensaje de los kümish –continuó–. En él nos decían que entre vosotros venían varios héroes de Erÿd Ingard –Hêika, Imring y Tzoun se irguieron, Tiäm solo cambió el peso de un pie a otro. Ninguno agachó la cabeza–. Mañana mismo serán condecorados delante de todo mi ejército con el broche del dragón.

El rey guardó silencio, quizá esperando alguna reverencia de agradecimiento. “Si cree que con eso puede comprar nuestra lealtad, tiene menos juicio de lo que creía”, pensó Tiäm, mientras el anciano retomaba su discurso, cada vez más molesto.

–El mensaje también decía que acompañaban al grupo varios personajes... ejem... de leyenda– sus ojos se enfrentaron a los del Viejo Castor–. ¿Elbeïm?

El aludido respondió con voz muy calma.

–El mismo. Luché a las órdenes de vuestro padre en la batalla de Hâmu, pero –mantuvo la mirada al rey– no tuve el placer de conocer a su majestad en aquellos tiempos.

Un incómodo silencio se adueñó de la estancia.

–Nunca es tarde –respondió al fin Wö, mientras sus labios dibujaban una sonrisa que no fue acompañada por sus ojos–. Pero... hay alguien más. Un héroe del que hablan mil canciones. El que por sí mismo venció al Rey Rojo en cien batallas. El eternamente joven... Brygger. Hay varios jóvenes aquí, mi tienda casi parece una escuela infantil, pero no sé...

Guillermo sintió como el rubor ascendía hasta sus mejillas. Iba tapado por una capa de viaje de color pardo que, a un gesto del Viejo Castor, cayó al suelo. La luz de las velas se reflejó en su cota de malla despidiendo destellos que bailaron sobre la tela de la tienda. Cada una de sus láminas de acero azul llevaba labrada una flor de invierno, con lo que de pronto pareció que se encontraran en un campo luminoso sembrado de ellas. Hasta el rey contuvo el aliento.

–Así que era cierto –murmuró y, girando la vista hacia Susana–. No me digas que ella es...

–La hechicera –asintió el Viejo Castor.

El rey Wö desplazó la mirada de uno a otro, cada vez más rápido, hasta que cerró los ojos. Cuando los abrió, una nueva llama ardía en ellos.

–Ahora sí podemos vencer esta batalla. El general Yünggan dirigirá la defensa y os asignará los puestos más indicados. Que Tanka os acompañe.

Fueron saliendo de la tienda. El fresco de la noche les hizo conscientes de lo cargado que estaba el ambiente en el interior. Guillermo respiró hondo.

–¿Qué te ha parecido el rey Wö? –preguntó al Viejo Castor en cuanto se reunieron con Jorge y Gemma.

–Es rey más por saber guardar sus espaldas que por sus hazañas o el amor de su pueblo –respondió–. Es muy astuto, y ve peligros por todas partes, no solo el que tiene enfrente.

–¿Qué más peligros existen?

Una sombra de preocupación oscureció el semblante del Viejo Castor antes de responder.

–Nosotros, Guillermo, nosotros.

Capítulo 16

La ceremonia de condecoración de los “héroes de Erÿd Ingard” fue demasiado ostentosa para Guillermo, que observaba entre la multitud. Los gongs y las campanas de bronce resonaban con estruendo, mientras al otro lado del río una sombra que abarcaba todo el horizonte iba avanzando sobre la llanura.

–Lo hace para alentar al resto de sus hombres –se dijo.

Tiäm, Héika, Imring, Tzoun, O-Mîn y Uldîm soportaron con resignación el discurso del rey Wö, que fue repetido por emisarios para que hasta el último soldado lo escuchase. En él ensalzó su valor, su honor y su voluntad de servicio. Si bien en esta ocasión las alabanzas eran justas, habría dado igual que se hubiesen ocultado bajo las piedras durante toda la batalla, pues nadie les preguntó.

Después el propio rey colocó en sus capas un broche rojo con forma de dragón y del tamaño de un puño, que se veía a doscientos pasos. Aunque le repugnaban las manos macilentas que manoseaban su pecho, Tiäm aguantó con la mirada al frente, pensando solo en lo orgulloso que estaría su padre cuando se lo mostrara.

Mientras la ceremonia se daba por concluida y la multitud se dispersaba, el Viejo Castor se dirigió a los cuatro chicos. A Guillermo le pareció que cojeaba. El hombre miró al otro lado del río, evaluando la velocidad con que avanzaba el ejército rojo.

–La batalla comenzará en un par de jornadas, tres a lo sumo. Probablemente al caer la noche. Tenemos mucho que hacer. ¡Jorge!

–¿S... sí? –respondió el muchacho, sorprendido. No parecía el mismo, con la cota de malla kûmish y una pequeña espada colgando del cinto.

–Necesitamos un arma que cubra el puente, capaz de derribar torres de asedio y que dispare a una velocidad que nunca hayan visto.

–¿Un cañón? ¿Una ametralladora? Pero... pero... ¿con qué? ¿cómo?

–Con madera y cuerda, es lo que hay aquí. Los Laomanes te ayudarán, son artesanos muy hábiles. Te presentaré al jefe de Ingenieros.

Susana, tras meditar un instante, preguntó:

–¿Por qué no les trajiste pólvora?

–Esa es una carrera que vale más no empezar. Antes o después se vuelve contra uno. Aunque gracias a ella los hombres vencieran esta guerra, ¿cuánto crees que tardarían en utilizarla para luchar entre ellos, por poder, por unas tierras, por un título? Hasta el Rey Rojo ha estado de acuerdo en eso.

–Tampoco entiendo esta batalla –intervino Gemma–. ¿No habría sido mejor derribar el puente? ¿Qué mejor manera de impedirles pasar?

–Eso sería un error. El ejército rojo tardaría un poco más, pero terminaría encontrando el lugar por donde cruzar, y no sabríamos dónde. Es más fácil defender un lugar estrecho por el que los nûr-hijks tienen que pasar en fila. Además, nos viene muy bien que la atención de todos esté concentrada en un punto.

El Viejo Castor sonrió enigmáticamente. Guillermo lanzó la pregunta, temiendo la respuesta.

–Nos viene bien... ¿para qué?

–Para que Brygger pueda llegar hasta el Rey Rojo y acabar con él.

Aquella noche el viento les llevó un retumbar como de truenos lejanos.

–Tambores –dijo Tiäm–. Malditos tambores.

Hêika asintió en silencio. Aquel sonido acababa metiéndose en el cerebro y sembrando en él el miedo y la duda.

Ellos también jugaban sus bazas. El general Yünggan había ordenado encender centenares de hogueras, mucho más allá de donde se encontraban sus fuerzas, para que estas parecieran mayores.

Los cantos recorrían todo el campamento. Eso ayudaba a no escuchar los tambores, y elevaba la moral de los soldados. La mayoría de ellos nunca había entrado en combate. Por no hablar de los campesinos; los habían situado en la retaguardia, con instrucciones precisas de no estorbar el paso de la caballería en sus rápidas salidas. Poco más se esperaba de ellos: hacer bulto y no estorbar. El general contaba con que casi todos huirían en cuanto el primer mûrkagh hubiese cruzado el puente.

Una voz interrumpió los pensamientos de Tiäm.

–¡Tiäm! ¡Tzoun! ¿De verdad sois vosotros?

Estos levantaron la vista para ver acercarse a un hombretón que llevaba un martillo enorme en las manos. Tardaron un instante en reconocer al herrero de Bangtûr, el amigo de su padre.

–¡Hulgmo! ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está nuestro padre?

El herrero les dio un abrazo de oso antes de contestar.

–Intentó alistarse, pero no le dejaron. Dijeron que era demasiado viejo. Yo estoy aquí como herrero, no como soldado. Aunque llegado el caso... –dijo levantando el pesado martillo. Después señaló con la cabeza el broche de dragón que prendía sus capas–. Así que es cierto, erais vosotros... Ahora sois héroes, y ¿qué es eso? No me digas que...

–Acero kûmish –respondió Tiäm asintiendo con la cabeza y mostrándole su cota de malla. El experto herrero soltó un silbido y sus dedos, como si tuvieran voluntad propia, se estiraron para tocarlo–. Lástima que no haya más montañeses con nosotros –siguió Tiäm–. He traído algo...

El chico se dirigió a una de las alforjas del caballo y sacó un puñado de piezas metálicas con forma de limón, aunque más pequeñas. También desprendían aquel extraño brillo azul.

–Proyectiles para honda. Son capaces de atravesar un yelmo.

El herrero cogió un puñado y lo dejó escapar poco a poco entre sus dedos, maravillado. Después se echó a reír.

–¿Quién ha dicho que no hay más montañeses?

Tiäm detectó movimiento más allá del círculo de luz de la hoguera. Algunas siluetas más se dirigían hacia ellos. Según se iban acercando, reconoció sus caras.

–¡Yuë! ¡Liäng!... ¿Mûshi?... Gäo...

Eran todos jóvenes pastores, como él mismo. Había coincidido con ellos en los montes, en los largos veranos en los que había que trepar a las cumbres para encontrar buenos pastos. Habían compartido noches al raso, provisiones escasas y las notas de una flauta desafinada. Y ahora iban a compartir sangre.

–Soy oficial, pero no tengo compañía –les dijo tras una serie de efusivos abrazos y apretones de mano– O no la tenía. ¿Habéis traído vuestras hondas?

Sevso se alejó hacia la oscuridad. Necesitaba estar solo. “Aunque –pensó– ¿cuándo no lo estoy?”. En cierto modo, se sentía más acompañado allí que en la hoguera, rodeado de extraños.

Levantó la vista al cielo. Millares de estrellas brillaban en lo alto, allá donde mirase. “Aquí se ven más estrellas que en mi hogar”. Pero otra voz dentro de su cerebro contestó al instante: “¿Y cuál es tu hogar? ¿Alguna vez tuviste uno?”. Aquella voz nunca le dejaba en paz. Había días, incluso lunas enteras, en que se había mantenido callada, y Sevso había creído que había muerto para siempre. Pero luego volvía.

–Sí –contestó en voz alta–. Una vez tuve uno. Aunque no duró mucho.

El Rey Rojo le había arrebatado lo único que de verdad alguna vez había poseído. Le llegó el sonido de una risa, una risa dulce como la miel. Una risa que le iluminaba el alma, y le hacía componer canciones alegres como la primavera, para que ella volviera a reír...

–Quizá pronto te vuelva a ver –susurró.

De pronto, el chasquido de una rama le hizo llevar la mano al pomo de la espada. Se giró y vio una silueta conocida.

–O-Mín...

La mujer se acercó con paso dubitativo, como pidiendo permiso. Sevso, a su pesar, sintió que su corazón se aceleraba.

–Estaba... ya sabes... la última noche...

O-Mín le puso un dedo en los labios. Tenía un tacto firme y suave al tiempo.

En silencio, se sentía indefenso. Ella estaba tan cerca que podía escuchar su respiración sobre los tambores y el ulular del viento. Quiso apartarse, pero sus pies no le obedecieron. Miró su rostro y se perdió en el lago de sus ojos, que reflejaban todas las estrellas. Cuando sintió el roce de sus labios, leve como una hoja al caer, abandonó toda resistencia. Se perdió en el calor que desprendía su cuerpo, en su olor a heno dulce. Hacía mucho que no se sentía tan bien...

–No –dijo apartándose bruscamente–. No, no puedo...

O-Mín le miró sin comprender.

–Mi corazón no es mío, O-Mín. Algún día...

Sevso se alejó a grandes zancadas. O-Mín le miró hasta que su figura se fundió con el gris plata de la llanura. Una ráfaga de viento terminó de ocultarle entre la polvareda. Sintió frío.

Los cuatro chicos volvían de las letrinas; el Viejo Castor les había dicho que intentarían dormir, aunque fuera un rato. Pero iba a resultarles muy difícil.

–Una cosa es encontrarte a un mûrkagh sin esperarlo –decía Jorge con la voz entrecortada–, pero saber que te vas a enfrentar a ellos en unas horas... El miedo se me ha metido en los huesos. No puedo ni moverme.

–El Viejo Castor no dejará que corramos peligro. Además, estamos blindados –dijo Gemma, golpeando con los nudillos la coraza de Jorge, que ya no se quitaba en ningún momento.

De pronto Guillermo se detuvo.

–No, no vais a correr ningún peligro. Porque os marcháis.

–¿Cómo dices? –preguntó su hermana, ladeando la cabeza.

El rostro de Guillermo no ofrecía lugar a discusión.

–Esta gente no os necesita, solo quieren a Brygger.

–Los demás no pintamos nada, ¿verdad?

–¿Y la hechicera qué? –intervino Susana.

–Tendrán que pasar sin ella. De todas formas, todavía no estás preparada.

–¿Y tú? –replicó Susana, enfadada– ¿Estás preparado tú?

–¡Qué más da! Podían haber vestido a un maniquí con la capa de Brygger. Basta con que me

vean cabalgar hacia el enemigo, el Viejo Castor se encargará del resto.

–¿Y dónde nos vamos a marchar? –intervino Jorge–. Para llegar a la puerta tendríamos que atravesar dos reinos infestados de mûrkaghs y nûr-hijks.

Para eso no tenía respuesta. Guillermo observó a sus amigos; aunque vestían cotas de malla, corazas y espadas, los tres llevaban todavía el tirachinas colgado del cinto.

–Miraos. No somos más que niños. Deberíamos estar estudiando para cien exámenes absurdos, y aquí nos ves, jugándonos la vida quién sabe dónde. Esto empezó como un juego, una aventura. Pero ahora...

–Ahora es cuando llega la hora de la verdad, Guillermo –dijo Gemma, sorprendiendo a su hermano–. Esta gente necesita nuestra ayuda.

–Confían en nosotros –dijo Susana.

–Y no tenemos otra alternativa –añadió Jorge.

Guillermo respiró hondo.

–¡A los mûrkaghs no se les vence parlotando como un loro, Gemma! Jorge no sabe ni levantar una espada. Y Susana nos puede freír a todos con uno de esos rayos descontrolados. Yo ya no soy Guillermo, aquí soy Brygger *el Joven*, y tengo una misión. Pero esta guerra no tiene nada que ver con vosotros.

Los ojos de Susana desprendían chispas. A pesar de ello, habló muy despacio.

–Tiene más que ver conmigo que contigo, idiota. ¿Sabes quién es mi abuelo?

–¿A qué viene ahora tu...? –Guillermo abrió mucho los ojos– Tu abuelo... ¿es... el Rey Rojo?

Susana guardó silencio. Los demás la miraron como si se hubiera vuelto loca.

–No puede ser...

–¿El padre de tu padre?

–¿Pero cómo...?

La chica tomó fuerzas antes de contestar.

–Mi padre era hijo del Rey Rojo. No murió en un accidente, ni ahogado en el mar. Murió en una batalla como esta. Solo que él luchaba en el otro bando.

–Por eso tú...

–Heredé sus poderes –tragó saliva–. Soy una bruja.

–Oh, vamos –protestó Gemma–. Tú no eres tu abuelo.

–¿Qué culpa tienes tú? –añadió Jorge.

Susana miró a Guillermo, pero este se tomó un tiempo antes de hablar. Y, cuando lo hizo, su tono fue frío como el acero.

–¿Cómo voy a confiar en ti, si ni siquiera eres capaz de contarnos eso? –Susana fue a contestar, pero Guillermo no le dejó. Miró en lo más profundo de sus ojos– ¿Y si vuelves a dejarme tirado?

El muchacho dio media vuelta y se alejó entre las fogatas.

–¡Guillermo! –llamó Gemma, pero este pareció no escucharla.

Susana permaneció en silencio. Su gesto era duro, y su respiración resonaba al atravesar sus fosas nasales. Con la mirada aún clavada en la espalda de Guillermo, se llevó una mano al pecho, y a punto estuvo de arrancarse de un tirón el colgante que allí pendía. Su saquito de la suerte. Pero en el último instante, como obligada, su mano retrocedió.

–Ya no es Guillermo –dijo sin dejar de mirarle–. Ahora es solo Brygger.

Capítulo 17

La oscuridad se extendió por la llanura mucho antes de que el sol cayera. Una nube negra lo cubrió, volviéndolo rojo como la sangre y, al poco, lo hizo desaparecer.

A pesar de los gritos de aliento de sus capitanes, los corazones de los hombres se oscurecieron con él. Y se encogieron cuando, a una señal, un clamor ensordecedor se elevó desde las filas inacabables de nür-hijks y mûrkaghs para llenar el aire de aquel valle.

Sonaron los tambores. Un temblor grave, como si la tierra se fuese a resquebrajar, como el rumor de una avalancha. Pesada, imparable. Ya venían.

Entonces, entre las filas apretadas de los hombres, un bardo entonó el primer verso de una melodía conocida: “La última flecha”. Otras voces se fueron uniendo, al principio dudosas, cada vez más decididas, y las palabras y las notas se fueron extendiendo como una ola hasta que el calor volvió a su pecho y terminaron gritándola enardecidos. Todos sabían que era fruto de la desesperación pero, aun así, escuchar aquellas miles de gargantas unidas en una canción les dio vigor en los miembros. Golpearon los escudos, y no se sabía qué resultaba más escalofriante, si el rugido de los mûrkaghs o aquellas sencillas notas.

–¡Venid, monstruos! ¡Cuanto más seáis, más mataremos!

Las filas de nür-hijks se pusieron en marcha. El comandante de arqueros disparó una flecha, para medir el alcance y el viento. Todos observaron su trayectoria. Cayó a apenas veinte pasos de los pies de sus enemigos.

–¡Arqueros, preparados!

Los nür-hijks levantaron los escudos. Los tambores marcaban el ritmo del avance, lentos, implacables. Sevso miró a Hêika; no sabía por qué, pero habría preferido una carga salvaje en lugar de aquel avance calculado. El general Yünggan había dispuesto a su grupo entre las primeras filas. El ver junto a ellos a los héroes del dragón rojo sin duda elevaría la moral de la tropa. Tiäm se acompañaba además de varios montañeses que, según observó Sevso, le seguirían hasta los confines de la tierra. El Viejo Castor y los chicos habían desaparecido. Ojalá se mantuvieran a salvo.

–Tensad... ¡Disparad!

Cientos de flechas llenaron el cielo, como un enjambre de avispas que se elevara en el aire para después lanzarse en picado sobre su blanco. Cayeron de lleno sobre el primer batallón de nür-hijks, pero estos estaban preparados. De entre sus filas surgió a su vez una nube de flechas. Los lanceros de Shamtei-Lo formaron un techo de escudos para cubrir a los arqueros.

–¡En dos líneas! Primera línea, tensad... ¡Disparad! Segunda línea, tensad... ¡Disparad!

Los arqueros dispararon sin descanso, intentando no dejar lapso para que los nür-hijks pudieran apuntar. No había forma de saber si estaban causando bajas o no, así que al poco el capitán ordenó detener el fuego y aguardar bien cubiertos.

Entonces vieron lo que los nür-hijks ocultaban entre sus filas.

Un enorme carromato cubierto con pieles avanzaba empujado por cientos de manos. Por su parte delantera asomaba la cabeza metálica de una serpiente.

–¡Primera línea, flechas incendiarias, al ariete! ¡Segunda línea, cubridlos disparando a los arqueros! Primera línea, tensad... ¡Disparad!

Decenas de estelas luminosas surcaron el cielo, cada vez más oscuro. Trazaron un arco muy

alto y cayeron sobre el carromato. Varias de ellas se ensartaron en él, pero la piel sin curtir no prendía, y su llama se apagó al instante.

–Primera línea, tensad... ¡Disparad!

Al segundo intento, con la distancia y el viento más medidos, fueron muchas las flechas que se clavaron en la cubierta del ariete. Pero el resultado fue el mismo.

–¡Apuntad a los porteadores!

Llovieron las flechas sobre los que rodeaban el carromato. Muchos cayeron alcanzados, pero eran rápidamente sustituidos. Los hombres veían con impotencia como el ariete, invulnerable, seguía avanzando sin detenerse.

–Dejadme lanzar un ataque relámpago con mi caballería –sugirió el príncipe Adhaam–. Llevaremos antorchas y las arrojaremos dentro del ariete. Estaremos de vuelta antes de que se den cuenta.

El general Yünggan le lanzó una mirada que no permitía discusión.

–Ahora somos la tortuga –dijo–. Si asomamos del caparazón, nos cortarán la cabeza.

Un rugido de triunfo les advirtió de que el ariete había llegado a la puerta. Vieron como la cabeza de serpiente desaparecía, mientras los enormes mûrkaghs del interior lo balanceaban hacia atrás para descargarlo con toda su fuerza. El terrible golpe que siguió hizo temblar los pilares de piedra que sostenían el rastrillo.

Un grupo de arqueros avanzó por el puente, protegidos por escuderos. Los nür-hijks lanzaron sobre ellos centenares de flechas, que hacían saltar chispas al chocar contra la piedra.

Arrodillados, los arqueros de Shamtei-Lo dispararon a su vez sus flechas incendiarias, apuntando al interior del ariete. Un mûrkagh cayó hacia delante, y el siguiente golpe del ariete lo aplastó contra la puerta. Pero ninguna de las flechas alcanzó la madera, y si lo hizo, sus llamas fueron rápidamente sofocadas. El ariete siguió golpeando.

A pesar de lo inútil de su esfuerzo, los arqueros continuaron disparando bajo la lluvia de flechas nür-hijk. Sus escudos les protegían bien, hasta que una flecha rebotó en el suelo de piedra y se clavó en la pierna de uno de los escuderos. Solo bajó el escudo un instante, pero fue suficiente para que otras dos saetas se colaran por el resquicio y alcanzaran a un arquero en el rostro.

El grupo retrocedió por el puente, tras haber agotado sus carcajes. Los golpes del ariete hacían retumbar la piedra, y los gritos de los nür-hijks, ansiosos al verles tan cerca, les taladraban los oídos.

–Van a entrar– dijo Hêika desenvainando la espada.

El general Yünggan hizo una señal. Sonó un cuerno, y la primera fila de lanceros, escudos al frente y arriba, avanzó por el puente. El siguiente obstáculo para los nür-hijks serían sus picas. Si querían atravesarlo, tendrían que pasar por encima de sus cadáveres.

Los golpes del ariete eran cada vez más fuertes. Los largueros de hierro del rastrillo comenzaban a doblarse, y algunas piedras del arco que lo sostenía habían caído al suelo. La única duda era qué cedería primero.

Entonces escucharon un silbido, seguido de un impacto que derribó a varios nür-hijks. Luego otro, y otro. De pronto, uno de los golpes alcanzó el ariete, y la madera crujió al partirse.

–¡Son piedras! –gritó Sevso– Grandes como cabezas.

Los proyectiles caían uno tras otro, con una fuerza terrible y una cadencia tan rápida que apenas dejaba tiempo para reponerse de un impacto cuando ya había llegado el siguiente. Desde el momento en que alcanzaron el ariete, todos los disparos fueron dirigidos a él. Atravesaron la cubierta, dejando grandes huecos y haciendo estragos entre los mûrkaghs que lo manejaban. La

madera saltaba en astillas, hasta que al fin, una piedra destrozó un pilar y el ariete, que estaba sujeto con cadenas a la estructura, se desplomó en el suelo partido por la mitad.

En ese momento, un coro de vítores se alzó desde las filas de los hombres.

–Bien hecho, Jorge –dijo el Viejo Castor.

El muchacho sudaba, más por la tensión que por el esfuerzo, ya que no había hecho otra cosa que dirigir con sus prismáticos los disparos de la catapulta. El jefe de los Laomanes levantó la mano, indicando a sus hombres que cesaran de girar la enorme manivela. Esta era la que accionaba el mecanismo de triple cuchara ideado por Jorge. Una veintena de hombres la servían, bien cargando las piedras, o accionando el disparador, o desplazando el ingenio para apuntar.

–Dejadla donde está –dijo el Viejo Castor–. Si vuelven a intentarlo, les costará muy caro.

Los lanceros se mantuvieron en el puente, formando con sus escudos un techo apretado para cobijarse de las flechas. Volvía a ser el momento de los arqueros.

Parecía que la batalla les daba un respiro, y los hombres redoblaron sus gritos de ánimo.

–¡No pasarán!

–Este se llamará “puente infranqueable”.

–¡Venid, monstruos! ¡Intentadlo otra vez!

Pero el Viejo Castor desconfiaba. Si algo había aprendido en sus años de guerrero, era que el que lleva la iniciativa vence la batalla. Y el Rey Rojo también lo sabía.

–Permaneced atentos. Algo va a pasar.

De pronto, los gritos de los hombres cambiaron de tono. Alaridos de terror surgieron de las filas próximas a la catapulta.

–¡Jorge, atrás! ¡Ve con los otros!

El chico se apresuró a obedecer la orden. No se molestó en desenvainar la espada, que no habría hecho más que estorbarle.

Pronto supieron qué era lo que sucedía.

–¡Jhalgûr! ¡Jhalgûr!

Los lagartos no necesitaban el puente para nada. Eran tan buenos nadadores como caminantes. Brotaban del río como larvas de mosquito, en tal cantidad que el agua parecía hervir.

Eran tan rápidos que podían esquivar las flechas, y en el cuerpo a cuerpo no tenían rival. Rápidamente crearon una brecha en las tropas de Shamtei-Lo. Se dirigían a la catapulta.

–¡Disparad! ¡Disparad! –gritó el Viejo Castor, situándose delante del ingenio– ¡Apuntad al río!

Los hombres se pusieron manos a la obra. Giraron la catapulta sobre su base y la afirmaron. Al poco, el primer disparo lanzó una enorme roca hacia lo alto. Cayó en mitad del río.

–¡Demasiado lejos! –gritó el jefe de ingenieros– ¡Reducid el ángulo!

El segundo proyectil pasó rasante sobre sus cabezas, perdió altura y se llevó por delante a dos lagartos que aún no habían terminado de salir del agua.

–¡Fijad el tiro! ¡Disparad! ¡Disparad!

Los hombres gruñían por el esfuerzo, la manivela giraba a tal velocidad que apenas daba tiempo a cargar. Algunos soldados arrojaron sus escudos al suelo para ayudar a transportar piedras. Estas arrollaban a varios lagartos cada vez, pero eran tantos que apenas se notaba en sus filas.

Pronto llegaron a sus oídos los choques de metal de las espadas, a apenas unos cuerpos de distancia. La muchedumbre no les dejaba ver qué sucedía. El Viejo Castor se mantuvo en pie delante de la catapulta, con el bastón en alto. No podía utilizar una descarga, pues habría alcanzado a muchos hombres.

Cuando apareció el primer lagarto, su bastón se iluminó como el filamento de una bombilla. El jhalgûr atacó al Viejo Castor con su espada, pero esta rebotó en el aire. Un barrido fulgurante a media altura, y el lagarto cayó partido en dos.

Pero había más. La brecha se había ensanchado, y pronto el Viejo Castor se vio rodeado de lagartos. El bastón giraba en el aire dejando estelas luminosas y haciendo estragos entre sus enemigos, que no podían atravesar su coraza invisible. Al poco rato, el suelo se había cubierto de sus cuerpos. Pero los jhalgûr eran muchos. Mientras algunos mantenían ocupado al Viejo Castor, otros se dirigieron a la catapulta. Los hombres que la servían la defendieron con sus hachas y espadas, pero no tardaron en sucumbir. Los lagartos cortaron las cuerdas y destrozaron los mecanismos, y por fin la hicieron arder.

El Viejo Castor se encogió sobre sí mismo, como si se hubiera puesto a rezar, mientras le llovían tajos desde todas las direcciones. Una burbuja de luz le rodeó y, tras unos instantes en que pareció iluminarse cada vez más, se irguió y extendió los brazos hacia atrás. La burbuja explotó, y los jhalgûr salieron despedidos a gran distancia.

El Viejo Castor aprovechó para retroceder hasta la posición de los chicos, mientras la infantería volvía a cerrar momentáneamente la brecha.

—Los jhalgûr son imparables —dijo sin aliento—. Si siguen llegando por el río acabarán con nuestras defensas, aunque el puente aguante.

—¡Arqueros, a los lagartos! ¡Sin descanso!

Los hombres, con las flechas clavadas en el suelo ante ellos para cargar más rápido, vaciaron sus carcajes sobre ellos. Si la infantería no lograba contener a los jhalgûr, pronto llegarían por su espalda y abrirían los rastrillos. Sería el fin.

Allí estaba Sevso. Junto a Hêika, Uldîm y O-Mîn, se preparaba para la llegada de los jhalgûr. Pero algo impedía a Sevso dejar de observar el puente. Atestado de soldados, sobre él reinaba una relativa calma. Los nûr-hijks aguardaban, parecían haber renunciado a derribar la puerta o alzar el rastrillo con palancas, y los lanceros solo se tenían que preocupar por algunas flechas aisladas. Sevso fue recorriendo sus escudos con la mirada.

—¿Todos son soldados del rey Wö? ¿No hay extranjeros?

—Sí los hay —respondió el comandante de arqueros—, aunque no en ese grupo. En el puente están los infantes acorazados de Wö. El orgullo de su ejército —añadió con sorna—. Sus canciones dicen que mean sangre, porque se beben la de sus enemigos muertos. Son tan fuertes que pueden partir con sus manos a un hombre en dos. Duermen con su lanza, y no la abandonan ni en la tumba. Pero en nuestras filas también hay mercenarios de las Ciénagas y Serpientes, tan fieros que duermen con los ojos abiertos por si se los comen sus propios compañeros. Y también de Los Hielos, aquellos vestidos con pieles. Se dice que montan en gladrii, y que les dan de comer sus propios hijos, si nacen débiles.

—¿Has visto algún extranjero solo?

—En los últimos días pasó mucha gente huyendo del ejército rojo. La mayoría venía con sus familias, pero otros iban solos. Y no todos tenían los rasgos propios de Shantei-Lo. Algunos de ellos se unieron a nosotros. Es lo menos que podían hacer.

Sevso dirigió de nuevo su mirada ansiosa al puente. No vio más que una fila de escudos apretados y lanzas hacia lo alto. Pero tenía un mal presentimiento.

Había llegado su hora. El momento de demostrar que lo que había aprendido durante aquellos meses servía para algo. Más aún: que era el miembro más valiente y más poderoso de la Corona Roja. El sucesor.

Conseguir un uniforme de lancero había sido fácil. Con la guardia baja mientras se dirigía a las letrinas, el hombre ni siquiera había gemido cuando le alcanzó el hechizo que detuvo su corazón. Y en aquellos momentos, nadie haría caso a una desaparición. No sería el único que desertara al ver la inmensidad del ejército rojo.

En el puente, de noche y bajo la sombra de los escudos, su rostro permanecía oculto. Era un soldado más entre la muchedumbre. Solo su lanza le podía distinguir. Completamente metálica, ornamentada con los signos de poder y con una hoja tan larga como una pequeña espada. Un lancero le preguntó por ella, observándola con avaricia.

–Un recuerdo de familia –contestó Leo, y su mirada bastó para que el hombre, dos veces más ancho que él, apartara la vista y se alejara sin más.

Había ido avanzando sin problema entre los soldados que ocupaban el puente. Aunque cada uno gritara una bravuconada mayor que el anterior, nadie tenía interés en ocupar las primeras filas. En ese momento se encontraba a escasos pasos del rodillo que recogía la cadena para izar el rastrillo.

–Suficiente –murmuró.

Asentó la lanza en el suelo y comenzó la letanía. Aunque lo hacía en voz muy baja, inaudible para los soldados que lo rodeaban, todos dirigieron una mirada extrañada hacia él. Sintieron tal presión en los oídos que por un instante quedaron sordos.

De pronto, el rodillo comenzó a girar.

La cadena se tensó y, con un chirrido estridente, el rastrillo se elevó un palmo.

Los soldados se miraban entre sí, sin creer lo que veían. Un rugido de triunfo se elevó entre los nür-hijks que aguardaban ansiosos tras la reja metálica. Algunos se tumbaron en el suelo para ser los primeros en atravesarla. Los hombres retrocedieron un paso.

–¡Es él! –gritó uno de los lanceros, señalando a Leo– ¡Él lo está haciendo!

Y, con un gesto furioso, intentó ensartarle con su lanza. Pero esta se clavó en el aire, a unos dedos de distancia del cuerpo de Leo. Lo intentaron una y otra vez, y golpearle, y empujarle, pero era como hacerlo sobre una roca.

Pronto tuvieron otras cosas de las que preocuparse. El rastrillo se elevó un poco más y los primeros nür-hijks, arrastrándose, lo atravesaron y se lanzaron a la carrera hacia sus enemigos. Fueron recibidos con las lanzas al frente, y cayeron al instante. Pero Leo terminó de izar el rastrillo, y la marea roja entró arrolladora en el puente. Era tal la masa de nür-hijks que, aunque las primeras filas yacieran sin vida ensartadas en las lanzas de los hombres o asfixiadas por sus propios compañeros, su empuje hizo retroceder a los lanceros por el puente.

Leo se soltó la coraza y se arrojó al agua, por el lado donde no estaban los jhalgûr. No les podía culpar si, por error, le arrancaban la garganta de un mordisco. Había cumplido su primera misión. Y sabía que el Rey Rojo, desde la abrupta colina que se elevaba en mitad del valle, lo había visto.

–Por Tanka, están en el puente –dijo Hêika.

–Traición y hechicería –dijo Sevso–. Y hemos agotado las flechas. Solo quedan nuestras espadas.

–¡Las piedras no se agotan! –contestó Tiäm, mientras arrojaba una grande como un puño con

su honda más larga. Fue a caer en el enjambre de nür-hijks que ocupaba el puente, y acertó a uno en pleno rostro. Sus compañeros montañeses hacían lo propio.

–Tienen más alcance que mi arco –observó Sevso admirado–. Y en manos de estos chicos son mortíferas.

–¡Dímelo a mí! –dijo Uldîm, golpeándose el pecho con el puño– Todavía me duele la pedrada que me dio el día que le conocimos. Pero se diría que todavía hay más nür-hijks que piedras.

Era cierto. Las filas de nür-hijks ensombrecían el suelo del valle hasta donde alcanzaba la vista. Y los lagartos seguían cruzando el río en manada.

–Solo es cuestión de tiempo –afirmó sombrío Hêika. Empuñó su espada y acarició su filo–. Al fin y al cabo, la vida es cuestión de tiempo. Este es un lugar glorioso para morir, seguiremos vivos en la memoria del último hombre.

Sevso permaneció en silencio. Él debía cumplir una misión antes de eso. Observó de refilón a O-Mîn, que apartó rápidamente la mirada. Sin saber por qué, una punzada de dolor atravesó su corazón. Una parte de su mente quería reconciliarse con ella y acudir a su lado, pero otra le decía que, en aquellas circunstancias, era mejor así.

Y pronto tendrían temas más urgentes de los que preocuparse.

Un nuevo clamor se elevó desde el puente. Los mûrkaghs habían tomado el relevo del ataque, y destrozaban escudos y segaban miembros con sus guadañas. Los famosos infantes acorazados de Wö parecían alfeñiques frente a ellos. El río se llenaba de cuerpos de soldados que iban cayendo por ambos lados de la baranda. Estaban tomando el puente. Solo una columna de mercenarios de unos doscientos hombres se interponía ya entre ellos y el grupo de Sevso.

Sin embargo, los choques de metal contra metal y los gritos de dolor sonaron más fuertes desde el flanco derecho, muy cerca. Eran los jhalgûr; habían llegado primero.

–Que Tanka os acompañe –dijo Hêika, levantando el escudo, y todos lo repitieron–. Nos veremos en sus verdes praderas.

El primero apareció moviéndose como un relámpago, manejando su espada y su pequeño escudo a una velocidad vertiginosa. Hêika le lanzó una estocada, que detuvo con facilidad. Pero Uldîm, más bajo, aprovechó la distracción y le dio un tajo en la pierna que le derribó al suelo. Incluso allí era peligroso, y tuvo problemas para rematarlo.

Sevso no había desenvainado aún. Imring y él habían reservado varias flechas de punta de acero kûmish para ese instante. A pesar de la escasa distancia, necesitaban que los lagartos estuvieran distraídos para que no les diera tiempo a esquivarlas. Sevso vio uno enorme que se dirigía a O-Mîn, y lo puso fuera de combate con un flechazo que atravesó su cota de malla como si fuera de papel. Con movimientos fríos cargaron, eligieron sus blancos y dispararon hasta que echaron mano a sus carcajes y no encontraron ninguna flecha más. Entonces se colgaron el arco y desenvainaron las espadas. Sevso se lanzó al ataque y, sin saber muy bien cómo, acabó espalda con espalda con O-Mîn. Ella no se apartó. A pesar de todo, ambos sabían que era el mejor lugar para morir.

Sus armas kûmish les daban ventaja pues, aunque los jhalgûr detenían sus golpes, estos eran capaces de traspasar sus escudos y partir en dos sus espadas. Tiâm y sus amigos disparaban con sus hondas los proyectiles kûmish que aquel había traído, que a tan corta distancia atravesaban los yelmos. Y, durante unos instantes, los lagartos vieron frenado su avance.

Pero fue solo una ilusión.

Los jhalgûr reponían sus tropas al instante, pues continuaban atravesando el río impunemente. Habían destrozado las líneas de Shamtei-Lo por los flancos, y Sevso y sus amigos pronto quedaron aislados en mitad de una muchedumbre de lagartos que les atacaba desde todas las

direcciones. El acero azul centelleaba en tajos mortales, pero los enemigos eran inacabables, y sus fuerzas se estaban agotando.

Entonces un sonido nuevo llenó el aire.

Cuernos. Grandes como la pierna de un hombre y retorcidos como caracolas. Su sonido grave retumbaba por encima incluso del fragor de la lucha. Pero ¿de dónde procedían? Parecían venir del río, así que solo podían ser más fuerzas del Rey Rojo. Los ánimos de los hombres flaquearon. Era el fin.

Pero los vítores que les llegaron desde la orilla decían otra cosa: ¡refuerzos! ¿Quién descendía por el río en barcazas atestadas de arqueros, disparando miríadas de flechas sobre los jhalgûr? Sevso tuvo un presentimiento.

–Abhad.

Y se puso a gritar.

–¡Häile! ¡Häile viene en nuestra ayuda! ¡Häile a la lucha!

Aquello les dio nuevas fuerzas. Tiäm, con Kun a su lado y rodeado de montañeses, se abalanzó sobre los lagartos, que ahora estaban entre dos fuegos. Las barcazas arrastraban redes que les impedían cruzar el río y, cuando emergían para respirar, les esperaban las flechas de sus arqueros.

Hêika y sus hombres secundaron a Tiäm. Y detrás, el resto de los hombres de Shamtei-Lo.

–¡Sigamos al dragón rojo! ¡El dragón rojo nos guiará hasta la victoria!

En ese momento cargó la caballería.

Tiäm vio el estandarte de los Ülum pasar como una flecha junto a él e internarse profundamente entre las filas de jhalgûr. Zerleg iba en cabeza, con la lanza baja ensartando enemigos. Los lagartos, emparedados entre las fuerzas de Shamtei-Lo, no encontraron espacio para esquivarlos y fueron arrollados por sus cascos. Algunos se arrojaron al río, donde les esperaban las barcazas de Häile.

–Es el momento de tomar la iniciativa –dijo el Viejo Castor, bajándose la capucha de forma que su rostro quedase oculto. Los demás del grupo le imitaron. El príncipe Adhaam y varios de sus hombres formaban parte de él.

Guillermo se ajustó bien la capa negra, de forma que en ningún momento asomara el color blanco de Brygger. Miró a Susana. Ella había insistido en formar parte de la misión aunque, según pensaba Guillermo, no era necesario. Para él sería una preocupación más.

–Cabezota –murmuró.

–¡Vamos, atad las barcazas! ¡Rápido, rápido!

La maniobra, guiada por los marinos de Häile, se realizó con una precisión impecable. Las barcazas que se encontraban más cerca del puente echaron el ancla, y las que estaban río arriba se dejaron deslizar por la corriente hasta quedar todas borda con borda, perpendiculares a ella, formando un ancho puente flotante.

Fue el turno de la caballería de Ar-Zahala. Los cascos de sus caballos resonaban de forma monstruosa sobre la madera de las cubiertas mientras los arqueros de Häile, apostados sobre ellas, limpiaban de enemigos la salida. Los nür-hijks, que no esperaban el ataque, huyeron en desbandada. Incluso algunos ûshnag que salieron a su encuentro tuvieron que volver grupas y

escapar ante el empuje arrollador de los jinetes. Los nür-hijks de a pie los maldecían al verlos pasar hacia la retaguardia y dejando sus espaldas a merced de los jinetes humanos. Los ûshnag iban tan asustados que no se detuvieron hasta llegar al pie de la Atalaya, la colina donde se apostaba el mismísimo Rey Rojo.

–Mostradles nuestra sorpresa –pronunció este con voz temblorosa de ira, pues no había previsto el contraataque–. Si los nür-hijks no son capaces de detener a los hombres, su propio corazón lo hará.

El comandante de Ar-Zahala se maravillaba de encontrar a sus enemigos huyendo, no había forma más sencilla de acabar con ellos. Pero Yünggan le había encomendado una misión muy concreta. Debía entrar como una lanza entre las fuerzas del ejército rojo hasta la misma puerta del puente, para cortar sus refuerzos y que la infantería de Shamtei-Lo pudiera volver a tomarlo. Una vez bajaran el rastrillo, se replegarían y cruzarían el río de nuevo por las barcazas. Todo debía ocurrir rápido, pues el puente flotante era un peligro enorme, y había que retirarlo lo antes posible.

–¡Sifh! ¡Sifh! ¡Caatga hreiiis! (“¡A las espadas! ¡Cortad cabezas!”)

Sus hombres desenvainaron los largos alfanjes de acero azul y se lanzaron a galope tendido en dirección al puente. Allí la lucha sería sin duda más encarnizada. Su hoja tenía sed de sangre, y no se arredró cuando divisó la primera fila que se mantenía a pie firme frente a él. Espoleó a su caballo para arrollarlos. Pero, cuando se encontraba a solo unos cuerpos de distancia tuvo que tirar de las riendas con todas sus fuerzas para detenerlo. No eran nür-hijks lo que tenía enfrente.

Eran mujeres. Y niños.

Abhad, con su hacha en la mano, observaba la situación desde el puente de la primera barcaza. Los jinetes de Ar-Zahala volvían grupas, cargando a lomos de sus caballos a cuantos rehenes podían. Pero el Rey Rojo no había permanecido quieto. Los batallones de nür-hijks de la retaguardia avanzaban a marchas forzadas, amenazando con cortarles el paso. Traían arqueros, y las primeras flechas cayeron sobre las barcazas. Algunas de ellas venían envueltas en sebo ardiendo.

–¡Apagad las llamas! ¡Preparad la pasarela! –gritó Abhad.

Un peligro más se precipitaba sobre los jinetes, en retirada y con los caballos sobrecargados. El Rey Rojo había ordenado al resto de los ûshnag cargar contra ellos. Abhad contempló sobrecogido como las enormes bestias pasaban del trote al galope, mientras sus jinetes bajaban las largas lanzas negras.

–Era una trampa... ¡Arqueros, limpiadles el camino!

Pero, mientras gritaba órdenes para intentar salvar a sus amigos, se dirigió con su hacha a las amarras que sujetaban las barcazas. Si no lo conseguían, tendría que cortarlas.

El comandante de Ar-Zahala, con dos niños y una mujer en la grupa, galopaba entre las flechas de los nür-hijks. Había envainado la espada y solo se concentraba en controlar su caballo, lanzado a toda velocidad. Aun así escuchaba el estruendo de los cascos de los ûshnag que venían

hacia ellos. Dos nür-hijks intentaron detenerle con sus lanzas. Los arrolló protegiendo a los niños con los brazos, aunque el caballo recibió una herida en el cuello. La primera barcaza estaba cerca. Vio a sus hombres maniobrar para echar la pasarela al agua, mientras recibían una lluvia de flechas nür-hijks. Su mástil estaba ardiendo.

–Vamos... –mordió las palabras mientras espoleaba por última vez a su caballo.

El agua le salpicó los ojos al entrar al río, y pronto el sonido de la madera bajo sus cascos le hizo dar un grito de triunfo.

Pero las cosas no iban igual de bien para sus compañeros. Echó una rápida mirada atrás y vio que solo unos pocos iban a su altura. La mayoría estaban dispersos, intentando avanzar entre la marabunta, y algunos ya habían recibido el envite de los ûshmag. Dejó a la mujer y a los niños al otro lado del río e intentó volver a cruzar, pero era un estorbo más que una ayuda para los jinetes que llegaban cabalgando sobre el puente de barcazas. Así pues, tras tomar el arco y las flechas, se despidió de su caballo dándole una fuerte palmada en el flanco.

–¡Corre, Rama Verde! Vive si puedes.

–¡Maldita sea, disparad! ¡Disparad!

Tidareo hacía cantar su arco de tñie negro, un regalo seguramente tan caro como cualquiera de sus barcos. Lo había descolgado de la pared de sus aposentos pensando que por fin iba a dejar de acumular polvo. Y tenía razón. Su carcaj estaba a punto de agotarse.

–¡He tenido buenos maestros de armas, uno puede hacerse rico, pero si quiere mantener su fortuna entre lobos y traidores, tiene que ser además el más fuerte!

Abhad atravesó el puente hasta llegar a él entre una lluvia de flechas ardiendo.

–¡Tidareo, hay que cortar las amarras! Nuestra incursión ha fracasado y, por salvar a unos pocos, conseguiremos que mueran todos.

Tidareo, pasándose el brazo por la frente sudorosa, evaluó la situación. Todavía quedaban jinetes de Ar-Zahala en campo enemigo, luchando por abrirse paso, pero solo un puñado lo lograrían. Y los ûshmag venían tras ellos al galope. En unos instantes llegarían a la pasarela.

–Tienes razón. ¡Cortad las amarras! ¡Retirad la pasarela!

Varios hombres se aprestaron a desenclavar la plancha de madera, pero las flechas nür-hijk les alcanzaron de lleno. A uno le atravesaron el brazo, otros tuvieron peor suerte. La pasarela cayó al agua.

Abhad en persona se dirigió a la borda opuesta hacha en ristre. De un golpe cortó una de las amarras, y vio como otros hombres hacían lo propio con el resto. Pero la barcaza no se movió.

–¿Qué ocurre, maldita sea?

–¡Mirad! ¡Hay varios cabos atravesados en el río, por proa!

Abhad se abalanzó sobre la proa de la barcaza. Bajo la superficie, a escasa profundidad, se vislumbraban gruesos cabos que trababan la quilla y les impedían avanzar. Los jhalgûr se la habían jugado. Y sin duda aguardaban bajo el agua a los que se arrojaran a ella tratando de cortarlos.

–¡Atrás! ¡Atrás! ¡Retirada! –gritó, mientras destrozaba de un hachazo una tinaja de brea y le prendía fuego.

Los hombres saltaron a la siguiente barcaza. Tidareo ayudó a Abhad a volcar la última tinaja antes de saltar a su vez.

Se aprestaron tras la borda, con las armas en ristre. Una inmensa barrera de fuego se interponía entre ellos y el campo de batalla y les impedía ver lo que allí ocurría. Los soldados se

miraban entre sí, en un tenso silencio.

De pronto, un enorme ûshnag emergió entre las llamas.

–¡Están cruzando! ¡Los ûshnag están cruzando!

Tiäm se colgó su jabalina al hombro y gritó mientras arrebatava una pica a un cadáver.

–¡Coged lanzas! Hay que taponar la brecha.

Sevso, Hêika y los demás le siguieron. Y también una buena porción de soldados que habían perdido a sus oficiales. Se apostaron frente a las barcazas con las picas al frente apoyadas en el suelo.

–Por aquí no pasarán. ¡Montañeses, las hondas!

Sus compañeros aprestaron las hondas largas con piedras de buen tamaño. Los primeros ûshnag ya llegaban.

–¡Disparad!

Las piedras zumbaron al pasar junto a sus cabezas. Dos jinetes nür-hijk fueron desmontados.

–¡Disparad, disparad! ¡Picas firmes!

El choque fue terrible. Las lanzas apuntaban al vientre desprotegido de los ûshnag. Las bestias venían con tal empuje que las picas les atravesaban de parte a parte antes de saltar en pedazos. Los nür-hijks cayeron entre las espadas de los hombres de Shantei-Lo.

–Bien hecho –les animó Tiäm cuando todo hubo terminado.

Habían resistido el primer embate, pero sus defensas no resistirían un segundo, pues muchas de las picas habían quedado destrozadas. La siguiente oleada de ûshnag se dirigía hacia ellos. Y detrás...

–Mûrkaghs –escuchó a Hêika murmurar junto a él.

Tiäm no se detuvo a pensar.

–¡Repartid las picas que queden! ¡Quiero una cada dos pasos! ¡Hondas, a los jinetes!

El segundo choque fue desigual. Aunque no serían más de una treintena, las pocas picas que quedaban no lograron detener a las monturas acorazadas, que pisotearon a sus portadores.

Uldîm, con ambas piernas bien apoyadas en el suelo, esquivó la lanza de un jinete nür-hijk y dejó que el ûshnag pasara como un bólido a su lado. Justo antes de que lo superara, lanzó un tajo a sus patas traseras. El ûshnag cayó varios cuerpos más allá, y el jinete salió despedido.

Hêika y Sevso atacaron a la par. Hêika, armado con un escudo gigantesco que había pertenecido a un infante acorazado, se situó en el lado de la lanza. El jinete la ensartó profundamente en el escudo y Hêika no opuso resistencia, sino que se dejó empujar al suelo mientras utilizaba su propia lanza para desmontar al jinete. Sevso hizo su parte y acabó con el ûshnag de un tajo.

O-Mîn aprovechó su agilidad para engancharse a las riendas de un ûshnag rezagado y derribar a su jinete de una patada.

Tiäm y los montañeses siguieron hostigándoles con sus hondas, e Imring con su arco y las flechas que había ido recogiendo, hasta que el último ûshnag cayó. Los habían detenido, pero sus filas habían quedado destrozadas. Un griterío ronco les advirtió de que los mûrkaghs ya llegaban.

–¡Agrupaos! ¡A las espadas! –gritó Tiäm, arrojando su jabalina al más cercano.

–¡Por el dragón rojo! –contestaron docenas de voces.

Los mûrkaghs eran tan fuertes que de un solo barrido de sus guadañas podían acabar con varios hombres. Pero, como el maestro Zü le había enseñado, eran armas pesadas, y necesitaban cierta distancia para ser letales.

–¡Cuerpo a cuerpo! ¡Acercaos a ellos!

Tiäm se apartó del primer golpe y aprovechó el desequilibrio del mûrkagh para lanzar un tajo a la altura del cuello. El acero kûmish atravesó la cota de malla como si fuera manteca, y el mûrkagh cayó descabezado.

Pero, antes de que su yelmo hubiera tocado el suelo, otro mûrkagh le atacó. Si no hubiera sido por Hêika, habría sido la cabeza de Tiäm la que rodara en esa ocasión. Eran muchos. Demasiados. Sus corazas eran gruesas, y no todos sus hombres tenían acero kûmish.

Vio a uno de sus montañeses fallar la estocada y caer entre las fauces de un mûrkagh. Sus colmillos eran tan letales como sus guadañas. Otro soldado intentó detener un golpe con su escudo; se quedó perplejo al verlo en el suelo, partido por la mitad y todavía enganchado a su brazo.

–Por Tanka, nos están superando –murmuró Tiäm entre dientes mientras una gran hoja pasaba silbando junto a su oído.

Iba a ordenar retirada cuando un sonido vibrante se elevó sobre el fragor de la lucha.

Trompetas.

Solo un cuerpo del ejército las utilizaba: la guardia de Yünggan. Venían a la carrera, lanzas y escudos al frente. Eran la élite de la élite, seleccionados entre los mejores y entrenados en la más dura disciplina. Se degollarían con su propia espada si su general se lo ordenase. Tiäm distinguió una figura enorme que venía entre ellos. El propio Yünggan había desmontado y luchaba codo con codo con sus hombres. Había que reconocer que era un gran líder.

Hêika, al borde del agotamiento, esbozó una sonrisa de alivio al ver llegar las lanzas de Yünggan. Pero la sonrisa se le congeló en los labios cuando una de ellas le ensartó por el vientre.

Los nûr-hijks desmontaron de sus ûshnag. Quizá no estuvieran huyendo de los jinetes de Ar-Zahala, sino portando algún mensaje para el Rey Rojo. Iban encapuchados, y tenían prisa. Ascendieron la colina por su lado más suave, los otros eran tan abruptos que un sveri se habría despeñado por ellos.

El Rey Rojo ocupaba una silla alta al borde del barranco, desde donde dominaba todo el campo de batalla. Seis figuras de negro le rodeaban.

Los nûr-hijks no anunciaron su llegada. Una racha de viento apartó la capucha de uno de ellos, que se apresuró a recolocarla.

No era un nûr-hijk.

Era el rostro de un hombre, de tez oscura como la noche. El príncipe Adhaam.

El que iba al frente hizo una seña con su bastón para que se detuvieran. El aire parecía haberse hecho más pesado a medida que se acercaban a los encapuchados. A aquella distancia aturdía sus oídos, como si vibrara en una frecuencia tan grave que resultaba inaudible. Les frenaba cuando intentaban avanzar un pie, y tenían que esforzarse para respirar. Se encontraban a apenas veinte pasos del Rey Rojo, pero no podían llegar a él. Habían sido tan ilusos que creían que la Corona Roja no habría dispuesto ninguna defensa a su alrededor. Y en cualquier momento les verían.

Guillermo echó mano a la empuñadura de su espada, intentando encontrar valor para cumplir su misión. Throon estaba hecha para atravesar cualquier barrera mágica. Si los demás no se atrevían, Brygger lo haría.

Desenvainó la espada. Su filo se iluminó como un ascua azul, y Guillermo hendió el aire frente a él. Funcionaba, la barrera se había rasgado; podía avanzar sin oposición. Iba a lanzarse

hacia el Rey Rojo, pero supo que algo iba mal al ver la expresión del Viejo Castor.

Las espadas, lanzas y bastones de los seis encapuchados se inflamaron en rojo. Giraron el rostro hacia ellos.

El Viejo Castor alzó su bastón y gritó un conjuro. Un rayo plateado surgió de él y voló hacia la espalda del Rey Rojo, pero estalló en el aire un poco antes de tocarle. Los seis encapuchados se lanzaron hacia ellos. Sus armas refulgían.

El primero hizo un gesto con su espada y su hoja pareció alargarse, cortando el aire en un gran tajo de luz. Algunos de los hombres se arrojaron al suelo a tiempo. Otros confiaron en sus escudos, que se partieron como la mantequilla ante un cuchillo caliente.

El segundo encapuchado tomó un puñado de tierra y lo arrojó con fuerza hacia ellos. Durante el vuelo, cada grano se convirtió en un proyectil incandescente, que atravesaba las corazas y estallaba contra el suelo.

–¡Ah! –gritó uno de los hombres cuando un impacto cercano le cegó. Otro de ellos, con un gesto torpe, se abalanzó sobre él y le empujó a tierra.

Guillermo les miró fijamente. Reconocería esa voz y esos gestos en cualquier parte.

–Gemma... Jorge...

Sus amigos habían ido tras él, a pesar de sus instrucciones. Y ahora estaban en peligro.

–Maldita sea. ¡Susana, protégeles!

La chica corrió hacia ellos, clavó su bastón en el suelo y comenzó a recitar un conjuro. Una burbuja luminosa les rodeó, cubriendo a los chicos y a algunos hombres que se encontraban cerca. Los impactos de la Corona Roja creaban grietas al incrustarse en la barrera, como si estuviera hecha de cristal. Susana mantenía los ojos fijos en un punto y murmuraba frases ininteligibles, tan concentrada que una gota de sudor cayó por su frente.

El Viejo Castor pasó al ataque. Guillermo se admiró al verle luchar, parecía haberse olvidado de sus heridas, y se movía a una velocidad inimaginable en un anciano. Su bastón refulgía y barría el aire en tajos certeros, que los encapuchados se veían obligados a detener con sus armas mágicas. De vez en cuando, un pedazo de bastón parecía desprenderse y se convertía en una esfera luminosa que volaba rauda hacia sus objetivos. Pronto la Corona Roja tuvo que olvidarse del resto para defenderse de sus ataques.

Recibió una miríada de descargas, pero las esquivaba con agilidad o las detenía con su bastón. Al poco, uno de los encapuchados cayó alcanzado por un impacto atroz. Quedó tendido en el suelo, con el rostro descubierto.

–El señor Julián –murmuró Guillermo arrojándose a su vez al suelo. Aún le costaba asimilar que aquellos brujos llevaban años viviendo en Piedras Verdes, como vecinos del pueblo. No pudo evitar recordar al hombre tras el mostrador de su tienda, siempre amable. Y siempre al acecho. ¿Quién sería el siguiente?

Pronto lo supo. Aunque la descarga le había chamuscado parte del cabello y el rostro, reconoció a Jacobo, el dueño de la vaquería donde a menudo le enviaba su abuela a comprar leche. ¿Cuántas veces habría pensado en acabar con él al verle?

La siguiente fue una mujer. Guillermo había entregado varios pedidos con Susana en el alojamiento rural que regentaba. Esperanza, se llamaba. ¿Cómo iban a imaginar sus huéspedes que, cuando la Corona Roja necesitaba un alma para hacer germinar el Aranthil, ellos eran las primeras opciones?

Solo quedaban tres encapuchados. El Viejo Castor los superaba en poder y velocidad aunque, le pareció a Guillermo, sus movimientos no eran tan rápidos como al principio. Se estaba cansando.

En esto, uno de ellos cambió de táctica. Hizo una pirueta para esquivar una descarga del Viejo Castor y se abalanzó sobre Susana. Con un grito, clavó su lanza en la burbuja luminosa, que durante el transcurso de la batalla se había resquebrajado y perdido parte de su brillo. La burbuja saltó en pedazos.

Susana cayó de rodillas y alzó la mano, como pidiendo clemencia. Su rostro estaba pálido. El encapuchado se detuvo un instante.

–Otra vez nos enfrentamos, hermanita.

El cuerpo de Hêika enseguida fue ocultado por la muchedumbre.

–¡Aaarrggghhhh! –gritó Uldîm. Tiâm le vio intentando avanzar hacia Hêika, cuando de pronto dobló las rodillas. Un hilo de sangre goteó de su boca, hasta caer en la enorme insignia del dragón rojo que sujetaba su capa.

Tiâm miró la suya. De pronto comprendió ¡Yünggan estaba acabando con ellos! Aprovechando la confusión de la batalla, el rey Wö se estaba librando de los que conocían su traición.

–¡O-Mîn! ¡Imring! –gritó entre el fragor del acero. Estaban demasiado lejos.

O-Mîn luchaba con ambas manos. En una la espada y en otra el puñal largo, asestaba golpes que iban derribando un mûrkagh tras otro. Pero se estaba agotando. Imring tuvo que ayudarla con sus flechas en varias ocasiones. Cuando vieron llegar los refuerzos, suspiraron aliviados.

Se apartaron de su camino para evitar las lanzas y recuperar el resuello. O-Mîn bajó la espada. Su mirada se cruzó con la de uno de los hombres de Yünggan, que desvió su trayectoria hacia ella. O-Mîn no entendió hasta que fue demasiado tarde.

Entonces apareció Sevso. De un tajo cortó el asta de la lanza y con el cuerpo derribó al soldado. Imring terminó el trabajo, aunque no acababa de entender.

–Van a por los hombres del dragón rojo –dijo Sevso, poniéndose en pie–. Han matado a Hêika y a Uldîm.

–¡Atrás! ¡Atrás! –escucharon gritos desde las primeras filas.

Un mûrkagh gigantesco con dos martillos que pesaban como diez hombres estaba destrozando las filas de Yünggan.

–Escapemos –dijo Sevso.

Tiâm, mientras tanto, giraba sobre sí mismo con la espada en alto. No sabía quién le atacaría primero. De pronto, entre las filas de Shantei-Lo vio aparecer una silueta enorme. Era Yünggan. Kun enseñó los dientes.

–Así que tú también eres un traidor –escupió Tiâm.

–No puede haber un dragón con dos cabezas –respondió el general avanzando a grandes zancadas–. Acabarían devorándose entre sí.

Kun saltó hacia él, pero un golpe seco del guantelete metálico de Yünggan le hizo rodar a un lado. Tiâm retrocedió. La espada de Yünggan despedía el mismo fulgor azul que la suya, pero era el doble de grande.

Yünggan solo tuvo que lanzar un golpe. Tiâm lo desvió a duras penas con su filo, pero al hacerlo perdió la espada y casi un brazo. Yünggan se permitió una sonrisa antes del golpe definitivo.

–Este dragón tiene la carne demasiado tierna.

Yünggan dio un paso al frente para descargar el golpe con más fuerza. Su espada descendió como un relámpago, y Tiâm pensó si llegaría a sentirla antes de morir.

Pero la hoja pasó a su lado sin rozarle. Un golpe la había desviado en el aire.

–La mía es más correosa –dijo una voz.

Tiäm levantó la vista y vio a un hombre menudo, erguido como una caña, que se había interpuesto entre Yünggan y él. Aunque solo llevaba en las manos un palo de madera, su expresión era de acero.

–Maestro Zü...

–¿Qué haces? –ladró Yünggan– Son órdenes del rey.

El rostro de Zü permaneció impassible.

–Un rey con tanto miedo no es mi rey.

–Un soldado obedece –repuso Yünggan, volviéndose a colocar en posición de ataque.

–Un hombre pregunta a su alma –contestó Zü.

Yünggan lanzó un sablazo. La hoja silbó en el aire, sin encontrar blanco alguno. Zü la había esquivado sin apenas moverse. Yünggan giró la espada para enlazar un ataque lateral, pero Zü deslizó su palo por la hoja, guiándola hacia el suelo. Ni una muesca se marcó en la madera. Yünggan se recuperó rápidamente, pero esta vez no se precipitó en su ataque. Tenía que cambiar de táctica. Zü se mantenía entre él y Tiäm, acompasando sus movimientos a los de Yünggan, cambiando el peso de un pie a otro sin desplazarse más allá de un paso, como en una danza.

Yünggan movía la espada en el aire, buscando un hueco, fintando para engañar a Zü. Pero este no parecía reaccionar. Continuaba con su danza, a un lado, al otro, adelante, atrás.

De pronto, Yünggan se agachó y lanzó un tajo hacia las piernas de Zü. Este lo detuvo de nuevo con el palo, apoyándolo en el lado sin filo de la espada. Yünggan retrocedió, pero volvió a avanzar rápidamente, y esta vez soltó lo que había cogido al agacharse: un puñado de tierra hacia los ojos del anciano. Al mismo tiempo lanzó otro golpe lateral.

Una línea roja cruzó la camisa de Zü. Pero, aun cegado, supo calcular la trayectoria de Yünggan y lanzó un golpe con el extremo del palo. Yünggan se llevó una mano a la nuez, y sus ojos se abrieron desorbitados, mientras trataba de que el aire llegara a sus pulmones. Su rostro se volvió rojo y, un poco más tarde, azul. Por fin se desplomó, asfixiado.

Tiäm acudió al lado de Zü.

–¡Maestro! Deje que vea la herida.

Zü sujetó su mano y se tendió en el suelo.

–No, Tiäm. He sentido como se abría mi carne. La espada de Yünggan no hace heridas superficiales. Es el fin.

–Maestro, yo...

–Deja que descance, Tiäm. ¿Puedo tomar tu mano? Será agradable sentir el tacto de la vida mientras la mía me abandona.

Tiäm apretó su mano con fuerza. El anciano cerró los ojos, y empezó a cantar. Tiäm creyó reconocer una vieja canción infantil. Su voz fue perdiendo volumen, hasta que por fin calló. Tiäm, que había llegado a odiar al hombre, notó una lágrima deslizándose por su nariz.

–Gracias.

–Leo... estabas aquí.

–Donde debías estar tú. Por una vez, te he superado –dijo él, empuñando la lanza. Un rápido giro y la apuntó hacia ella, muy cerca de su garganta.

–¡Eso crees tú! –se escuchó la voz de Gemma, y el impacto de una piedra en la mano casi le hizo soltar su arma.

–Maldita niñata. Tú serás la primera –el dolor de la mano solo había conseguido enfurecerle más. Levantó la lanza y un rayo brotó de su punta.

Pero el bastón de Susana desvió la trayectoria. Se había vuelto a poner en pie.

–Déjales. Es a mí a quien quieres. ¡Gemma, aléjate!

La niña salió corriendo, intentando poner tierra de por medio. Susana miró de reojo la silla donde se sentaba el Rey Rojo, y se dio cuenta de que estaba vacía.

De pronto, una sombra roja se materializó delante de Gemma.

–Hola, querida –dijo una voz chillona detrás de la máscara.

Gemma intentó alejarse, pero los pies no le respondían. Era como si la hubieran atado al suelo.

–¡Gemma! –gritó Guillermo, saliendo de su escondite. La capa blanca con la flor plateada ondeó tras él.

–A ti era a quien quería ver –murmuró el Rey Rojo.

Hizo un pequeño gesto con la mano, y un crujido se elevó del suelo. Grandes porciones de tierra y rocas se desprendieron y flotaron alrededor de los tres. Otro gesto y se pusieron a girar, al principio lentamente, después a toda velocidad, como si se encontraran en el ojo de un tornado.

–¡No! –exclamó Susana, temiendo lo peor. Pero no podía ayudarles.

Leo sonrió. Se colocó en posición de combate, apuntando a Susana con su lanza mientras apoyaba el otro extremo en tierra. Al instante el metal comenzó a refulgir en rojo. Susana hizo lo mismo con su bastón hasta que despidió un resplandor blanco. Brillaban tanto que dolía mirarlos. Entonces Leo atacó.

De la punta de su lanza brotaron docenas de filamentos luminosos que flotaron en el aire hacia Susana, desde todas las direcciones. Susana pronunció una palabra y de su bastón surgió un disco de luz. Lo blandió a un lado y a otro como si fuera un hacha, cortando los filamentos hasta que no quedó ninguno. Entonces lo hizo crecer y segó el aire en dirección a Leo, que tuvo que saltar para esquivarlo. Respondió con una ráfaga de pequeñas esferas que salieron disparadas como balas de una ametralladora y se estrellaron con tremendos chispazos contra el disco luminoso.

Mientras luchaba, Susana lanzaba miradas fugaces hacia sus amigos, pero no veía nada más allá del torbellino de polvo y rocas. Distinguió al Viejo Castor, que acababa de derribar a otro contrincante. Solo le quedaba uno.

El Viejo Castor se arrojó a un lado para esquivar una enorme bola de piedra que se había materializado en el aire, y contraatacó con una onda de choque.

Pero antes de que esta golpeará a su oponente, un rayo con forma de lanza le alcanzó por la espalda. Había sido Leo, aprovechando la distracción de Susana. El Viejo Castor cayó al suelo al mismo tiempo que su adversario. Un grito se ahogó en la garganta de Susana, y sintió como la rabia crecía en su interior.

–¿Por qué? –dijo, mientras su bastón se convertía en un sol deslumbrante– ¿Por qué, Leo? Solo quieres hacer daño. Pero se acabó.

Una enorme esfera de luz se formó alrededor de su bastón, y Susana la empujó con ambas manos. La gran bola avanzó lentamente, dejando un surco en el suelo. Leo abrió mucho los ojos y se encogió aferrado a su lanza, confiando en que su hechizo barrera fuese lo suficientemente fuerte como para no abrasarse.

Cuando la bola se disipó, Leo ya no estaba. Susana, agotada, se acercó al lugar. Su bastón había vuelto a ser de madera. Observó la zona, buscando algún resto de su hermano, si es que no se había desintegrado del todo.

Entonces recibió la descarga. Su bastón se partió en dos y sus pedazos cayeron muy lejos. Leo apareció de la nada.

–Bueno, hermanita, esta vez sí. Casi me chamuscas, has intentado matarme. Mamá no estaría nada contenta. Aunque siempre ha habido peleas entre hermanos... –mientras hablaba, la lanza metálica había vuelto a refulgir– Tranquila, entre nosotros ya no habrá más.

Susana miró sus manos desnudas. Intentó concentrar energía entre sus palmas, pero estaba demasiado cansada y, sin la ayuda del bastón, no consiguió nada.

Leo sonreía. Susana siempre se había preguntado si su hermano tendría el odio suficiente hacia ella como para matarla. En ese momento supo que sí. Su lanza se había vuelto brillante como una supernova, y Leo paladeaba el instante.

“Sois uno y su reflejo –recordó Susana las palabras de su madre en sueños–, cada uno a un lado del espejo, parecidos y al mismo tiempo tan distintos”.

“Espejo, espejo...”

“Espejo”.

La descarga fue monstruosa. Incluso desde el interior del tornado, Guillermo sintió temblar la tierra. Y supo que algo había ido mal.

–Susana...

Sevso, O-Mín e Imring se abrían paso hacia el flanco, lejos de la guardia de Yünggan. Al menos allí solo tenían un enemigo del que protegerse. Y se le veía de lejos. Sevso nunca se había enfrentado a mûrkaghs tan grandes como aquellos. Eran fuertes como diez hueros. La hoja de sus guadañas era casi tan alta como un hombre. El cuerpo a cuerpo era demasiado arriesgado, y Sevso había vuelto a descolgar su arco.

Al otro lado del río algunos jinetes de Ar-Zahala todavía seguían batiéndose. Al ver impedido su retorno por las barcazas, trataban de escapar a lo largo de la orilla, alejándose de la batalla. Y alejando a su preciosa carga de mujeres y niños.

De pronto, Sevso vio algo que hizo que su corazón se detuviera. Una mujer de pelo claro, con un vestido verde hecho jirones, corría para escapar de dos nûr-hijks. A todas luces, no era de Shamtei-Lo.

¿Podía ser ella?

A pesar de los años y de lo remoto de las posibilidades, su corazón le dijo que sí. Era ella. Y estaba a punto de perderla de nuevo. Apuntó con su flecha y disparó, pero estaba demasiado lejos. La flecha se clavó a más de veinte pasos de sus pies. Los nûr-hijks la iban a alcanzar. Entonces un caballo de Ar-Zahala pasó a su lado, y su jinete le tendió la mano. La mujer montó mientras el caballo arrancaba con esfuerzo, pero uno de los nûr-hijks le segó las patas con su espada. Ambos cayeron al suelo, pero el jinete se levantó al instante para enfrentarse a ellos.

Sevso, desesperado, corrió hacia la orilla. Se dirigió hacia el puente de barcazas, ignorando las llamas o que los mûrkaghs estuvieran cruzándolo a centenares. O-Mín abrió mucho los ojos, horrorizada. Sevso corría hacia la muerte. Y ella fue tras él.

Sevso no podía apartar los ojos de la otra orilla. Vio como el jinete de Ar-Zahala era derribado por los nûr-hijks. Y como la mujer corría huyendo de ellos. Entonces uno tensó un arco.

–¡Noooooooooooooo! –la voz de Sevso se quebró en su garganta, mientras veía la flecha volar, volar, y a la mujer detenerse con la mirada vacía y caer al suelo.

Sevso también cayó de rodillas, sus piernas no podían sostenerlo. El mûrkagh pareció sonreír mientras echaba su guadaña hacia atrás. Hacía mucho que no tenía un blanco tan fácil; haría volar

su cabeza muy lejos. La guadaña descendió.

Pero entonces se escuchó otra voz, ronca y profunda, como si estuviera rompiendo las cadenas que la habían mantenido atada durante años, y se liberara con una explosión.

–¡Sevsooo!

La espada de O-Mîn relampagueó y el brazo del mûrkagh cayó al suelo. Pero ya había golpeado. O-Mîn vio la sangre correr por la capa de Sevso.

Susana abrió los ojos. Debía haber perdido el conocimiento. ¿Durante cuánto tiempo? Quizá solo unos segundos. El tornado que ocultaba al Rey Rojo y a sus amigos seguía allí. Tenía que ayudarles. Se levantó mareada, y vio a Leo tendido en el suelo. Su hechizo, de alguna manera, había rebotado en ella.

Jorge acudió a su lado.

–Susana, ¿estás bien? El príncipe Adhaam también está herido. Solo quedamos nosotros... ¿El Viejo Castor está...?

Susana se apoyó en Jorge para dar unos pasos hacia donde había caído el Viejo Castor. Por el camino fue observando los cuerpos inertes que sembraban la colina. Apartó la capucha de uno de ellos, y casi no le sorprendió encontrar tras él el rostro del señor Amadeo, el cartero.

–No se salva nadie en ese pueblo –murmuró Jorge.

Solo quedaba uno. El que había estado luchando con el Viejo Castor hasta el final. Se encontraba tendido boca abajo y Jorge, con aprensión, se agachó para darle la vuelta. Susana no pudo ahogar un gemido al reconocer a Mamá Julia.

–Por eso cuidaste de nosotras –dijo, mientras las lágrimas se agolpaban en sus párpados–. Solo por eso.

Cuando llegaron ante el Viejo Castor, Susana cayó de rodillas. El anciano estaba tendido boca abajo. Un enorme boquete en su capa dejaba ver su espalda quemada.

–Dios...

Jorge acercó su cara a la del anciano.

–¡Todavía respira!

Le incorporaron un poco, pero el hombre permanecía inerte, a pesar de las sacudidas de Jorge.

Entonces, Susana apoyó su mano en su pecho. Miró al tornado de rocas; detrás de aquella cortina infranqueable, Guillermo iba a morir. Las lágrimas por fin rodaron por su mejilla.

–Te necesitamos –dijo en voz muy baja.

El Viejo Castor dio una sacudida y abrió los ojos. Al principio desenfocados, perdidos, hasta que se detuvieron en sus rostros.

–El Rey Rojo... –dijo.

–Ya me tienes, soy Brygger –dijo Guillermo, mostrando con un ademán su capa y su espada–. Déjala ir.

El Rey Rojo le observaba de arriba a abajo, impasible. Gemma intentó separar una vez más sus pies del suelo, pero no fue capaz.

Guillermo controlaba sus movimientos para no rozar la pared del tornado. A la velocidad que llevaba, un mísero grano de arena sería como la bala de un fusil. Creyó distinguir un resplandor

afilado, como una hoja, que intentaba atravesarla. Debía ser el Viejo Castor, o Susana, con alguno de sus hechizos. Pero se borró al instante ante la fuerza del torbellino. El Rey Rojo decidió que quería ver lo que sucedía al otro lado; hizo un gesto y la pared de polvo y rocas se volvió transparente, como un vidrio ondulado. Guillermo vio a Jorge, Susana y al Viejo Castor. Parecía malherido, y se apoyaba entre los dos chicos.

A pesar del estruendo del viento a su alrededor, su voz les llegó extrañamente nítida.

–¡Es el fin, majestad! Los seis de la Corona Roja han caído.

Una risa chillona surgió desde detrás de la máscara.

–La única corona roja que importa es esta –dijo señalando la que sostenía en la cabeza–. Los demás se pueden ir al infierno... Como estos niños.

Guillermo se puso en guardia. Esperaba la respuesta del Viejo Castor pero, en su lugar, la que habló fue Susana.

–¡Abuelo! Por favor, detén esto –se detuvo un instante, miró a Guillermo y cogió fuerzas para continuar–. Si lo haces, me quedaré a tu lado.

–¡No! –exclamó Guillermo.

El Rey Rojo tardó unos segundos en reaccionar. Después su voz sonó como si estuviera sonriendo bajo la máscara.

–Creo que hay una pequeña confusión. Tú no eres Brygger –dijo con tono de fingida desilusión–. Te llamas Guillermo y te conozco mucho mejor de lo que crees. Y yo, pequeña, no soy tu abuelo.

Con un gesto lento, deliberado, se quitó la máscara. Gemma y Guillermo sintieron como si les faltara el aire y la realidad se convirtiera en pesadilla. La que allí les contemplaba, con unos ojos llenos de maldad que no conocían, era la abuela Elisa.

–Soy tu abuela.

Un pensamiento acudió a la mente de Tiäm.

–Tzoun.

La última vez que vio a los monjes soldado estaban a punto de entrar en batalla con los nür-hijks que cruzaban el puente de piedra. ¿Seguirían resistiendo?

–¡Yuë! ¡Gäo! Seguidme. Hay otro montañas al que salvar.

Corrieron río abajo por detrás de la última línea. Una línea tan frágil que en cualquier momento se derrumbaría. Distinguieron a lo lejos a un grupo que aún resistía con ahínco. Sus ropas bastas, sin coraza alguna, les habría hecho pasar por sencillos labradores, si no fuera por su forma de luchar. Eran los monjes soldado.

Tiäm reconoció a Tzoun en cuanto se aproximaron un poco más. Todos eran calvos y vestían igual, pero aquel ceño fruncido, herencia de su padre, era inconfundible. Tzoun se quitaba de encima con movimientos limpios a todo nür-hijk que se aproximaba al alcance de su lanza.

–¡Tzoun! –gritó Tiäm mientras corría hacia él.

Tzoun lanzó un tajo mortal y giró la cabeza el tiempo justo para localizar el lugar de donde provenía la voz. Al ver a Tiäm sonrió con los ojos, agradecido de verle con vida.

Pero Tiäm vio otra cosa.

El monje que luchaba a su lado observaba a Tzoun. Aprovechando el momento de distracción, avanzó un paso hacia él y tomó impulso con su espada. Tzoun no lo veía. Y Tiäm estaba demasiado lejos.

–¡Tzouuun!

La espada voló en un golpe ascendente. Tzoun no tuvo tiempo de interponer la suya. Pero de pronto una sombra gris derribó al monje.

–¡Kun!

El lobo acabó con el traidor de un solo mordisco. Cuando Tiäm llegó a su lado, estaba lamiendo la mano de Tzoun. Tiäm abrazó a ambos.

–Tzoun, el rey Wö nos ha traicionado.

Tiäm se enderezó y miró alrededor. En aquel frente quedaban los monjes soldado luchando codo con codo con los mercenarios de más allá de las montañas. Los nür-hijks seguían llegando como una riada negra. No tardarían en superarlos.

Algo más allá, los Ülum a caballo trataban de detener a los ûshmag. Los soldados de Häile luchaban a brazo partido con los mûrkaghs que llegaban a través de las barcasas. Pero ¿dónde estaban los soldados de Shamtei-Lo?

Miró hacia la retaguardia; allí estaba la respuesta. Los orgullosos soldados que había visto pavoneándose en cien desfiles se batían en retirada a toda la velocidad que les permitían sus piernas, hacia el resguardo de las murallas de la ciudad. Más lejos todavía distinguió los estandartes del rey Wö. Él y sus hombres cabalgaban como si les persiguiera el diablo, huyendo de la batalla.

En esto, un caballo sin jinete pasó raudo a su lado. Tiäm montó de un salto.

–¡Tzoun, aguanta! –gritó mientras azuzaba al caballo. Era de la raza de Ar-Zahala, y en su silla llevaba grabada una rama verde.

–Por vuestros rostros, veo que necesitáis una pequeña explicación –dijo la mujer, que cada vez se parecía menos a la abuela Elisa.

Pero antes de hablar recorrió con la vista el campo de batalla. Las fuerzas oscuras avanzaban como hormigas por los dos puentes y ya el otro lado del río se veía cubierto por ellas, salvo en algunos pequeños núcleos de resistencia. Una ligera sonrisa asomó a sus labios.

–Ya sabéis que hace años fui malherida en la batalla de Hämu. Elbeim y otros como él me persiguieron para darme muerte, pero con ayuda de mis fieles logré atravesar una puerta y llegar a Piedras Verdes. Llevaba mucho tiempo preparando esa vía de escape. Allí la doctora Merchán intentó salvarme, pero mis heridas eran demasiado graves. Iba a morir sin remedio. Afortunadamente todavía quedaba un mushnur a mi lado. De ellos aprendí, cuando no era más que una pobre hechicera, todos los secretos de la magia. Me enseñaron a elegir lugares propicios para abrir puertas a otros mundos, que ellos llevaban edades enteras utilizando. Y me mostraron su gran secreto: cómo transportar mi alma a otro cuerpo. Eso es lo que hice. Utilicé el cuerpo de vuestra abuela. Era una persona sana y más o menos de mi edad. Ya es bastante complicado adaptarte a un nuevo cuerpo.

Los rostros de Gemma y Guillermo reflejaban a un tiempo incredulidad, tristeza y odio.

–Por eso no parabas de canturrear en ese idioma tan raro. Eran los hechizos para mantenerte en el cuerpo –dijo Guillermo apretando el puño de su espada–. Tú mataste a mi abuela.

–Vuestro abuelo acababa de morir –contestó la Reina Roja, con fingida lástima–. Sus hijos no le hacían el menor caso, ella se había quedado completamente sola en el mundo. Creedme, le hice un gran favor. Y no lo habría hecho si hubiera tenido otra opción. Ocupar un cuerpo no es una experiencia agradable. Hay partes de la persona anterior que se conservan para siempre. Lo peor son los recuerdos; se entremezclan con los tuyos, y a veces no sabes de quién es cada cual.

–Por eso dejabas en la tumba del abuelo flores a las que él era alérgico –intervino Gemma.

–Puede ser. Pero a cambio, eso os ha salvado en más de una ocasión. Es inevitable que los recuerdos provoquen algún sentimiento. Aunque los puedes llegar a dominar.

Dicho esto, apretó el puño en el aire. Al instante la expresión de Gemma cambió. Se llevó las manos al cuello y sus ojos buscaron ayuda desesperada en sus amigos. Se estaba ahogando.

–¡No! –gritó Susana– Abuela, por lo que más quieras, déjalos.

La bruja pareció dudar por un instante. Aflojó la presión, y Gemma volvió a respirar entre resuellos.

–Lo que más quiero... Hay algo que quiero, algo que perdí en el tránsito. Te dejas parte de tu alma en el camino. Yo perdí... a alguien. Incluso su recuerdo. Por eso tenía la esperanza de que viniera a mí. Pero solo has venido tú –dijo señalando a Guillermo.

El muchacho entendió de pronto.

–Brygger... Tú esperabas a Brygger. Al auténtico.

–Tuve que elegir –dijo como explicándose a él–. Se había convertido en un obstáculo, los mushnur me enseñaron que había que desprenderse de los sentimientos para obtener el poder absoluto, aquel que está más allá del alcance de los humanos. Yo ya me había convertido en el Rey Rojo, pero... todavía le amaba.

–Iríamos... –murmuró el Viejo Castor, mientras sus pupilas se agrandaban.

–Le hice creer que el Rey Rojo y sus mushnur habían acabado conmigo y habían arrasado la aldea vecina –continuó la mujer–. En cierto modo fue así, aunque no en ese orden. Los aldeanos rodearon la casa en la que vivía con mi padre, llamándome bruja. Le prendieron fuego. Yo escapé, pero mi padre no pudo. Murió entre las llamas. Él, que no había tenido culpa de nada... Creí que acabar con ellos saciaría mi sed de venganza, pero no fue así. Una vez desatada, no hizo más que crecer. Supe que los hombres me perseguirían siempre por lo que era. Y decidí dejar atrás todos los lazos. Aunque hubo uno del que no pude escapar: –miró al vacío antes de continuar– nuestro hijo.

El Viejo Castor abrió los ojos como si así pudiera asimilar la verdad que acababa de descubrir. Miró a Susana, a su lado. A su nieta.

Guillermo intentó ganar tiempo.

–Brygger, el auténtico, está ahí fuera. Puedes verlo. No necesitas a esta niña para nada.

La mirada de la Reina Roja se tornó de acero. Echó un último vistazo al campo de batalla antes de responder.

–Otra trampa. Pero tienes razón, no la necesito –dijo abriendo la mano. Gemma cayó al suelo, libre–. Para que esto acabe, solo necesito a Brygger.

Gemma se incorporó a toda prisa y fue corriendo hacia su hermano. Nadie se fijó en un pequeño punto de luz que la seguía flotando en el aire.

Guillermo fue a abrazarla pero, antes de que la niña llegara a sus manos tendidas, la Reina Roja hizo un pequeño gesto, como si empujara una canica. El punto luminoso penetró por la espalda de Gemma.

Esta abrió mucho los ojos, mirando al vacío, sin comprender. Y se desplomó en brazos de su hermano.

–¡Corre, cabalga como el viento!– gritó Tiäm.

Rama Verde pareció entenderle, y al instante se puso al galope tendido. Corría con furia, y atravesó el campo de batalla como un rayo hacia la cabeza de las tropas de Shamtei-Lo. En cuanto vieron al lobo corriendo a su lado, un grupo de jinetes Üllum salió tras él. El propio Zerleg iba a

la cabeza. ¿Habrían recibido también la oscura misión del rey Wö?

Tiäm aceleró aún más. Cuando superó a los hombres a pie, hizo girar al caballo y se plantó frente a ellos. Desenvainó la espada. Kun gruñía amenazador.

–¿Dónde vais? –pronunció en voz alta.

–Tras nuestro rey –dijo un soldado señalando el estandarte que se alejaba.

–Ese ya no es vuestro rey –dijo Tiäm escupiendo–. Además, no estamos aquí por defender a ningún rey, ¿no es cierto?

Los hombres se miraron en silencio. Estaban entrenados para obedecer órdenes, y había sido el propio rey Wö el que les había mandado retirarse a defender las murallas. Enfrente tenían a un joven oficial cubierto de sangre negra, con la mirada más decidida que habían visto jamás. La insignia del dragón rojo pareció refulgir en su hombro.

–Estamos aquí por nosotros, por nuestras familias, por lo que nos importa –Tiäm señaló al frente de batalla–. Extranjeros, mercenarios, los Ülum a los que tanto habéis despreciado... Son ellos los que están luchando por defenderlas. Y nosotros huimos.

Zerleg hizo una señal. Dos de sus hombres habían puesto sendas flechas en sus arcos, pero los bajaron al instante.

–¡La batalla está perdida! –gritó uno.

–Volveremos a reorganizarnos tras las murallas –dijo otro.

–No os engaños –contestó Tiäm–. El rey Wö negociará su salvación, la de nadie más. Como hizo en Erÿd Ingard. Abrirá las puertas de la ciudad al Rey Rojo. Huirá de noche por algún pasadizo. Lo que sea, con tal de salvar su pellejo. Nuestro lugar está aquí, junto a nuestros hermanos.

Un gran silencio acogió estas palabras; solo se oía el fragor de la batalla a lo lejos. Un soldado se adelantó entre las filas. Llevaba un uniforme de oficial, manchado y abollado. Tiäm no pudo reprimir una sonrisa al reconocer a Kïo, que se puso a su lado y, con un gesto lento, desenvainó la espada.

–¡Gloria o muerte! –gritó.

Se escucharon entonces los cascos lentos de un caballo. Todos le abrieron paso. Era el gran Zerleg, con su capa abultada de piel de gladrii y su rostro siempre serio. Detuvo el caballo frente al de Tiäm.

–Un rey es aquel capaz de mantenernos unidos. Orojin era mi hermano –dijo–. He estado a punto de manchar mi nombre y el suyo. No volverá a ocurrir, Dragón Rojo. Te sigo donde vayas.

El sonido de muchas espadas deslizándose en sus vainas acompañó estas palabras.

–Pero ¿qué esperanza nos queda? –preguntó Kïo señalando las interminables filas del ejército rojo.

–Aún queda una –Tiäm dirigió la vista a una colina lejana, al otro lado del río. Sobre ella parecía haberse desatado una tormenta, los relámpagos refulgían en el cielo–. Brygger.

–Gemma, no. No. No, no, no...

Guillermo sacudía el cuerpo sin vida de su hermana, intentando encontrar algún signo de movimiento. Pero era inútil. Sus miembros colgaban inertes, y su mirada había quedado vacía. Pensamientos alocados se atropellaban en la mente del chico. Ella no debía estar allí, ella tendría que estar en casa, junto a sus padres, estudiando para unos estúpidos exámenes, peleándose con él por el mando de la televisión.

La depositó con cuidado en el suelo y, con una caricia, cerró sus párpados. Las lágrimas

corrieron por su cara. Pero la pena tendría que esperar.

Era el momento de la ira.

Con un movimiento fulgurante, empuñó la espada y se lanzó contra la Reina Roja. Throon había sido forjada para atravesar cualquier barrera mágica. Con ambas manos, lanzó un tajo directo a su cuello. Puso toda su fuerza en el golpe. Tanta, que cuando la hoja rebotó casi le arrojó al suelo.

La Reina Roja se rió.

–Throon... Hace tiempo que encontré el conjuro adecuado para neutralizar esta espada –dijo–. Los maestros herreros confiaban en mantener su secreto, pero siempre hay un eslabón más débil.

Guillermo, lleno de furia, lanzó otro golpe, esta vez a media altura. La espada volvió a rebotar, y Guillermo clavó una rodilla en tierra. Sintió que las lágrimas volvían a asomar. De rabia, de impotencia, de dolor.

–Como ves, las leyendas no siempre se cumplen. Brygger no ha derrotado al Rey Rojo –dijo la mujer con voz tranquila. Señaló a los hombres que permanecían luchando en el campo de batalla–. Eras su última esperanza.

Con gesto decidido, se volvió a poner la máscara. Izó los brazos y un resplandor cegador se elevó hacia lo alto, como un relámpago. Su imagen y la de Brygger aparecieron proyectadas sobre las nubes bajas. Eran de un tamaño gigantesco, de forma que todo el mundo en el campo de batalla podría verlas.

–Y su esperanza –continuó la bruja– morirá contigo.

Guillermo continuaba con una rodilla en el suelo. Miró a la Reina Roja, la que había sido su abuela, con los ojos inyectados en sangre, a punto de matarle. Bajó la vista hacia su hermana, tendida a su lado. Vio de reojo a sus amigos, que seguían haciendo intentos desesperados por atravesar la barrera. Hasta con ellos se había peleado.

Lo había perdido todo.

Entonces levantó la cabeza. Cruzó una última mirada con Susana y sonrió.

Se puso en pie, erguido frente al Rey Rojo. Este hizo brotar de su mano una espada roja, luminosa.

“Me va a cortar la cabeza”, pensó Guillermo. “Quiere que el final sea vistoso. Espera que levante a Throon para romperla en mil pedazos antes de acabar conmigo”.

Pero, en lugar de eso, Guillermo soltó la espada.

El Rey Rojo se detuvo, confundido.

–No soy Brygger –dijo el chico en voz alta mientras se quitaba la capa y la dejaba caer al suelo–. Me llamo Guillermo.

El Rey Rojo no pudo ocultar su ira.

–¿Qué haces? ¡Ponte esa capa! ¡Lucha! Todos te están viendo.

–Exacto. Todos verán que matas a un chico corriente, no a Brygger. Y seguirán luchando. Hasta el fin.

Guillermo sacó su tirachinas con gesto lento y cargó en él un dardo envenenado. Tensó la goma. Sabía que no podría atravesar la barrera mágica, pero era su arma, la que había fabricado con sus amigos, cuando todo aquello aún parecía un juego de niños.

El Rey Rojo perdió la paciencia. Con un gesto manejó la mano de Guillermo hasta apoyar el dardo envenenado en su cuello.

–Ponte esa capa.

Guillermo intentó tirar de su brazo, pero era inútil. No le obedecía. Con el rostro contraído

por el esfuerzo, respondió.

–No soy Brygger.

Susana, desesperada, buscaba la forma de atravesar la barrera mágica. Intentaba concentrar toda su rabia y su miedo, aunque se vaciase hasta morir en el intento, pero no lo conseguía. Jorge la miraba sin saber qué hacer. El Viejo Castor cada vez estaba más agotado. Había perdido mucha sangre, y apenas conseguía reunir energía suficiente para iluminar su bastón.

Tenía que ser ella. Pero necesitaba un objeto mágico, algo que le permitiese canalizar la energía. Miró la lanza de Leo. Sacudió la cabeza; necesitaba algo suyo.

Entonces tuvo una idea.

Tanteó su cuello con avidez, hasta encontrar el saquito que colgaba de él. Aquel en el que guardaba sus objetos más valiosos. Sacó algo de su interior y lo puso en la palma de su mano.

Era una flor de invierno. Tenía un pisetón en uno de sus pétalos.

Susana cerró los ojos, y la flor empezó a relucir. Se volvió tan brillante que parecía haberse hecho de día. Hasta el Rey Rojo miró al cielo, preguntándose qué estaba sucediendo.

Jorge afirmó con la cabeza. Llevaba un escudo nür-hijk en las manos que le tapaba hasta las pantorrillas, y se lanzó corriendo hacia el torbellino.

–¡Ahora, Susana!

El chico sintió como las piedras se le clavaban como balazos en las piernas. Rápidamente se vio arrastrado por el tornado. Pero, por un instante, se abrió un pequeño hueco en la barrera.

Susana lanzó el rayo, con la flor girando en su interior como una cuchilla. El Rey Rojo no tuvo tiempo de interponer las manos, y el rayo chocó contra su torso. Algo a su alrededor, como si fuese una segunda piel de cristal, estalló en mil fragmentos de luz.

Guillermo recuperó el control de sus brazos y, tensando la goma con todas sus fuerzas, disparó. El dardo envenenado se clavó en el cuello del Rey Rojo.

La batalla se había detenido. Los combatientes observaban las enormes imágenes proyectadas en el cielo. Todos pudieron ver como el Rey Rojo caía al suelo. Un clamor se elevó entre las fuerzas de los hombres, mientras los nür-hijks se miraban, confundidos.

De pronto, las imágenes se apagaron. El torbellino que rodeaba la cumbre de la colina se calmó, las rocas cayeron y Jorge rodó por el suelo.

El Viejo Castor caminó unos pasos apoyándose en su bastón y se arrodilló junto a la figura de rojo, tendida al borde del precipicio. Susana y Guillermo le flanqueaban. Retiró la máscara despacio y miró a la mujer directamente a los ojos, que ya empezaban a nublarse.

–Irýamo... ¿Por qué?

Un ligero brillo pareció animar sus pupilas cuando le reconoció.

–Así que eras tú –dijo en un susurro–. Brygger, Elbeim, el Viejo Castor... Yo no pude ser dos personas a la vez.

Por un momento el Viejo Castor pareció escuchar el trino de los pájaros en las ramas, y el canto del arroyo que corría junto a la cabaña en el bosque.

–Elegiste mal.

La mujer cerró los ojos. Su rostro se relajó, dispuesta por fin a descansar.

–No volverá a ocurrir –dijo en voz muy baja.

De pronto abrió los ojos, aferró a Guillermo por una pierna y comenzó a recitar una letanía aterradora. Guillermo se desplomó sin sentido. La sombra de la mujer pareció levantarse del suelo y flotar hacia él. Pero el Viejo Castor reaccionó como un relámpago.

–¡No! No hay salvación para ti.

Se abalanzó sobre ella y, aferrados, cayeron al abismo.

Susana tendió los brazos intentando sujetarles, pero sus manos se cerraron en el aire. Se quedó mirando cómo caían y caían, hasta desaparecer en la oscuridad.

Los mûrkaghs y nûr-hijks se miraron, sorprendidos. Las espadas se les caían de las manos convertidas en polvo. Al poco, solo quedó de ellos un montón de corazas que cubrían la llanura como cáscaras vacías. El viento se llevó el resto.

Los hombres, agotados, caían de rodillas riendo y llorando a la vez, agradeciendo a sus dioses el final de la pesadilla. Tiäm, montado en Rama Verde, galopó entre ellos levantando su espada y gritando:

–¡Victoria! ¡Victoria!

Muchas gargantas se unieron a él. Buscó a Zerleg con la mirada, pero el Ülüm había desaparecido.

O-Mín, ajena a la batalla que se libraba a pocos pasos de ella, había taponado la herida de Sevso con emplastos y la había vendado. Ya no quedaba nada más que hacer, salvo rezar.

Sentada en el suelo, puso a Sevso en su regazo y le abrazó. Con voz queda, todavía ronca, entonó una pequeña canción. Una lágrima resbaló por su rostro y fue a caer en el de Sevso. Este abrió los ojos.

–O-Mín.

Ella, embargada por la emoción, apenas pudo responder.

–¿Qué, Sevso?

Sevso fue a hablar, pero le faltaba el aliento. O-Mín se aproximó un poco más. Las palabras se escucharon como si se arrastraran por su garganta.

–Solo tú me puedes curar.

Los caballos del rey Wö y su guardia eran los mejores que el dinero podía pagar, pero Zerleg y sus jinetes les alcanzaron en cuanto aquellos aflojaron la marcha, agotados.

El rey Wö se irguió en su silla y se dirigió con arrogancia al Ülüm.

–¿Qué te trae aquí, Zerleg? ¿Has cumplido tu misión?

Nadie habría imaginado que el corpulento guerrero fuera capaz de moverse a tal velocidad. Antes de que ninguno de los hombres de Wö hubiera desenvainado, Zerleg empuñó el arco y puso una flecha en la cuerda.

–La he cumplido –dijo mientras la soltaba.

Susana recorrió con la vista la cima de la colina, sembrada de cuerpos inertes. Jorge, Gemma y Guillermo, los hombres del príncipe Adhaam, los miembros de la Corona Roja, incluida Mamá Julia y... De pronto se dio cuenta. Leo no estaba. Como un resorte, se puso en guardia.

Pero solo se escuchaba el silbido del viento.

Leo había huido. Una vez más.

–Susana...

Era la voz de Guillermo. La chica pegó un brinco y corrió junto a él. Las lágrimas brotaron de sus ojos.

–Dime, Guillermo. Estoy aquí.

–Has vencido... Estoy orgulloso de ti.

–No, todos hemos vencido. Ni Brygger lo habría hecho mejor.

Guillermo esbozó una sonrisa dolorida.

–Brygger... valiente patán –al bajar la vista descubrió en el suelo una flor de invierno, pisoteada y chamuscada. Miró a los ojos de Susana–. La guardaste.

Susana asintió, riendo aunque con las mejillas húmedas. Acercó sus labios a los de él, y siguieron llorando mientras se besaban.

Guillermo se separó lentamente, sollozando. Miró a Gemma. El viento mecía su pelo. Parecía dormida, tan dulce, tan...

–¡Ay!

Los chicos se miraron con los ojos muy abiertos y se abalanzaron sobre ella. Gemma se restregaba los ojos y se llevaba una mano al pecho.

–¡Qué calor! –dijo– Parece como si me hubieran hecho tragar un ascua ardiendo.

Guillermo la abrazó con tanta fuerza que le crujieron varios huesos.

–Ey, ey, que la vas a matar tú –rió Susana, sin creerse aún lo que estaba viendo. El hechizo de la Reina Roja se había desvanecido a tiempo.

Los tres se abrazaron, sin caber en sí de gozo.

–¿Y yo qué? –se escuchó una voz. Jorge levantó una mano. Tenía la ropa sobre la cota de malla hecha jirones, las piernas cubiertas de sangre y el rostro lleno de arañazos–. Podríais venir a abrazaros aquí.

–¡Jorge!

Apoyándose unos en otros, se levantaron y dieron unos pasos para arrojarse encima de él.

–¡Lo retiro! ¡Lo retiro!

–¡Comodón! Ni siquiera para esto te levantas.

–¡Estás hecho un asco!

–Vosotros también dais pena...

Sus voces alegres llenaron el aire. No se dieron cuenta de que ya amanecía.

Epílogo

–Adiós –dijo Tiäm, bajándose del trono. Antes miró a Zerleg, que le devolvió una mirada de divertido reproche. Aunque todas las tribus de Shamtei-Lo habían aclamado al joven montañés como sucesor del rey Wö, por su valor y su capacidad para unirlos a todos, aún se sentía incómodo sentado en él–. Siempre seréis bienvenidos en Shamtei-Lo.

–Y en Ar-Zahala –se apresuró a añadir el príncipe Adhaam.

–¡Y en Häile! –exclamó Tidareo. Estaba orgulloso de la magnífica cicatriz que había conseguido en la batalla y que le atravesaba la calva, y encantado de encontrarse entre los embajadores de los Cuatro Reinos.

–También en Liäm –dijo Imring, con una sonrisa amistosa en los labios.

Guillermo, Susana, Gemma y Jorge se miraron, ruborizados.

–Gracias –dijeron al unísono.

Jorge todavía llevaba las piernas vendadas, y Gemma se veía pálida y ojerosa, pero ambos habían querido asistir a la ceremonia de honra que les habían preparado sus amigos.

Tadinziu, jefe de los Laomanes, se adelantó y entregó a Jorge, sobre un cojín de terciopelo negro, un martillo de oro.

–Es el símbolo del artesano –explicó–. Y nunca se ha visto en los Cuatro Reinos artesano capaz de idear los ingenios que tú nos has mostrado. Por ello te honramos, para que nos inspires en nuestros trabajos, ahora y siempre.

Jorge asintió torpemente, y tomó el martillo entre sus manos, sin saber muy bien qué hacer con él.

Después se adelantó Kïo, el amigo de Tiäm. Sobre un cojín rojo, llevaba una espada pequeña, que bien podría haber sido un cuchillo de cocina. Se dirigió a Gemma.

–Es el símbolo de Tanka, la madre. Como a ti, cuando es necesario, el amor le hace convertirse en guerrera. Con este presente queremos honrar tu lealtad a las personas que quieres hasta más allá de la muerte. Serás nuestro ejemplo en las edades venideras.

Gemma lo tomó, muy emocionada, sonrió de oreja a oreja y besó en la mejilla a Kïo, que se puso tan contento como si hubiese sido él el que recibía el presente.

A continuación dio un paso al frente Tzoun. Llevaba en las manos un objeto alargado, envuelto en terciopelo azul. Con una reverencia, se lo entregó a Susana.

–A la más poderosa hechicera de los Cuatro Reinos, que nos salvó del mal y por ello perdió a los padres de su padre.

Susana asintió agradecida y, lentamente, abrió el paño de terciopelo. Sacó de él un bastón de madera blanca con extraños símbolos grabados en plata. En el puño, cuatro ramitas giraban en espiral para terminar entrelazándose.

–Proviene del antiguo Bosque de Piedra, donde la savia ha vuelto a correr. Es un árbol de una especie que no conocemos, que crece en un claro, entre las ruinas calcinadas de una choza.

Susana lo observó con atención. Recorrió con sus dedos la longitud del bastón, como evaluándolo. Todos los presentes guardaron silencio. Al fin, cerró los ojos. Una lágrima pareció asomar entre sus párpados, mientras los símbolos plateados se volvían incandescentes.

–Gracias –dijo–. Trataré de honrarlo y emplearlo para que todo vuelva a ser como en los tiempos en que mis abuelos eran solo dos jóvenes que se amaban.

Guillermo la estrechó por los hombros, y Gemma le dio un nuevo beso en la mejilla.

Entonces, con pasos bamboleantes, se dirigió a Guillermo Oëd, el jefe de los Kümish. Llevaba una túnica que le llegaba hasta los pies, hecha de un tejido tan fino que marcaba las arrugas de su piel. Sin embargo, brillaba igual que el objeto que portaba en sus manos: una espada sin ornamentos que despedía un intenso fulgor azul. Una espada que Guillermo conocía bien. Oëd se la tendió, inclinándose.

Guillermo extendió los brazos, pero en lugar de la espada, tomó a Oëd por los hombros.

–Solo hay un Brygger –dijo en voz alta–. Y no soy yo.

Todos los presentes guardaron un profundo silencio.

–Por siempre honraremos la memoria de Elbeim –respondió al fin Oëd–. Su túmulo estará en lo alto del monte Ükhral, desde donde protegerá por toda la eternidad cada uno de los Cuatro Reinos. Nadie ha demostrado tanto poder, ni ha dado tanto por nosotros como Elbeim. Fue el portador de esta espada durante mucho tiempo. Pero –una sonrisa bondadosa asomó a su rostro– él te la dio a ti. No te la entregamos por ser Brygger, sino por ser Guillermo, el que arriesgando su vida y la de los seres que amaba, se enfrentó al Rey Rojo sin armas ni escudo, y le venció, devolviéndonos la paz.

Se la volvió a tender, esta vez mirándole a los ojos. Guillermo le sostuvo la mirada, luego la dirigió a todos los de alrededor y, por último, a Susana.

Por fin la empuñó y la izó en alto, para que todos pudieran verla. La hoja refulgió, llenando de luz hasta el último rincón del oscuro salón del trono.

–Gracias –dijo–. Gracias por creer en mí más que yo mismo.

Una gran ovación arropó el final de estas palabras. Tiäm abrazó a cada uno de los cuatro, y después de él muchas más personas que no conocían, pero que les mostraban el mismo agradecimiento. Solo horas después, la ceremonia se dio por concluida.

A los pocos días, Tiäm les despidió a los pies de la escalera del palacio. Partían hacia el bosque de Liäm, donde aún permanecía la única puerta que les podía devolver a su mundo. Sevso y Abhad iban con ellos. Y también O-Mín e Imring. Tidareo *el Calvo* y el príncipe Adhaam con sus séquitos seguirían el mismo camino durante un buen trecho, así que la comitiva era numerosa.

La muchedumbre les aclamaba mientras recorrían las calles de Khiaru-Lo, les arrojaban flores y les ofrecían a sus hijos para que los bendijeran. Tardaron mucho tiempo en salir de la ciudad. Aun así, Tiäm aguardó en la escalinata hasta que el último estandarte hubo desaparecido en la lejanía. Después dio media vuelta para ascender de nuevo hacia la sala del consejo, donde le aguardaban varios asuntos de estado importantes. Pero Kïo le detuvo en el primer escalón.

–Tiäm –el rey había prohibido expresamente que le llamaran “majestad”–, hay un hombre que quiere verte.

Tiäm le miró sin comprender, Kïo sabía que existían días y horas concretos y una larga lista de espera para conceder audiencias. ¿Quién era ese hombre?

–Es un curtidor, viene de una aldea de las montañas... De Bangtür.

El corazón de Tiäm dio un vuelco. Giró la vista y vio a un hombre más pequeño de lo que recordaba, y cuyos rasgos se habían acentuado con el tiempo. Unos rasgos que, cada vez más, le recordaban a los suyos. Tzoun iba a su lado.

–Padre.

El hombre, sin saber muy bien qué hacer, se inclinó ante él, pero Tiäm le sujetó por los hombros y le abrazó.

–Tiäm... –las lágrimas rodaban por sus mejillas– No creí que volviera a verte vivo.

–Ni yo, padre, ni yo.

–¿Vas a explicarme...? –preguntó, abriendo los brazos y mirándole de arriba abajo, y todo alrededor.

Tiäm, sonriendo a pesar de la emoción, habló con voz temblorosa.

–¿Por dónde empiezo?

El hombre le miró a los ojos, con la inocencia de un niño.

–¿Dónde está mi rebaño?

El viaje de vuelta les hizo comprender la enorme tarea que las gentes de Shamtei-Lo tenían por delante. Los valles de Xiojñ-Gö y Hika-Gö, principales reservas de cereal del reino, habían sido arrasados. No quedaba aldea ni cultivo que no hubiese sido pasto de las llamas. Tidareo y Adhaam enseguida enviaron dugros mensajeros prometiendo a Tiäm cuadrillas de constructores y provisiones para el invierno.

–¿Gratis? –preguntó Abhad a Tidareo, sorprendido.

Tidareo le miró como si fuera estúpido.

–No hay nada gratis en el mundo, aunque así lo parezca. ¿El favor de un rey te parece poco pago?

Abhad observó a Tidareo poco después, cuando se despidieron del príncipe Adhaam. Se estrecharon los brazos como si fueran hermanos: “Los lazos que se crean en una batalla son también de sangre”, le había dicho. Sin duda el calvo les sacaría buen partido en los tiempos venideros.

–Mi buen Abhad –le dijo cuando sus caminos se separaron a su vez, en la linde del bosque de Liäm–. Me has prestado el mejor de los servicios. Eres fiel, valiente con las armas y sensato cuando todos pierden la cabeza. Pronto necesitaré hombres como tú. Vuelve a Evelürn. Voy a construir la mayor flota del reino, y quiero que estés al frente.

Abhad se demoró un instante antes de contestar.

–Todavía tengo una misión –dijo señalando a los chicos–, y me gustaría echar un vistazo a mi antiguo hogar. Solo entonces podré tomar una decisión.

Tidareo asintió.

–Por eso te he elegido a ti –dijo estrechando sus brazos–. Sabes dónde encontrarme, envíame noticias.

Los chicos se quedaron mirando la columna que se alejaba por la Ruta Azul. La gran comitiva había quedado reducida a ocho miembros. De pronto echaron de menos al Viejo Castor, a Hêika y al ruidoso Uldím.

–Uno nunca se despide como debería –dijo Sevso.

Se internaron en el bosque guiados por Imring. El joven tardó un tiempo en encontrar una ruta adecuada. Los caminos aéreos habían sido cortados y vueltos a reconstruir por lugares diferentes, no una sino varias veces. Los hombres de Liäm los habían ido creando para hostigar al enemigo y retirarse como sombras, y el ejército rojo los destruía en cuanto los encontraba. Pasaron junto a zonas quemadas y taladas, en las que Imring suspiraba con amargura. Los *liämmi* aman a los árboles tanto como a las personas.

Al fin, tras varias jornadas, llegaron a Gamelach. La ciudad estaba siendo reconstruida. Los árboles de tinie no habían ardido, y los hábiles carpinteros fabricaban plataformas y tejados a gran velocidad. Aunque sus rostros conservasen huellas del dolor que habían sufrido, también reflejaban alegría por haberlo dejado atrás e ilusión por el futuro de paz que habían ganado. Trabajaban con ahínco, y se diría que en unas pocas lunas todo volvería a ser como antes.

La noticia de su llegada corrió de boca en boca, y al poco vieron acercarse entre las ramas a

un hombre cuya piel y ropas se veían igualmente curtidas por la intemperie. Detrás venía una muchacha de movimientos gráciles pero decididos, como su rostro. Imring se sonrojó un poco al verla. Era la reina Graëna. Todos se inclinaron en una reverencia, pero la muchacha acertó las formalidades con un gesto.

–¡Aëdras! –saludó Sevso mientras estrechaba sus brazos.

–¡Sevso, Abhad! No creí volver a veros, aunque sea con algunas heridas más. ¡Imring! Partiste como un joven inexperto y ahora vuelves convertido en un hombre. Mi mejor hombre –dijo, presentándolo a la reina Graëna, que le observó con interés–. O-Mín, muchachos... –el rostro de Aëdras se tornó serio al comprobar que faltaban varios integrantes del grupo.

–Hêika y Uldîm cayeron en la batalla –dijo Sevso.

–Y también Elbeïm –añadió Abhad.

Tanto Graëna como Aëdras guardaron un instante de silencio antes de contestar. Fue la reina la que lo hizo.

–Pérdidas irreparables –dijo–. Daremos su nombre a los siguientes tñie que crezcan en el Bosque Sagrado.

Imring les había hablado de ello. Era un macizo de antiguos árboles de tñie que crecía en lo más intrincado del bosque. Cuando eran jóvenes, apenas un tallo asomando del suelo, se grababa delicadamente en su corteza el nombre de la persona a la que se quería honrar. Con el tiempo, la inscripción crecía con el árbol hasta hacerse enorme. Resultaba sobrecogedor pasear entre aquellos árboles, leyendo los nombres de personas que vivieron edades atrás.

–Creo que tenemos muchas cosas que contarnos –dijo Aëdras–. ¿Os quedaréis unos días disfrutando de nuestra pobre pero sincera hospitalidad?

Sevso miró a los muchachos, que asintieron.

–Os lo agradecemos de corazón –dijo–. Tenemos una última misión que cumplir, pero será un placer retardarla un poco para compartir un tiempo con vosotros.

Aquellos días pasaron largas veladas junto a la hoguera, en las que intercambiaron relatos de sus aventuras. Era un privilegio muy raro el disponer de testimonios en primera persona de hechos tan importantes, por lo que estuvieron en todo momento rodeados de escribas que iban transcribiendo lo que decían, y bardos que tomaban ideas para sus próximas composiciones. El saber se guardaba en los libros, pero llegaba al pueblo a través de las canciones. Sevso, con su arco transformado en lira, les cantó algunas que ya había compuesto, pues sabía que cuanto antes lo hiciera más fiel sería su historia. Cantó “El último beso”, continuación de la balada de Brygger e Irýamo, que contaba cómo terminaba la más grande historia de amor jamás ocurrida en los Cuatro Reinos. También había compuesto “Los enviados”, que trataba de cuatro jóvenes que venían de más allá del mar de Amur y que acababan con el Rey Rojo. “Abhad el marino”, “La traición del rey”, “El pastor y el lobo”... Pero la primera canción que compuso hablaba de una bella mujer guerrera que por amor había perdido la voz, y al encontrarlo de nuevo la recuperó. Y su canto salvaba de la muerte a un guerrero herido por la desesperanza.

Se despidieron con pena del pueblo de Liàm, pues habían sido unos días inolvidables. Aëdras e Imring, una vez terminada la lucha, también tornaban a su aldea a reunirse con sus familias. Si bien volverían pronto a Gamelach, ya que Graëna quería rodearse de personas de su confianza y los había nombrado general y capitán de su guardia personal, respectivamente. Tenían por delante la labor de recuperar las fuerzas de Liàm, adiestrando a los reclutas más jóvenes, y restaurar todas las guarniciones y rutas del reino. Y hay que decir que Imring acogió con gran alegría la noticia de que no tendría que separarse de Graëna.

Sevso, Abhad, O-Mín y los chicos recibieron todas las indicaciones necesarias para llegar a la laguna de Räuha, y provisiones como para volver allí tres veces. Sevso, aunque muy recuperado gracias a los cuidados de O-Mín, no podía avanzar tan rápido como siempre. Y Abhad siguió refunfuñando por lo difíciles que se hacían los paseos en aquel bosque, y por tener que dormir colgados de las ramas como murciélagos.

Pero al fin llegaron.

La laguna se veía tranquila y apacible. Algunas hierbas acuáticas asomaban de su superficie y creaban pequeñas ondas al mecerse con el viento. El agua transparente dejaba ver los reflejos del sol en el fondo, y a los pececillos que nadaban en grupo entre las piedras. Nadie sospecharía que un demonio había elegido aquel lugar para abrir una puerta a otro mundo.

–Bueno, tenemos que irnos –dijo Guillermo.

–La puerta seguirá abierta –dijo Sevso–. Confío en que volveréis a visitarnos.

–Pues no sé –respondió Gemma–. ¿Dónde estaréis cada uno?

Sevso, Abhad y O-Mín se miraron.

–La verdad es que aún no lo sabemos –contestó al fin Abhad–. Pero prometemos enviar dugros mensajeros a nuestros amigos de Liàm para mantenerles informados. No tenéis más que ir a Gamelach y preguntar.

Hubo un instante de silencio. Después de todo lo que habían pasado juntos, no sabían muy bien cómo despedirse.

–Ha sido la mayor aventura de nuestras vidas –dijo Jorge–. Nunca la olvidaremos.

–También para nosotros ha sido la mayor aventura –dijo Abhad–. Nadie en este mundo ha visto lo que han visto nuestros ojos. Y ya tengo algunas ideas al respecto –añadió guiñándole un ojo.

–Ummm... Tidareo ha hecho un buen fichaje –dijo Gemma con un codazo cariñoso.

–Gracias a vosotros –dijo Sevso– la paz ha vuelto a los Cuatro Reinos. Podemos viajar libres a donde nos plazca, sin amenaza alguna. De pronto el mundo se ha hecho muy grande.

Susana bajó la cabeza. Una sombra de preocupación nublaba su rostro.

–Leo no apareció –dijo.

–Quizá tu magia lo volatilizó –aventuró Abhad.

–Quizá cayó también por el precipicio –añadió O-Mín.

La muchacha chasqueó la lengua.

–Es posible –dijo–. En todo caso, ha perdido a sus amigos. Dudo mucho que se atreva a asomar otra vez la nariz, nunca fue muy valiente cuando se encontraba solo.

–Si vemos alguna comadreja con el rabo entre las piernas, te avisaremos –dijo Sevso–. Ahora, un abrazo.

Uno por uno, los chicos estrecharon a Sevso, Abhad y O-Mín. Les iban a echar de menos.

Después ataron bien sus mochilas y avanzaron hacia la laguna.

–¿Qué le diremos a mamá? –preguntó Gemma.

Guillermo solo pensó un instante.

–Que la abuela le manda muchos recuerdos. Tardarán unos días en darse cuenta de su desaparición. Y no vamos a contarle que en realidad murió hace años, y que la que hablaba con ella por teléfono era una bruja de otro mundo ¿verdad?

Gemma se mostró de acuerdo.

–Mucha gente va a desaparecer del pueblo a la vez –apuntó Jorge.

–Menos mal que el jefe de policía está al tanto de esto –dijo Susana–. Pero va a tener que echarle imaginación para inventarse una historia convincente.

Susana, que debía abrir la puerta, se adelantó. Guillermo fue tras ella. Jorge y Gemma iban quejándose de lo poco que les apetecía mojar todas sus ropas.

Cuando ya el agua les llegaba a las rodillas, Guillermo agarró del brazo a Susana.

–Tenemos que volver ¿verdad? –le dijo.

–¿Por qué?

El chico pareció dudar.

–Aquí soy Guillermo, “el que vino de más allá, el que acabó con el Rey Rojo”. Soy alguien. Allí no soy nada.

–Un cero a la izquierda.

Guillermo asintió.

–Aquí o allí, eres el mismo ¿no? –dijo Susana– Lo que sepan los demás no cambia nada.

El chico volvió a asentir, aunque no muy convencido.

–Eso dice la teoría.

Susana acercó sus labios a los de Guillermo y le besó despacio. Después se sumergió de cabeza en el agua.

Buscaron la pequeña abertura entre las piedras y se introdujeron por ella. Pronto el agua se volvió más fría. Una leve claridad gris les indicó dónde se hallaba la superficie. Cuando asomaron la cabeza, una neblina espesa y helada les indicó que habían vuelto al invierno.

Susana braceó hacia Guillermo y, sin mediar palabra, le besó de nuevo.

–Al menos, sabes igual.

Se dio la vuelta y nadó hacia la orilla. Guillermo, a pesar del frío, se quedó mirándola, flotando en mitad de la laguna. Su rostro debía ser el más estúpido jamás visto en ninguno de los cinco reinos.

Fin

Agradecimientos

¡Y llegó el final! Esta historia ha sido como un largo paseo por el bosque. Algunas veces cuesta abajo, otras casi trepando, a ratos por un ancho camino de arena y en ocasiones saltando entre rocas traidoras. Y siempre habéis estado ahí.

Un día yo emprendí mi camino hacia Piedras Verdes, como un juglar que fuese cantando sus historias de pueblo en pueblo a medida que surgían de su pluma.

En esa ruta me encontré con mucha gente. Unos cuantos ya me acompañaban desde hacía años, algunos desde que nací. Pero todos me han ofrecido una cara desconocida al compartir conmigo estas nuevas sendas.

Tengo que agradecer su compañía a mi familia: mis padres, que doblando el espinazo me enseñaron a caminar y con su orgullo callado alimentan mi corazón. Mis hermanos, Bea, Ange, Ale, que se han arreglado para hacer coincidir sus ya tortuosos senderos con el mío.

Y el resto, Mari, Julio, Gonzalo, Elena, Itz'iar, Javi... Algunos han ejercido de artesanos tejiéndome capas para resguardarme de la lluvia, otros me han hecho dar un paso más con su entusiasmo contagioso.

Gracias, Catherine, por compartir mi camino casi desde la puerta y subir algunas cuestas a mi lado. Gracias por tu sudor, gracias por tu calor.

Gracias, Miguel, por dedicarme tus ratos. Esos que bien podrías emplear en fumar tu pipa leyendo un buen libro, y sin embargo eliges regalar a un tipo para que cumpla su sueño.

He llegado a aldeas donde me han recibido con los brazos abiertos, con un buen guiso de carne y una jarra de cerveza. Muchas gracias a Mercedes, Luis G., Ani, Luis E., Inés, Susana, David... Si no hubiera sido por estos buenos alcaldes y alguaciles jamás habría podido cantar allí mis aventuras.

¿Y qué decir de mis embajadores? Oscar, que vende mis pergaminos a manos llenas y me abre la trastienda de su vida. Y Luis, Fermín, Montse... Muchas gracias por dejarme un rincón en vuestros concurridos bazares.

Gracias a Álvaro, que me ha regalado inspiración y vigor para mi pluma. A él siempre puedo contarle mis sueños más absurdos, por eso, aunque nos perdamos de vista, le guardo un sillón junto al fuego. El orejero.

Gracias a mis amigos de todos los días, esos con los que comparto banco en la taberna. Pablo, Rober, Isa, Laura, María, Fer, Javi, Belén, Natalia, Juancar y los que se unan. Su amistad aguanta como un metal precioso, al que el paso del tiempo bruñe en lugar de desgastar. Qué agradable poder descansar un rato a su calor.

A otros compañeros los he recuperado de antiguas andanzas, y me ha alegrado ver que todavía están ahí, en un rincón del baúl, dispuestos a saltar a la aventura si se lo pido. Muchas gracias, Mónica, por tu apoyo entusiasta y tu ayuda para propagar mi mensaje. Y a Pedro, mi antiguo maestro, con el que he vuelto a tratos. Sigue tan apasionado, no apagues la llama.

A otros, sin embargo, nunca los habría llegado a conocer si no hubiese cogido esta mochila y echado a andar. Como mis amigos de Triunfa con tu libro: Mariana, Clara, Alma, María del Carmen..., y sobre todo Mariana Eguaras y Ana Nieto. Ana ya me impresionó por su generosidad cuando, sin conocerme, me dedicó audiencia en su corte y me iluminó con sus sabios consejos. Y así sigue, contestando mis palomas mensajeras rauda como el viento y acertada como las flechas

de Sevso.

Gracias a Ade Herrera por ese primer paso, el más difícil.

Y gracias a mi auditorio, sin él nada de esto tendría sentido: las chicas de yoga con Elena a la cabeza, Antonio y Quique, María José y Alberto y tantos otros que no solo leen mis libros, sino que los halagan y critican, para que el próximo sea aún mejor. Y lo será.

Pero, sobre todo, gracias a los que encienden la caldera de mis sueños, a los que hacen que saque el pie de la cama cada día, a los que me han hecho descubrir el mayor tesoro de mi vida: Ángela y Nico. Solo escuchar sus nombres me arranca una sonrisa y, como un trago de aguardiente, me hace escribir con más ahínco. Porque la arena del reloj sigue cayendo y yo estoy lejos. Porque echo de menos cada minuto sin ellos.

Este es el camino.

Y no habría podido dar por él ni un paso sin mis piernas, mi bastón y la fuerza que hace que mi corazón bombee: Pili. No pudieron elegir mejor tu nombre, porque sin ti todo se desmoronaría como un castillo de naipes. Eres mi antorcha, mi mapa y mi estrella polar. Mi refugio y mi bastión. Mi fuego en las noches frías. Los oídos, las manos, el aliento. Lo que soy es por ti, sin ti sería otro. Y gracias a ti creo en la magia.

Algunos senderos terminan en el muro de una finca, desde la que ladran unos perros malhumorados. Otros en un paraje árido que parece no tener fin. Pero otros... otros culminan una colina desde la que se vislumbra un valle extenso y brumoso, flanqueado de montañas azules que se difuminan en la distancia. Un lugar digno de explorar.

Ahí me podréis encontrar, sentado en una piedra y con el sol dándome en la cara. Jadeando por el esfuerzo, pero feliz. Disfrutando del trecho recorrido y deseando emprender de nuevo el camino.

Ojalá nos encontremos. Muchas gracias por estar ahí, leyendo estas líneas y viajando conmigo. ¿Hasta dónde nos llevarán nuestros pasos? Solo Tanka lo sabe...

Sígueme en Instagram
(@pedras_verdes)
y consigue regalos de la saga

Otros títulos del autor:



El autor



Nací en Carabanchel (Madrid), a una edad sin duda demasiado temprana. Me costó adaptarme al colegio, donde me llamaron “Quique el nuevo” hasta octavo. Allí me enseñaron a leer, escribir y dibujar, pero sobre todo le cogí gusto al teatro. Cada día estrenaba una obra nueva, como “¡Ay, mi tripa!” o “Me torcí un tobillo al pisar mal el bordillo”.

Tras una febril adolescencia en la que devoré libros y tebeos a razón de siete docenas por semana, ingresé en la universidad. Fui mal orientado por una moneda que lancé al aire en la fila de inscripción, y acabé en una ingeniería. Solo me salvaron de la locura las escapadas que hacía para buscar a mi novia en la Autónoma.

Después me casé (sí, con la misma chica, que me sigue gustando como entonces), tuve dos hijos y ¡madre! cómo cambia la cosa. Sólo me dedico un rato a mí mismo cuando están dormidos, porque el resto es suyo, hasta el día en que digan “Papá, ¿no tienes nada que hacer, por ejemplo, en Pernambuco?”. Es por eso que leo y escribo a las cinco de la mañana. Y me acuesto a la misma hora que ellos (así es que, por favor, no me llamen a partir de las nueve). Y también sospecho que es por eso que me siento tan feliz.